

Universidad Nacional de Mar del Plata

Facultad de Psicología

Maestría en Psicoanálisis

Tesis

Autora: Lic. María Rosa Aveni

TEMA: El tiempo del “olvido del inconsciente” en el movimiento psicoanalítico.

Desvíos, retornos y vigencia del descubrimiento freudiano

DIRECTOR: Dr. Horacio Gabriel Martínez

Mar del Plata, 16 de junio 2021

Índice

Agradecimientos	5
Introducción	6
Planteo del problema	7
Antecedentes	8
Hipótesis	15
Objetivo general	16
Objetivos particulares	16
Método y técnica	17
Fuentes de datos a emplear	22
Fuentes Primarias	23
Capítulo uno. El psicoanálisis, una clínica de la dificultad	29
Resistencias al Psicoanálisis	32
Resistencias <i>del</i> Psicoanálisis	36
El olvido logrado y el nuestro	39
Aproximaciones a la causa	41
El olvido del inconsciente freudiano	48
Capítulo dos. El movimiento psicoanalítico	51
Historia y discurso en el Psicoanálisis	51
La lógica significativa del movimiento psicoanalítico	54
El olvido como tiempo medio y sostén del discurso	57
¿Qué entendemos por post-freudianos?	60
El movimiento psicoanalítico como memoria	65
Capítulo tres. El olvido: fenómeno patológico normal	69
La memoria es discontinua	69
Memoria, olvido y tiempo	71
Memoria e invención	77
Muro del olvido y fronteras del recuerdo	79

Capítulo cuatro. Clínica del olvido	82
Angustia: de patología a condición del sujeto	82
Sexualidad infantil y olvido	86
Olvido del espanto	88
Capítulo cinco. Cómo progresa el psicoanálisis	92
Olvido y rememoración	92
Saber, verdad e ignorancia	97
Retorno para no retroceder	100
Uso del texto en la disciplina del comentario	105
Comentar es como hacer un análisis. Lugar del hallazgo	107
Capítulo seis. El campo de las Moiras: obstáculos, desvíos, retornos y nuevos rumbos	110
El objeto es el desvío	110
La teoría como envoltura formal del obstáculo: el caso Z	112
El progreso es una teoría empática y reparadora	117
El ancla en otro puerto	120
La persona del analista es la envoltura formal del obstáculo: caso Frida	123
El progreso está en el retorno a la causa	128
Capítulo siete. Desvíos y retornos	132
Una envoltura actual del olvido	132
¿Una tesis universitaria en psicoanálisis?	132
Capítulo ocho. Conclusiones	136
El movimiento psicoanalítico ordenado como un discurso: el lugar del olvido	142
Levantamiento de la represión	147
El analista lector	149
Concluir	151
Referencias bibliográficas	153

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a Horacio Martínez, director de esta tesis, por su generoso acompañamiento, precisa escucha y su incansable apuesta por mantener viva la letra freudiana en distintos ámbitos. A Susana La Rocca por su insustituible lectura del primer borrador del Plan de Tesis. A Eduardo Sullivan, director de la Maestría en Psicoanálisis, por propiciar las condiciones que la sostienen, motivando el entusiasmo y el intercambio.

A Alfredo Cosimi, supervisor en mi residencia hospitalaria de posgrado que me incentivó a formalizar en la tesis aquello que “la clínica nos enseña”.

A los docentes de la Maestría que facilitaron la problematización del descubrimiento freudiano con una mención especial a Benzió Winograd docente de la primera cohorte y Konex 2006 al mérito en Humanidades, que desde su clase y en el intercambio posterior facilitó mi aproximación a la Escuela americana de psicoanálisis y con ello a extraer aprendizaje a partir de las coincidencias y disensos.

A mis colegas del Grupo de Investigación “Psicopatología y Clínica” de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata, con los que compartimos lecturas, discusiones y escrituras de las que esta tesis es, claramente, deudora.

Dedico esta investigación a Héctor López, a sus huellas en el movimiento psicoanalítico. También, a la memoria de Oscar Masotta, responsable de introducir la enseñanza de Jacques Lacan al idioma castellano y de sostener lo subversivo del descubrimiento freudiano en nuestro país.

Introducción

Esta tesis está enmarcada en la Maestría en Psicoanálisis de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata y se propone investigar los motivos por los cuales el olvido del inconsciente es una de las dificultades inherentes al movimiento psicoanalítico. Muchas investigaciones han puesto el acento en las resistencias que ha despertado en distintos ámbitos el psicoanálisis como método terapéutico y de investigación, pero poco hemos encontrado sobre las resistencias del Psicoanálisis para sostener su propio descubrimiento. Consideramos necesario e ineludible interrogar al Psicoanálisis como discurso para despejar las razones de sus propias dificultades y desde allí contribuir al debate actual sobre el lugar y futuro del movimiento psicoanalítico.

En esta época caracterizada por el avance de los *gadgets* tecnológicos, el uso y función devaluada de la palabra, la insistente invitación desde distintas usinas de saber, posiblemente con las mejores intenciones, a vivir en armonía consigo mismo y con el ambiente que habita el ser hablante, se olvida aquello que descubre Freud y recuerda Lacan en el párrafo final de “La instancia de la letra o la razón desde Freud”: el crédito que ha obtenido el hombre del humanismo, sobre las buenas intenciones, ha sido irremediamente protestado por el inconsciente freudiano (1988/1957, p. 508). Protesta muchas veces refrenada asimilando el descubrimiento freudiano a otras disciplinas, borrando en el mismo movimiento, lo subversivo de la experiencia del inconsciente. Las resistencias *al* psicoanálisis y las resistencias *del* psicoanálisis serán boyas de nuestro camino dado que, como nos enseña la clínica, no hay más revelación que aquello que se dice fallando.

Planteo del problema

Es una preocupación actual el porvenir del Psicoanálisis. En nombre de dicha preocupación se convocan Congresos y Jornadas donde se debaten retornos a la clínica, a Freud o a la superación de Lacan. Encontramos allí una disyuntiva: la inquietud por su subsistencia y los modos de lograrlo o la consideración de que el descubrimiento freudiano está superado y debe quedar en la vitrina de un museo.

En estos momentos en los que se pone nuevamente en cuestión la eficacia terapéutica del Psicoanálisis frente a la ciencia, es importante interrogarnos sobre el lugar de la investigación y las razones por las cuales, en nombre del Psicoanálisis, se sostienen teorías y clínicas caracterizadas por el olvido de aquello que está en los mismos fundamentos.

Dado que el olvido del inconsciente, como veremos, aparece desde los inicios del Psicoanálisis y forma parte de su discurso, nos planteamos el estatuto de su primera inscripción que, *a posteriori*, tiene función de tope o de límite de una verdad a partir de la cual se construye la teoría. ¿Tiene la lógica y función de un *recuerdo de infancia*? ¿Cuál es la autenticidad, qué función tiene retroactivamente ese acontecimiento primero que hace de ancla para comenzar un movimiento y también da tope al mismo?

Rubistein (2010) ubica dos orientaciones en la investigación: por una parte, aquellos analistas que sostienen que el porvenir está en adecuar la investigación al “método científico” para obtener mayor aceptación y credibilidad frente al sistema de salud o el conocimiento académico, entendiendo a la teoría psicoanalítica como un *continuum* que progresa por superación de obstáculos y conceptualizaciones de avanzada. Por otro lado, ubica a los psicoanalistas que argumentan que la única forma de que el psicoanálisis se sostenga como tal es realizando

investigaciones rigurosas con metodología apropiada a su “objeto de estudio”, evitando abolir lo subversivo del descubrimiento freudiano. Adscribimos a esta última.

Antecedentes

Freud siempre se preocupó por el porvenir del Psicoanálisis, ya fuera lejos de su influencia directa como luego de su muerte. Para orientarnos en su inquietud podemos tomar dos caminos: uno es el más transitado y consiste en el estudio historiográfico del Psicoanálisis y el otro, tal vez más arduo por menos recorrido, presenta la posibilidad de abordarlo con método específico problematizando los motivos y argumentos de la preocupación de Freud más allá de un interés personal.

En distintos momentos de su obra, Freud escribió sobre las dificultades o resistencias que el Psicoanálisis genera en la cultura, pero con más detenimiento se ocupó de aquellos que, diciendo pertenecer al movimiento psicoanalítico, se desvían de sus fundamentos. De esto podemos deducir que Freud sabía que el futuro de su descubrimiento no estaba garantizado. No nos detendremos en el camino de la historia de la formación y cierre de instituciones psicoanalíticas, acercamientos y rupturas con la IPA (*Internacional Psychoanalytic Association*), ya que, si bien es muy interesante y será planteado de manera tangencial, nos desvía de la posibilidad de abordar con método apropiado los motivos de las dificultades y resistencias¹. Solo baste mencionar, por el momento, que Freud favorecía la apertura de Sociedades para propagar su teoría y formar nuevos analistas, pero con una lógica poco religiosa, ya que, si bien como toda institución, una Sociedad supone una parte conservadora para poder funcionar, también es cierto que Freud consideraba que su obra

¹ Este tema está trabajado *in extenso* en Mannoni (1987). Al respecto, cabe mencionar a Mao y Lacan, dispuestos a disolver las Instituciones que ellos mismos fundaron para sostener los fundamentos de la causa.

estaba abierta a correcciones, avances y adecuaciones a nuevas circunstancias, pero con una condición: no olvidar lo que tiene de original y subversiva.

Hecha la aclaración precedente, surgen una serie de interrogantes: ¿cómo sostener el avance de su descubrimiento?, ¿cuáles son las condiciones para que el avance no se limite a una regresión a tiempos previos al descubrimiento y así esterilizarlo o reducirlo a otras disciplinas? Como decíamos más arriba, Freud estaba advertido y con severidad se dirigió a sus discípulos tentados a fusionar el psicoanálisis con otras teorías. En 1930 escribió que consideraba esa aleación o amalgama no una prueba de *broadmindedness*, sino de *lack of judgement* (Freud, 1930, p. 185)². Nos interesa puntuar aquí que el peligro que advierte Freud no es un peligro superado en la actualidad. Tomemos por ejemplo a López (2009) cuando advierte sobre el “olvido” actual del inconsciente en el movimiento psicoanalítico:

La clínica de lo real tiende a desentenderse de las astucias significantes del inconsciente. Se promueve en la formación de analistas una idealización correctiva del goce en detrimento del trabajo que tanto Freud como Lacan siempre pusieron por encima de cualquier otra intervención: el desciframiento del jeroglífico inconsciente. (p. 21)

Estamos, hoy, transcurridos más de cien años desde el descubrimiento del inconsciente, frente a la misma preocupación freudiana: las dificultades propias del Psicoanálisis bajo la forma, esta vez, de “idealización correctiva del goce”. En este marco, proponemos en nuestra tesis la lectura de una situación *actual* como parte de un tiempo necesario de interrogar las dificultades propias del Psicoanálisis al modo en que lo hizo Freud en la “Psicopatología de la vida cotidiana”

² Se han conservado las expresiones presentes en el texto original en inglés, para la referencia; tales conceptos pueden traducirse como “amplitud de ideas” y “debilidad de juicio”, respectivamente.

(1901) y Lacan en “La Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” (1957), textos en los que podemos leer que, lejos de saltar los obstáculos, se detienen en ellos y los interrogan ya que suponen un saber en juego³. Lacan articula los obstáculos con la resistencia y la repetición:

En fin, en esos primeros momentos de la experiencia en que la rememoración, poco a poco se sustituye a sí misma y se aproxima cada vez más a una especie de foco, de centro, en el que todo acontecimiento pareciera estar a punto de ser revelado, precisamente en ese momento vemos manifestarse lo que llamaré [...] la resistencia del sujeto, que se convierte en ese momento repetición en acto.
(citado en López, 2009, p. 150)

Sostenemos, con Octave Mannoni, que “es necesario *no olvidar* que las resistencias están activas, dispuestas a aceptar al Psicoanálisis a condición de enmascarar y neutralizar su originalidad” (1987, p. 145). La cursiva es nuestra, y nos permite encontrar el hilo de Ariadna del asunto: el olvido en tanto *fenómeno patológico normal* es un medio para llegar al inconsciente, un camino y el modo en que proponemos recorrer este camino es acorde a sus avatares; es decir, utilizamos una metodología que le es propia al descubrimiento que llamamos “freudiano”, en los términos en que Foucault sitúa a Freud como instaurador de un nuevo discurso.

Tanto López (1994) como Foucault (1968) señalan que el movimiento psicoanalítico puede leerse desde una lógica discontinua que define momentos, cada uno con funciones diferenciales: un *momento fundacional*, de instauración de discursividad, en el cual Freud tiene el lugar de iniciador del movimiento, seguido de *un tiempo de olvido* y *un momento de retorno*, necesarios para la resignificación del descubrimiento. Queda así planteado el olvido como un tiempo necesario del movimiento psicoanalítico. Solo es posible olvidar aquello que en algún momento fue inscripto

³ Cabe aclarar que el destacado de “actual” obedece a que es lo que está presente pero no es novedad.

y que, en el devenir, puede retornar al modo en que retorna lo reprimido y quedar así abierto a la lectura y nuevas significaciones. Entendemos al olvido como una resistencia que tiene la materialidad retórica del discurso y de este modo lo tomamos en forma positiva: no es un déficit, sino un modo que tiene el sujeto de hacerse presente como aquello que resta a la demanda. Esto que resta impide que cada retorno sea idéntico al anterior, como afirma Lombardi (2015):

[...] el resto, tal como es pensado en psicoanálisis, podría ser presentado como el movimiento que hace que una repetición no pueda producir lo idéntico. No es un proceso cíclico [...] en la repetición analítica la posibilidad del surgimiento de lo nuevo apunta a eso que escapa a la circularidad y que causó el invento del objeto *a*. (p. 8).

De este modo, tomamos al olvido como vertiente de la resistencia y máscara del deseo que hace posible su descifrado. López (1994) define al movimiento psicoanalítico como el movimiento de la cadena signifiante que va desde el S1 (Freud) a un S2 (Lacan) y que produce significación de acuerdo con las leyes del signifiante donde lo que se significa y resignifica es el descubrimiento. El movimiento da comienzo con la instauración de un tiempo lógico caracterizado por la construcción y reconstrucción de conceptos a partir de un signifiante de anticipación y otro de retroacción. López equipara el S1 con Freud y el S2 con Lacan. Tomaremos la lógica de los pares significantes propuesta por el autor, pero despegando el S2 de Lacan, evitando así el cierre del movimiento dado que entendemos que sigue abierto a nuevas lecturas y teorizaciones; seguiremos las razones que sostiene Martínez (2006) en *El “lugar” de D. Winnicott en el “movimiento psicoanalítico”* al repensar el lugar de la obra y aportes de Winnicott en la Sociedad Psicoanalítica Británica en particular y en el movimiento psicoanalítico en general.

Por otra parte se presenta como necesario revisar el tema del tiempo. Agamben (1978) en *Infancia e Historia* sostiene que “cada concepción de la historia va siempre acompañada por una

determinada experiencia del tiempo que está implícita en ella, que la condiciona y que precisamente se trata de esclarecer” (p. 128) y más adelante refiere que “dado que la mente humana capta la experiencia del tiempo pero no posee una representación de ella, necesariamente el tiempo es representado mediante imágenes espaciales” (Agamben, 1978, p. 130). Es así que nos preguntamos: ¿cómo es la *experiencia del tiempo* que está implícita en la concepción del movimiento psicoanalítico estructurado como un lenguaje y ordenado en un discurso?

Usaremos, de modo metafórico, la imagen que propone Freud (1896) en su “Carta 52” para ordenar el tiempo en un sistema de transcripciones. Karothy (1992) marca una inflexión de la teoría del significante sobre la “Carta 52” formalizando el recorrido del pasaje del goce hasta la conciencia por medio de tres transcripciones que atraviesan cinco lugares. Tomamos esta lectura ya que deja como saldo algunas preguntas que esperamos recorrer a lo largo de esta tesis: ¿cuáles son las condiciones que hacen posible una transcripción?; ¿cómo se pasa del ciframiento al desciframiento del inconsciente?; ¿el olvido del inconsciente es uno de los refugios de la memoria?; ¿qué trae, a una escena actual, el olvido?

Dejamos de lado la representación intuitiva del tiempo como rectilíneo, puntual, homogéneo e irreversible y tomamos de Lévy Strauss que “no hay continuidad histórica objetiva e independiente de la estructura” (1951, p. 234). Proponemos de este modo, pensar al movimiento psicoanalítico como “memoria” que no preexiste de modo simple sino múltiple y está registrada en diversa variedades de marcas que son pasibles de ser transcriptas y resignificadas, ubicando al tiempo como variable imprescindible.

En el primer sistema, las huellas mnémicas están fijadas por simultaneidad, son asincrónicas e insusceptibles de conciencia y solo algunas se traducen y pasan a la diacronía imprescindible para que las marcas en contigüidad metonímica puedan ser ordenadas en un

discurso. Dicho de otro modo, Freud como S1 e instaurador de discurso es el que facilita la primera transcripción de aquello que ya existía en la cultura pero existía como P (percepción) o Ps (signos de percepción).

Fue necesario que alguien con un deseo muy particular, nuevo e inaugural, instaurase la primera transcripción o lectura de aquello que hasta ese momento *solo existía como acontecimiento* (Agamben, 1978, p. 32) y lo inscriba en el orden de la experiencia.

Recordemos en este punto cómo impactaron en Freud las presentaciones de enfermos realizada por Charcot. Allí asistió a un acontecimiento llamativo y enigmático que no pudo ser asimilado a ninguna teoría de la época. Así, en su “Autobiografía” (1925) refiere:

Muchas de las demostraciones provocaban en mí y otros visitantes sentimientos de asombro y una tendencia al escepticismo que intentábamos justificar recurriendo a cualquiera de las teorías de entonces. Charcot era amistoso pero inquebrantable con nuestras dudas. En una de esas discusiones observó respecto a la teoría: “Eso no impide que exista”; estas palabras dejaron en mí una huella imborrable. (p. 234)

La huella imborrable es el “germen” del método clínico freudiano dado que Charcot trataba las observaciones clínicas como hechos de los cuales infería conjeturas teóricas, al revés de la clínica alemana que partía de la teoría para explicar los estados mórbidos. Es necesario destacar que esa frase dejó en Freud una huella imborrable seguramente porque fue enunciada por el gran Charcot, del cual escribe en una carta a Marta Bernays:

es uno de los médicos más grandes y cuyo sentido linda con el genio, está arruinando todas mis opiniones y propósitos. A veces salgo de sus lecciones como de Notre-Dame [...] no sé si algún día *su semilla* dará su fruto. (1960/1885, p. 235)⁴

Solo fue posible cifrar ese primer golpe de verdad cuando interrogó aquello que quedaba por fuera del sentido racional y la comprensión teórica, sometiéndose él mismo a la deriva significativa para descifrar lo enigmático y registrando de este modo no tanto lo que busca sino lo que encuentra. Y es así que se encuentra con que los pacientes traen olvidos, *lagunas de la memoria* cuando les pide que recuerden. Paradojas de la demanda de la cual el propio Freud es parte.

López (2009) refiere que “la verdad freudiana es precisamente que ante una verdad nueva, si el sujeto no toma un lugar en ella, por más que la conozca y la recite, esa verdad queda reprimida” (p. 161), u olvidada, agregamos nosotros. En la misma dirección leemos a Lacan en “La instancia de la letra” quien afirma que el “psicoanálisis es un abismo abierto al pensamiento” ya que el descubrimiento freudiano de “la existencia de un pensamiento sin pensador es lo que provocó desde el principio la resistencia” (1957, p. 504). La falta de protagonismo del yo al hablar, es una de las grandes resistencias o dificultades que se le presentan al Psicoanálisis.

Llegados a este punto, es necesario plantear el estatuto epistemológico del Psicoanálisis. Tanto Foucault (1968) como López sostienen que es un discurso; es decir, “un conjunto siempre finito y actualmente limitado de las [...] secuencias lingüísticas que han sido formuladas” (López, 1994, p. 27) y como teoriza Chartier (1996) las secuencias lingüísticas instauran: “divisiones y dominaciones, son el instrumento de la violencia simbólica y, por su fuerza, hace ser a lo que designa” (p. 16). También Lacan refiere que “al tocar, por poco que sea, la relación del hombre

⁴ El subrayado es nuestro para acentuar que el interés no estaba tanto en la neurología de Charcot, sino en la posición del maestro de tomar los fenómenos como hechos a ser interrogados.

con el significante, se cambia el curso de su historia modificando las amarras de su ser” (1988/1957, p. 504)⁵: la primacía del significante hace de ancla ya que el ser y el sujeto están amarrados a él.

Ahora bien, es necesario poner de manifiesto otro aspecto del discurso así entendido, y es el lugar de excepción que tiene el instaurador con respecto al discurso mismo. Este lugar es de excepción, ya que su obra es fundacional, operando de allí en más como un límite imposible de franquear si se pretende permanecer dentro de las fronteras del campo freudiano. El Psicoanálisis es un discurso que mantiene un vínculo indisoluble con su instaurador, es sobre todo freudiano y, por lo tanto, lleva la marca del pensamiento de su autor. Esto, que Foucault (1969, p. 34) denomina “función autor”, permite el porvenir del discurso en la medida en que lo transforma en enunciados sin emisor. Freud como significante forma parte del movimiento ocupando el lugar de excepción que permite organizar el campo del discurso.

Hipótesis

Proponemos someter a investigación dos hipótesis:

1. El descubrimiento freudiano está sostenido en una afirmación límite significativa y, por lo tanto, aquello que lo determina queda, no solo en el olvido, sino en la ignorancia de que es olvidado, produciendo retornos.
2. En los casos clínicos publicados se puede leer el lugar de un analista en el movimiento psicoanalítico en relación a qué posición le otorga al inconsciente, teniendo en cuenta que entendemos al inconsciente como memoria de lo que se olvida y también una manera con la que exploramos la forma de olvidar y la producción de saber.

⁵ Aclaración: el primer número corresponde al año de publicación en castellano y el siguiente año es el de la publicación original. La paginación se tomará con respecto a la edición que maneja la autora.

Consideramos que es posible extraer consecuencias de los modos en que los analistas producen saber: si al formular sus teorizaciones bebieron del río *Lethe* (ocultar/desconocer) o del río *Mnemosina* (memoria) (Graves, 1960, p. 125). Es decir, si desconocen el descubrimiento freudiano creando su propia teoría sin rastros de lo anterior o por el contrario, retornan por las inscripciones freudianas para crear novedad ya que no en vano *Mnemosina* es la madre de las Musas inspiradoras. El recurso a la mitología aportará un ordenamiento a nuestro problema, ya que el mito es apropiado para mostrar y situar un problema en tanto se esfuerza por dar una articulación simbólica entramando una verdad.

Objetivo general

- Investigar las razones por las cuales el olvido del inconsciente es una de las resistencias del movimiento psicoanalítico.

Objetivos particulares

- Delimitar el movimiento psicoanalítico estructurado como discurso y el olvido como resistencia al descubrimiento freudiano, a partir de la lectura de Foucault, López y Martínez.
- Examinar las postulaciones de Lacan acerca de la teoría del significante y el sujeto del deseo para situar la resistencia y la transferencia.
- Indagar cómo la lectura de las formas del retorno del olvido facilita la producción de saber en Psicoanálisis.
- Examinar las condiciones por las cuales los modos de retorno obtienen efecto de verdad.

- Explorar la articulación entre la posición del analista y la producción de saber en casos clínicos publicados.

Método y técnica

La especificidad del Psicoanálisis requiere de una metodología acorde. En 1965 Donald Winnicott presenta en el Congreso anual de la Asociación Nacional para la Salud Mental una conferencia sobre el precio de desentenderse de la investigación psicoanalítica con métodos psicoanalíticos y finaliza con una afirmación que tiene la fuerza de lo actual: el precio que se paga por desentenderse es “seguir siendo lo que somos: juguetes de la economía, la política y el destino” (Winnicott, 1965, p. 1). López (2009) afirma que:

Como toda investigación, la psicoanalítica requiere de un método, al menos si pretende que las referencias “digan algo”, es decir, alcancen un nivel conceptual, más allá del trabajo de yuxtaponerlas para reducir la dispersión. Porque yuxtaposición no es organización, ni tampoco serie. Éstas requieren de una lógica enunciativa donde el sentido de los enunciados no se sostenga de sí mismos, sino de la relación establecida entre ellos [...] Ese es el trabajo del investigador, hacer hablar a la letra. (p. 132)

Es así que tomaremos como metodología la diferencia que plantea Lacan (1988/1956 p. 384) en su retorno a Freud entre *repensar* y *retomar* la teoría. Diferencia que permite ubicar la *retroacción* y bordear desde allí el problema de esta tesis que es ubicar el olvido como una dificultad propia del psicoanálisis. Localizamos el *retomar* en aquellas disciplinas que suponen la idea de una continuidad que permite la producción y acumulación de un saber específico a partir de nuevos descubrimientos y rectificación de errores en una temporalidad lineal progresiva. Por el

contrario, *repensar* implica un movimiento que no transcurre en el tiempo de la experiencia, sino que la experiencia funda el tiempo lógico de la construcción y reconstrucción de conceptos a partir de Freud como significante de anticipación. Es en un segundo momento de retroacción, que tiene como función metaforizar al primero, cuando se detiene el deslizamiento en la cadena metonímica y se producen nuevas significaciones.

El deslizamiento metonímico se caracteriza por la proliferación de *literatura psicoanalítica*⁶ en la cual encontramos olvidos del inconsciente y otras resistencias. López (1994) denomina a este tiempo lógico *período de latencia*, retomando a Freud cuando afirma que la nueva verdad ha despertado resistencias efectivas, disfrazadas con argumentos que permiten refutar las pruebas favorables a la doctrina ofensiva. El tema de las resistencias indica que el inconsciente no desaparece en el olvido, sino que subsiste e insiste en lo reprimido. Dicho de otro modo, los analistas pueden perderse en la latencia abrazando nuevos ideales pero el inconsciente interroga como interroga la Esfinge a quien esté dispuesto a develar su enigma.

El olvido está lleno de memoria titula un libro Mario Benedetti (1995) y, al igual que Freud, sostiene que presente (conciencia) y memoria se excluyen. Esto es fundamental para entender el *repensar* como método del movimiento en la teoría psicoanalítica ya que, como la clínica nos enseña, el pensamiento primero es inconsciente y luego se transcribe o se mueve hacia la conciencia. De este modo, lo que aparece primero es posterior ya que es una retranscripción.

Si realizamos una lectura (*repensamos*) de la “Carta 52” desde el retorno a Freud de Lacan, podemos precisar las nociones de la retroacción o après-coup, tal como aparece el término en la “Correspondencia”. Freud le escribe a Fliess:

⁶ Así lo denomina López (1994).

Tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificaciones sucesivas, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es entonces la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos. (1979/1886, p. 274)

Señala luego que al menos tres transcripciones son necesarias para el movimiento de la percepción a la conciencia. ¿La memoria está llena de olvido como dice el poeta, o el olvido es necesario para la memoria? Inferimos, a partir de la metáfora propuesta, que el tiempo de latencia del descubrimiento que va desde el S1 al S2, *está generado por estratificaciones sucesivas y que de tiempo en tiempo el material preexistente experimenta un reordenamiento*. Es de interés en esta línea, la lectura que realiza Martínez (2007) del lugar que ocupa Winnicott en el movimiento psicoanalítico a partir de un nuevo *reordenamiento* de su obra lo que produce efectos de novedad.

En “Fragmentos de la correspondencia con Fliess” (1979/1892-1904) ya aparece el término *Nachtraglich*, lo que en español conocemos como “retroacción”. Freud escribe “[...] es efecto posterior en el orden del tiempo, probablemente anudada a la reanimación alucinatoria de representaciones-palabra de suerte que las neuronas conciencia serían también neuronas percepción y en sí carecen de memoria” (1979/1896, p. 276). Este efecto, posterior en el orden del tiempo permite retranscribir marcas de escritura.

Homologamos esto a lo que Lacan llama *repensar* la teoría, y que se dirige a lo que está presente en el “texto de anticipación” pero solo se redescubre cuando se vuelve a lo que está marcado en vacío, en ausencia o en laguna en el texto. Nos acercamos de este modo a una pregunta

clínica sobre cuáles son las condiciones necesarias para la reanimación de las representaciones y su reinscripción.

El olvido aparece entonces, como un modo de memoria no consciente, fuera del alcance del *yo oficial*, pero su presencia es la huella misma de la existencia de lo inconsciente reprimido. Para avanzar un poco más, podemos decir que sin una lectura sostenida en el deseo, facilitando la transcripción del momento fundante, el inconsciente no cae en el olvido sino que se desconoce, del mismo modo en que podemos afirmar que “el hombre pre-histórico desconoce la escritura”. El Psicoanálisis como discurso está orientado por una lógica del lenguaje, que imprime escansiones, cambios de sentido y efectos de la retranscripción. De este modo Freud, en tanto S1 instaurador de discursividad, no supone ser desplazado o ignorado, sino por el contrario es un Freud tachado, abierto a la lectura de su obra al modo en que Umberto Eco habla de “obra en movimiento”: las obras están abiertas cuando el lector encuentra un sentido de una manera activa delante de la obra, un sentido nuevo. Esto es posible si el texto en tanto obra posee una polisemia y una polifonía propias del lenguaje. Polisemia y apertura que dejan a una obra abierta a la re-lectura (Eco, 1962, p. 34).

Distinguimos la *polisemia del lenguaje* de las *palabras vacías* que seducen dando sentido y en cada rodeo se erigen como defensa idealizada frente al mensaje enigmático del inconsciente. Lacan en el *Seminario I* dice “el yo es planteado como una masa ideacional que resiste al mensaje del inconsciente” (1993/1956, p. 177). Ese mensaje está sometido a la legalidad del inconsciente y para descifrarlo es necesario que el analista pueda ocupar un lugar en él, claramente no desde su Yo. Norberto Ferreyra refiere que “la sugestión es inevitable, pero hay que reducirla al mínimo en cada sesión ya que el futuro del psicoanálisis se juega en lo que sucede cada vez” (2019, p. 1). Dicho de otro modo, es necesaria la presencia del analista quien reduce al mínimo la sugestión para que el Psicoanálisis pueda reinventarse.

De este modo, ordenamos la resistencia con la transferencia, ya que el concepto mismo de transferencia está articulado al analista en el retorno de lo reprimido. El analista tiene la función de un resto diurno: es soporte de lo transferido y desde allí y solo desde allí orienta su lectura creando las condiciones *para reanimar las representaciones*.

El camino elegido pone en juego una función que Saussure llamó “punto de vista”, donde el objeto es creado por la lectura. Por lo tanto, la lectura no es ajena, extranjera al objeto que intenta ceñir y dada la imposibilidad de acceso “al primer golpe de verdad” como denomina Karothy (1992) a la Percepción (“acontecimiento” en Agamben, 1978), el olvido como objeto tiene materialidad discursiva y su lógica depende de las condiciones de su creación. Dicho de otro modo, no partimos de un sentido anticipado sobre qué es la dificultad del Psicoanálisis llamada olvido, sino que a nuestro objeto lo iremos encontrando siguiendo las huellas del *sinsentido*. Estas huellas, que podemos tomar como parte de la memoria, re-presentan (en términos teatrales), ponen en escena marcas que reinscriben una verdad. Y es así, retornando sobre sus huellas, como es posible *repensar* el Psicoanálisis localizando las dificultades que le son propias aún hoy. ¿Es la memoria una inventora marcada por olvidos y represiones? ¿Tiene estructura de ficción más que de línea en el tiempo? ¿Cómo diferenciar memoria del sugestivo canto de las sirenas? Estas y otras preguntas nos encaminarán en la ubicación de los “posfreudianos”, ya que, desde el punto de la línea del tiempo, Lacan también lo es.

La técnica que utilizaremos para *repensar* es la lectura según la entiende Allouch “leer con el escrito es poner en relación lo escrito con lo escrito, lo que se llama una [...] transliteración” (1994, p. 87). La transliteración produce una caída de sentido imaginario en tanto supone un lector atento a tomar el escrito como un enigma y su lectura favorece el cambio de posición, que encuentra un sentido nuevo y sorprendente en los intersticios de las palabras. Es una lectura guiada por los

indicios, las contradicciones y sinsentidos propio del saber inconsciente que nos permitirá verificar o refutar la tesis anticipada de que el olvido del descubrimiento freudiano es una dificultad propia del Psicoanálisis y que, por la lógica misma del discurso, está sometido a ser descubierto y reinventado cada vez.

Volviendo ahora a la metáfora del movimiento psicoanalítico como *memoria del psicoanálisis*, el lugar que cada analista toma no se lo otorga su “experiencia”, sino sus marcas, cómo las transcribe, interroga y el lugar que ocupa cuando las transmite. García Márquez (2002) refiere que la vida no es lo que uno vivió sino lo que recuerda y cómo lo recuerda para contarla.

Fuentes de datos a emplear

1. De la obra de Lacan seleccionamos escritos entre los años 1953 y 1968, ya que entendemos que es en este período donde se ordenan los argumentos de la crítica a las lecturas post-freudianas de la obra de Freud, el sentido del “retorno a Freud” y la lógica de la dirección de la cura más allá de la ortodoxia establecida por la IPA.
2. Como fuentes primarias para leer la lógica del olvido en el movimiento psicoanalítico el texto de López *Psicoanálisis, un discurso en movimiento* (1994) y de Martínez, *Donald Winnicott en el movimiento psicoanalítico* (2007).
3. Para poner a prueba la segunda de las hipótesis, tomaremos dos casos clínicos que consideramos muestran dos modos antagónicos de entender el descubrimiento freudiano. Nos interesa hacer hincapié en el Caso Frida, de Margaret Little, ya que demuestra y argumenta los obstáculos que presenta la aplicación de la técnica psicoanalítica que olvida el desciframiento del inconsciente y sostiene a la teoría como ideal. Señala el modo en el cual pasa de una concepción anticipada del inconsciente y cifrado en la teoría, a un

inconsciente a descifrar, enigmático y resistente a la sugestión. Es un pasaje que considera posible solo teniendo en cuenta el lugar del analista y, por lo tanto, podremos distinguir el vínculo entre resistencia y transferencia.

4. Realizaremos una lectura de “Los dos análisis del Sr. Z”. Heinz Kohut, como Little, encuentra en su clínica que la aplicación ortodoxa acrítica de la teoría freudiana presenta obstáculos en los tratamientos que conduce, pero a diferencia de aquella, plantea un progreso en el Psicoanálisis que consideramos está sostenido en el desconocimiento del inconsciente freudiano.

Fuentes Primarias

1. Lacan Jacques.

1. a. Seminarios:

Lacan, J. (1999) [1957-1958]. *Libro 5: las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2000) [1958-1959]. *Libro 6: el deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1995) [1963-1964]. *Libro 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1988) [1964-1965]. *Libro 12: problemas cruciales del psicoanálisis*. Inédito, versión y traducción de Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires

Lacan, J. (1990) [1967-1968]. *Libro 15: el acto analítico*. Inédito, versión y traducción de Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

1. b. Escritos:

Lacan, J. (1988) [1957]. La instancia de la letra en el inconsciente la razón desde Freud. En *Escritos 1* (pp. 472-510). México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1988) [1958]. La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-526). México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1988) [1960]. Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2* (pp. 773-807). México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1988) [1960]. Posición del inconsciente. En *Escritos 1* (pp. 808-829). México: Siglo XXI.

2.

López, H. (1994). *Psicoanálisis: un discurso en movimiento: derivas del descubrimiento freudiano*. Buenos Aires: Biblos.

Martínez, H. (2007). *Donald Winnicott en el movimiento psicoanalítico*. Mar del Plata: Eudem.

3.

Little, M. (1957). "R; the Analyst's Total Response to This Patient's Needs." *Int J Psychoanal*, 38 (3-4), 240-254. Traducción al castellano Gasparino y otros Mayo-junio 1997 para el Grupo de Investigación en Técnica de la Psicoterapia Psicoanalítica. Documentos 5

4.

Kohut, H. (1959). Introspección, empatía y psicoanálisis. Un examen de la relación entre el modo de observación y la teoría. *Rev. de Psicoanálisis*, 1 (1), 17-40.

Kohut, H. (1979). Los dos análisis del Sr. Z. *Rev. AEPG*, 17, 156-198.

Kohut, H. (1984). *¿Cómo cura el análisis?* Buenos Aires: Paidós.

Kohut, H. (1994) [1968]. *Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental*. Buenos Aires: Paidós.

Referencias para la confección del Plan de Tesis

Agamben, G. (1978). *Infancia e Historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Althusser, L. (1970). *Freud y Lacan. Estructuralismo y psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Nueva.

Allouch, J (1993). *Letra por letra*. Buenos Aires: Ediciones Edelp.

Allouch, J (1994). *Freud, y después Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Edelp.

Braunstein, N. (2008). *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia*. México: Siglo XXI.

Benedetti, M. (1995). *El olvido está lleno de memoria*. Madrid: Vidor.

Carusso, P. (1969). *Conversaciones con Lévi- Strauss, Foucault y Lacan*. Barcelona: Ed. Anagrama.

Chartier, R. (1996). *Escribir las prácticas*. Buenos Aires: Manantial.

Eco, U. (1984) [1965]. *Obra abierta*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.

Eco, U. (2009) [1972]. *Cómo se hace una tesis*. Buenos Aires: Gedisa.

Eco, U (2013) [1975]. *La estructura ausente*. Buenos Aires: Gedisa

Ferreira, N. (2019). *Desde Buenos Aires. Retorno a Lacan*. Recuperado de <https://desdebuenosairesretornoalacan.wordpress.com/>

- Freud, S. (1979) [1986] Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 52. En *Obras completas* Tomo 1 (pp. 274-279). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1900]. La Interpretación de los sueños. En *Obras completas*. Tomo 4 y 5. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1979) [1901] Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras completas*. Tomo 6 Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1914]. Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico. En *Obras completas*. Tomo 14. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1979) [1925]. Presentación autobiográfica. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1979) [1930]. El porvenir de una ilusión. En *Obras Completas*. Tomo 21 Buenos Aires: Amorrortu.
- García Márquez, G. (2004). *Memorias de mis putas tristes*. Bogotá: Alfred A. Knopf.
- Graves, R. (1992) [1960]. *The Greek Myths - Complete Edition*. London: Penguin Books
- Karothy, R. (1992). Sobre el goce y la carta 52 en *No hay relación sexual*. Rosario: Homo Sapiens.
- Lacan, J. (1999) [1957/1958]. *El seminario, Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1995) [1963/1964]. *El seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1993) (1955/1956). Conferencia: Freud en el siglo. En *El seminario, Libro 3: Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós
- La Rocca, S. (2018). Seminario Investigación en Psicoanálisis. Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNMDP. Registro personal.

- Lévy- Strauss, C. (1951). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lombardi, G. (2015). *El sujeto del deseo. De la resistencia a la transferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- López, H. (1994). *Psicoanálisis: un discurso en movimiento*. Buenos Aires: Biblos.
- López, H. (2009). *La “instancia” de Lacan: actualidad de la instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. Tomos I y II. Mar del Plata: Eudem.
- Mannoni, O. (1987). *Freud. El descubrimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Martínez, H. (2008). *Donald Winnicott en el movimiento psicoanalítico*. Mar del Plata: Eudem.
- Martínez, H. (2006) *El “lugar” de D. Winnicott en el “movimiento psicoanalítico*. En Repositorio R Psico <http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/70> 2014-03-19
- Martínez, H. (2005). “Modelos de dirección de la cura en la práctica de los analistas. La dimensión terapéutica del psicoanálisis” (15/H162). Proyecto de Investigación 2010-2011 del Grupo de Investigación Psicopatología y Clínica, Facultad de Psicología, UNMDP.
- Masotta, O. (1976). *Ensayos lacanianos*. Barcelona: Anagrama.
- Murillo, M. (2014). ¿Qué es un post-freudiano? En *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI, Jornadas de Investigación, Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR* (pp. 422-425). Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/manuelmurillo/14.pdf>
- Porge, E. (2007). *Transmitir la clínica psicoanalítica. Freud, Lacan, hoy*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rubistein, A. (2010). “¿Cómo se investiga hoy en psicoanálisis?”. En *XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur* (pp. 244-246).

Facultad de Psicología – Universidad de Buenos Aires.

<https://www.google.com/url?q=http://newpsi.bvs->

[psi.org.br/mapa/Argentina/2007/tomo3.pdf&sa=D&source=editors&ust=1620053972007000](https://www.google.com/url?q=http://newpsi.bvs-psi.org.br/mapa/Argentina/2007/tomo3.pdf&sa=D&source=editors&ust=1620053972007000)

[&usg=AOvVaw1vfecuuNf9x3xRb0TcAPWw.](https://www.google.com/url?q=http://newpsi.bvs-psi.org.br/mapa/Argentina/2007/tomo3.pdf&sa=D&source=editors&ust=1620053972007000&usg=AOvVaw1vfecuuNf9x3xRb0TcAPWw)

Recuperado

de

<https://www.aacademica.org/000-073/562.pdf>

Winnicott, D. (1965). “El precio de desentenderse de la investigación psicoanalítica”. Biblioteca

D. Winnicott. Recuperada de <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/precides.htm>

Capítulo uno

El psicoanálisis, una clínica de la dificultad

*De esa lobreguez está lleno el aire
que nadie sabe cómo podría evitarlo*

Goethe (2010, p.98)

*Es difícil creerlo: como Schliemann
desenterré otra Troya a la que se creía mítica*

Freud (1979/1939, p. 67)

“De esa lobreguez está lleno el aire que nadie sabe cómo podría evitarlo” es la cita que elige Freud en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1979/1901, p. 11) al ocuparse con detenimiento y múltiples ejemplos, de *esa* oscuridad que de tan cotidiana pasa desapercibida y, si en alguna ocasión es percibida, nadie puede evitarla: se refiere a los efectos que producen los sueños, los olvidos, los deslices en el habla, cambiar las cosas de lugar sin darse cuenta, los errores sin duda involuntarios y hasta pequeños misterios y grandes supersticiones. Freud escribe con un método claro y entusiasta sobre *eso* que se presenta oscuro e irracional y a poco andar descubre que tiene una lógica y un sentido que se le escapa al *yo oficial*.

Al comenzar su libro, Freud recurre, como en otras ocasiones, a la *poiesis* de Goethe, ya que necesita buscar las palabras que soporten o materialicen algo de lo inefable: la lobreguez o más cercano a nuestro hablar actual, lo sombrío o lúgubre que experimenta el Yo, al encontrar que le pasan cosas que no puede explicar ni evitar y menos aún sabe cómo controlar. Frente al olvido de

un nombre, cuanto más se empeña el Yo en recordarlo, más lejos está de lograrlo. “Dejá que ya vuelve solo” sugiere el dicho popular. ¿Serán parte de los misterios del aire goetheano? ¿Volverá solo porque está en el aire que se respira? Y si es así, ¿de qué está hecho ese aire? Aquello que acontece y se produce sin saber las oscuras razones, de *eso* está lleno el aire, y el Yo por más que se crea autónomo de todo conflicto, cuando con más ahínco se esfuerza, más “se le escapan” las palabras y menos encuentra las cosas olvidadas.

Podemos avanzar un poco más con el auxilio de la cita de Goethe. El aire inevitable al que se refiere, tiene la composición y propiedades del lenguaje. Es así que Freud insiste en que es posible deshacer con palabras lo que fue hecho con palabras y allí donde encuentra algo enigmático demanda asociaciones de palabras ya que el humano al ser un ser hablante, sus satisfacciones tienen que pasar por la palabra. Queda plantear cuáles son las propiedades de esa palabra, su estatuto y características diferenciales, ya que como sabemos, el Yo, también habla y “hasta por los codos”, en tanto masa ideacional que concentra las inercias imaginarias contra el mensaje inconsciente. En este punto, lo original de Freud no es su interés por aquellos fenómenos que se presentan como inefables, sino cómo los explica y el método que utiliza.⁷

Freud nos orienta ya desde *La Interpretación de los sueños* sobre cómo entender la función y composición de la palabra en Psicoanálisis. En la “Introducción” del capítulo VI “El trabajo del sueño” (1979/1900, p. 285), plantea la profunda diferencia entre tomar la palabra como *referencia signante* o por su *valor figural*, de imagen. La referencia signante, clara antecesora del significante,

⁷ Es vasto el desarrollo filosófico que distingue lo inefable, de lo posible de ser palabra. Solo recordemos a Dilthey que se ve llevado a considerar la experiencia vivida en la medida en que deja de ser “muda” y “oscura” para convertirse en “expresión” en la poesía y en la literatura, transformando así lo que llama “filosofía de la vida” en “hermenéutica”. (Dilthey, 1945, p. 93). Freud, al igual que Dilthey, recurre a Goethe por hallar allí las leyes ingeniosas de composición con la que trabaja el inconsciente, pero a diferencia del filósofo, Freud, no reduce su descubrimiento a una hermenéutica, en tanto el inconsciente no se reduce a figuras de estilo o tropos literario. El inconsciente freudiano supone un real en juego que excluye un sujeto del sentido y un analista “hermenéutico”.

permite tomar el relato de un sueño como una composición poética en la cual ningún elemento consiste en el sentido, ya que el sentido se encuentra en las leyes de combinación de las sílabas o palabras, situando al referente en la combinación misma. Por el contrario, si tomamos el relato como una composición pictórica, reduciendo la palabra a su valor de imagen, surge la apreciación de que el sueño es un disparatado sinsentido. Afirma al final de la “Introducción”, que la apreciación correcta no es dar veredictos sobre los dichos o enunciados completos o sus partes, muy por el contrario, el esfuerzo tiene que estar en:

reemplazar cada figura por una sílaba o una palabra que aquella es capaz de figurar en virtud de una referencia cualquiera. Las palabras que así se combinan no carecen de sentido, sino que pueden dar por resultado la más bella y significativa sentencia poética (...) el sueño es un rébus de esa índole. (Freud, 1979/1900, p. 285-286)

Esta referencia de orientación metodológica permite proyectar un rayito de luz en la oscuridad irracional tan cotidiana. Entre un olvido o el relato de un sueño y su significación no hay relación directa ni protocolo, sino que por el contrario, media un pensamiento latente solo despejado mediante el método freudiano basado en la asociación libre y la atención flotante. Este método devela las leyes y figuras de la retórica y la *poiesis* que permiten sacar al inconsciente de la irracionalidad. Allí, Freud, encuentra su razón.

La clínica nos enseña que el descubrimiento freudiano resiste al pensar en imágenes, a lo cotidiano y lo establecido. Pero el sentido, las imágenes y lo establecido como cotidiano tienen una fuerza enorme, a tal punto que crean la ilusión de que todo aquello que queda fuera de su dominio es obra de fuerzas oscuras o divinas. Muchos analistas en la historia del movimiento psicoanalítico han optado por buscar la verdad de lo que resiste, en las “profundidades” y no en la “superficie” del discurso. Es necesario indagar en el modo de decir, como podemos leer en *La Interpretación*

de los sueños (Freud, 1979/1900) y *La instancia de la letra o la razón desde Freud* (Lacan, 1988/1957a) la función y el campo de la palabra en psicoanálisis.

Pidiendo asociaciones y sometiéndose al saber que de ellas emana, Freud descubre al igual que Schliemann⁸ en la arqueología, que aquello ininteligible existe, y solo es cuestión de método para hallarlo. Paul Bercherie refiere que:

el lugar que ocupa el psicoanálisis en el campo del saber cobra vuelo en el antiguo lugar de los exorcistas y de los poseídos, de los magnetizadores y los médiums, de la hipnosis y de la histeria. Y el psicoanálisis debe la fascinación o repulsión que ejerce, así como el perfume prometeico que desprenden sus grandes textos y sobre todo la obra freudiana al hecho de que reemplaza progresivamente lo que explicaba la locura, la magia, el destino o la divinidad (...). A la razón científica y a la investigación objetiva se oponía el mundo oscuro de aquello que después de Freud nos resulta fácil señalar como el mundo de la realidad psíquica. (1988, p. 447)

¿Serán las resistencias que despierta el Psicoanálisis el castigo o el pago por ocuparse de cuestiones reservadas a los dioses? Si fuera así, ¿la ira de qué dioses sigue provocando el descubrimiento freudiano? ¿Qué es lo que resiste al develamiento de la Troya del Psicoanálisis?

Resistencias al Psicoanálisis

Freud examinó las resistencias al Psicoanálisis en la cultura, en el movimiento psicoanalítico mismo y en el dispositivo de la dirección de un tratamiento. En 1916, a pedido de

⁸ Heinrich Schliemann (1822-1890). Excavó el emplazamiento de Troya en Hisarlik, entre otros yacimientos homéricos como Micenas, Tirinto y Orcómeno, demostrando que la *Iliada* describe realmente escenarios históricos y, por lo tanto, Troya no era solo fruto de la imaginación y la buena pluma de Homero como se suponía hasta ese momento.

H. Ignotus, director de la revista húngara *Nyugat*, escribe el artículo “Una dificultad del psicoanálisis” (1979/1917a p. 127) en el cual argumenta que las dificultades que despierta su descubrimiento no son de orden intelectual, sino afectivo: se refiere a que si no está dado el interés y la creencia en el inconsciente no hay razones racionales ni científicas que puedan ser escuchadas. En la resistencia descubre la clave de lo que mueve las dificultades y objeciones a su descubrimiento. Del mismo modo que en la clínica no se opera en contra de ella, sino a partir de ella, es la posición que se toma frente a la resistencia, lo que distingue al Psicoanálisis de cualquier otro método. En el artículo la somete a una revisión con un recurso argumentativo llamativo ya que le habla al Yo en duros términos, diciéndole de distintos modos que su problema es no saber que no es amo en su propia casa (Freud, 1979/1917a, pp. 134-135).

A partir de esto, Freud plantea que la dificultad al Psicoanálisis está basado en una afrenta narcisista, tal como ya lo argumenta en “Introducción al narcisismo” (1979/1914a) Señala que el “narcisismo universal”, “el amor propio de la humanidad” (1979/1917a, p. 130) ha sufrido tres grandes afrentas de la investigación científica: a) afrenta cosmológica: la Tierra no es el centro del universo; b) afrenta biológica: el ser humano no es el centro de la creación ni es superior al animal, sino que desciende de él y 3) afrenta psicológica: el Yo no es el centro ni soberano de su propia existencia ya que lo posee un pensamiento sin pensador.

Si seguimos el movimiento del texto llama la atención que el descubrimiento del inconsciente por el Psicoanálisis sea una *nueva* afrenta a la humanidad, dado que el mismo Freud señala que Schopenhauer antes que él ya hablaba de “voluntad inconsciente” equiparable a la vida pulsional inconsciente. Pero, si bien el filósofo lo enuncia con anterioridad, nunca despertó su teoría semejante sentimiento de afrenta. *Afrenta* es un término fuerte que se refiere a un hecho o insulto que ofende por atentar contra la dignidad, el honor y credibilidad. ¿De quién?, podemos

preguntarnos. Señalamos y esto es importante para pensar el tema de esta tesis, que la afrenta psicológica que provoca el Psicoanálisis en la cultura no es el descubrimiento del inconsciente y la significación de la sexualidad, que tiene como consecuencia que el Yo quede descentrado, sino que el psicoanálisis “lo demuestra con un material que toca a cada quien y lo obliga a tomar posición. Es por eso mismo que atrajo la aversión y las resistencias que no osan enfrentarse con el gran nombre del filósofo” (Freud, 1979/1917a, p. 135).

Subrayamos en la cita lo *demuestra con un material que obliga a tomar posición* para orientarnos en la interrogación sobre cuál es el material, de qué está hecha esa resistencia que obliga a tomar posición frente a la ira de los dioses o la afrenta narcisista. Es más, la producción del material y la posición del analista se amalgaman, como lo señala Lacan al correlacionar el material que surge en un análisis, con el lugar que ocupa el analista, dicho de otro modo: es su lugar lo que produce el material, es parte del mismo.

libre siempre del momento y del número, tanto como de la elección de mis intervenciones, hasta el punto de que parece que la regla haya sido ordenada toda ella para no estorbar en nada mi quehacer de ejecutante, a lo cual es correlativo el aspecto de “material”, bajo el cual mi acción aquí toma lo que ella misma ha producido. (Lacan, 1988/1960, p. 568).

Lacan plantea que es posible ordenar la dirección de una cura bajo la lógica de una táctica, una estrategia y una política (1988/1960, p. 569). Preguntándose por el lugar del analista en ese derrotero, refiere que en la táctica es más libre respecto del número y momento de las intervenciones en tanto permita sostener una estrategia transferencial, y, el material clínico que surja es efecto de su acción. Es esta su ética. Señala de diversos modos que el analista es responsable de lo que sucede en un análisis, su acción es insoluble del material que genera y esto

está fundamentado en la concepción de sujeto en juego, tal como lo plantea Masotta. Luis Gusmán citando a Masotta sostiene que es muy fecundo el diálogo con otras disciplinas, sobre todo con la filosofía y las distintas vertientes del arte pero:

a condición de que se entienda que se trata para nosotros, del hombre como sujeto del inconsciente. El psicoanálisis no es parloteo sobre ese hombre, es la práctica de su sujeto. Esa práctica es lo que hace girar al sujeto hacia el lugar de la verdad. (Gusmán, 2011, p. 255).

La cuestión es no elevar el tema de la verdad o las resistencias en un análisis, al estatuto de enunciados “a charlar”, ya que siendo la verdad un lugar y la clínica sostenida por una posición, la del analista, dependerá de él los efectos que se generen. La verdad está más ligada al lugar de la enunciación⁹ que al sujeto del enunciado, por lo tanto, las resistencias *al* psicoanálisis y *del* Psicoanálisis provienen de la concepción misma que se tenga de sujeto y de qué posición se tome para escucharlo, más allá de lo que se predique de él, fuera o dentro mismo del movimiento psicoanalítico. ¿Se articula el sujeto del inconsciente con el lugar de la verdad? En el “Discurso de Roma”, Lacan lo define:

El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. (1988/1953, p. 249).

⁹ Tomamos de Benveniste (1966), la distinción entre semiótica y semántica. El *homo sapiens*, a diferencia de los animales cuyo lenguaje no tiene discontinuidades, no es hablante desde siempre: debe pasar de ser hablado a ser hablante. “En tanto no es hablante desde siempre, escinde esa lengua una y se sitúa como aquel que, para hablar, debe constituirse como sujeto del lenguaje, debe decir *yo*”. La semiótica explica el sistema de signos, tal como lo retoma de Ferdinand de Saussure y la semántica explica el discurso. En esta división entre “ser hablado” y “ser hablante” podemos acercarnos, con Lacan, a localizar en el primero al Yo (*moi*) y en el segundo al Yo (*je*) como lugar de enunciación en del discurso.

El inconsciente es la marca de un “blanco” o un blanco cubierto por un engaño. La verdad está cifrada “en otra parte”, fuera del enunciado, pero en el enunciado podemos encontrar sus huellas embusteras. Nos ocuparemos con más detenimiento en el próximo capítulo.

Resistencias *del* Psicoanálisis

Freud, posicionando un juez imparcial desde el argumento y frente a un público “no psicoanalítico” presenta la resistencia al análisis como un hecho extraño dado que iría en contra del ideal terapéutico de curación, pero ya dirigido a los analistas, al hecho extraño de la resistencia, lo presenta como un término bastante familiar y poco asombroso. Es más, en un análisis, la resistencia se presenta de formas diferentes y las ordena del siguiente modo en la “19 Conferencia de Introducción al Psicoanálisis: Resistencia y Transferencia”: a) como obstáculo al cumplimiento de la regla fundamental; b) como una forma de argumentación dilatoria o contraria al análisis y c) como transferencia que repite el objeto del Complejo de Edipo. Explica luego que este tercer tipo de resistencia es el mejor soporte del trabajo analítico. La cuestión se dirime en qué posición se toma en ella ya que lo que aparece en principio hostil a la demanda del analista, señala el material discursivo al que hay que prestar atención. Es así que nos preguntamos ¿qué tipo de atención es la que conviene?

Al dirigirse a un público introducido en su enseñanza, Freud insiste en que la resistencia del material se debe a su cercanía con un “núcleo patógeno” y sitúa de este modo la resistencia en el centro del discurso analítico. Como lo refiere Lombardi “en ese mismo punto de articulación de la resistencia a la dialéctica analítica, Lacan enseña a reconocer la anaclisis de la palabra del analizante a la presencia del analista, presencia que angustia, presencia que atrae” (2015, p. 32).

Así planteada la problemática no es de extrañar que los llamados por Lacan (1988/1958 565) anti-freudianos, dirijan el interés del Psicoanálisis, no hacia la atención flotante, sino hacia un análisis focalizado de las resistencias. De esta manera, en sus intentos de extender el Psicoanálisis a una Psicología General, lo reducen a una Psicología del Yo, con el consecuente retorno del procedimiento analítico a la sugestión. En *Sobre la iniciación al tratamiento* (1979/1913), Freud es determinante cuando afirma que si no se presenta la resistencia en un análisis, este se reduciría a un tratamiento sugestivo. Es precisamente la presencia de la resistencia lo que protege al Psicoanálisis de la sugestión (Freud, 1979/1922b p.185), ya que la resistencia no es al análisis, sino a la sugestión que implica el sometimiento a una demanda.

Desde *Función y Campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* (1988/1953), Lacan señala a Hartmann como el principal teórico de la *Ego Psychology* quien devela todos los desvíos a los que lleva el análisis de las resistencias y los múltiples espejismos a que se somete un tratamiento basado en la reducción de la transferencia a la sugestión. En el texto se comienza a insinuar la idea de que aquello que resiste, se resiste a la sugestión. Y es más, denuncia que en nombre del progreso del Psicoanálisis se vuelve a tiempos pre-freudianos donde la dirección de la cura se reducía a la dirección de la conciencia. En *La dirección de la cura y los principios de su poder*, Lacan es más contundente aún, al dirigirse a aquellos que en nombre del Psicoanálisis se dedican a la reeducación de la conciencia:

denunciamos lo que el psicoanálisis tiene de antifreudiano... se jacta de superar lo que por otra parte ignora, tomando de la obra de Freud sólo aquello que les sirve para mostrar que no concuerda con su experiencia y desde allí la presentan como caduca. (1988/1958a, p. 565)

Y siguiendo el método freudiano, Lacan no se queda con la ira o la afrenta sino que “estas desviaciones no las mostramos por nuestro gusto, sino más bien para hacer de sus escollos boyas de nuestra ruta” (1988/1958a, p. 568). En “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (1979/1914b), Freud muestra cómo utiliza de boya en su recorrido, los escollos que encuentra en la clínica. Al hablar de su experiencia como discípulo de Charcot, sitúa la interrogación de la experiencia como sostén ineludible de la clínica. Muestra cómo interroga no tanto los enunciados de la teoría charcotiana sino lo enigmático del lugar desde el cual Charcot los formula.

Freud cuenta una anécdota de sus tiempos de discípulo. En una velada, en la que Charcot era el anfitrión, en privado, le preguntan al maestro acerca de la demostración de una enferma histérica, y este refiere: “¡Pero en tales casos siempre es la cosa genital, siempre... siempre... siempre! Y diciéndolo cruzó los brazos sobre el pecho y se cimbró varias veces de pies a cabeza con la vivacidad que le era peculiar.” (Freud, 1979/1914b, p. 13). Este enunciado lo sorprendió a Freud ya que Charcot nunca lo afirmaba frente a los galenos científicos: “Sé que por un instante se apoderó de mí un asombro casi paralizante y me dije: Y si él lo sabe, ¿por qué nunca lo dice?” (1979/1914b, p. 13). ¿Por qué decide callar lo que sabe?, se pregunta Freud.

Gusmán (2011, p. 31), sitúa el lugar del interrogante en la clínica e invita a pensar qué se entiende por pregunta freudiana. Comienza distinguiéndola de la del filósofo, siempre argumentativa y tan frecuente como figura de la resistencia del analista en la clínica actual. Adjetiva como freudiana a aquella que está en el lugar de un interrogante que falta: “¿No es así la mejor manera de definir lo que sucede en un análisis?”, (Gusmán, 2011, p. 18) sostiene antes de desarrollar el lugar de la incógnita en la construcción de los casos clínicos.

La *pregunta freudiana* se sitúa en aquella interrogación en la que la Esfinge está en el lugar de la enunciación y no del enunciado y es posible encontrarla cerca del *Che vuoi?* del grafo del

deseo planteado por Lacan en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (1988/1960, p. 795). Se constituye como una instancia en la que el sujeto se encuentra subvertido por el Otro, como tan lúcidamente lo muestra Jacques Cazotte (1895) en *El diablo enamorado*, texto retomado en varias oportunidades por Lacan en su transmisión. Es de esperar que preguntas de este estilo generen resistencias “afectivas” y convoquen a tomar posición frente al material que producen. Posición que puede: a) favorecer la pregunta freudiana interrogando el material como a un enigma; b) favorecer el olvido o c) ignorarlo con la pasión propia de una afrenta.

Llegados a este punto es necesario aclarar qué entendemos por olvido en esta investigación, ya que “hay olvidos y olvidos” y debemos hacer distinciones para no extraviarnos en el camino hacia la *causa*.

El olvido logrado y el nuestro

En la clase “El núcleo de la represión” del 19 de mayo de 1954 que se publica en el *Seminario I*, se produce un diálogo entre Lacan, el Dr. X, Octave Mannoni y el Sr. Hyppolite. A partir del planteo de que el retorno de lo reprimido y la represión son lo mismo, surge la pregunta de si hay que eliminar la idea de una represión lograda. Allí, Lacan es contundente en su respuesta al diferencia el *olvido*, que es efecto de la represión y ordenado en la dialéctica freudiana, del *olvido lethes*, complementario de la *aletheia* que es efecto de la entrada del ser en lo simbólico, pero ajeno al núcleo de la represión propiamente dicha. Por su pertinencia, reproducimos el diálogo:

O. Mannoni: —Se elimina la idea, formulada a veces, de una represión lograda.

Lacan: —No, no se la elimina. Para explicarlo, habría que entrar en toda la dialéctica del olvido. Toda integración simbólica lograda implica algo así como un olvido normal. Pero ello nos alejaría demasiado de la dialéctica freudiana.

O. Mannoni: —¿Un olvido, entonces, sin retorno de lo reprimido?

Lacan: —Sí, sin retorno de lo reprimido. La integración en la historia implica evidentemente un olvido de todo un universo de sombras que no llegan a la existencia simbólica. Y si esta existencia simbólica es lograda y plenamente asumida por el sujeto, no deja ningún rastro detrás suyo. Sería entonces preciso hacer intervenir nociones heideggerianas. Toda entrada del ser en su morada de palabras supone un margen de olvido, un *lethes* complementario de toda *aletheia*.
(Lacan, 1991/1953-1954, p.284)

El subrayado es nuestro para acentuar que el olvido del que nos ocupamos responde a la dialéctica freudiana de la represión y retorno de lo reprimido y que *no* es un olvido logrado porque deja rastros, huellas, detrás de sí, que leemos como indicios de lo reprimido y morada de la verdad, como vimos en el apartado anterior. Si bien la represión y el retorno de lo reprimido son lo mismo, es necesario una articulación más. Para que la represión sea posible, en su origen hay un primer nódulo de lo reprimido, centro de atracción de las ulteriores represiones:

En el origen, para que una represión sea posible, es preciso que exista un más allá de la represión, algo último, ya constituido primitivamente, un primer nódulo de lo reprimido, que no solo no se reconoce, sino que, por no formularse, literalmente es *como si no existiese*. Sin embargo, en cierto sentido, se halla en alguna parte puesto que es el centro que atrae hacia sí todas las represiones ulteriores. Diré que es la esencia misma del descubrimiento freudiano. (Lacan, 1991/1953-1954, p. 75).

Diferencia Lacan de este modo, los avatares de la represión, de aquello que constituye su fundamento, soporte y umbral. El “núcleo primitivo” que funciona *como si no existiese*, tiene existencia en sus efectos, si el analista está en la posición adecuada para leerlos. En el mismo

Seminario I (1993/1953-1954, p. 80), Lacan se refiere al olvido como una puntuación pasible de ser leída mediante la aplicación del método analítico orientado por la causa.

Lo que llama la *esencia del descubrimiento freudiano*, es el núcleo a partir del cual se ordena su campo. Podemos deducir que todo olvido que no esté estructurado sobre ese *centro que atrae* como un nudo, no es un olvido del inconsciente, sino más bien es un olvido que queda fuera del campo freudiano por más que se construyan enunciados que *parloteen* o prediquen sobre él. El olvido freudiano es el olvido fallido y logrado, en tanto deja rastros de su origen. Logrado-Normal y Fallido-*Pathos* son duplas que nos remiten directamente a la clínica. Lo retomaremos en el Capítulo 4 “Clínica del olvido”.

Aproximaciones a la causa

La resistencia tiene un lugar en la construcción del campo freudiano porque marca un umbral y se presenta cada vez que sucede, como un resto, aquello que no se integra a lo previsto. Lacan, citado por Lombardi (2015, p. 7) refiere que “el resto siempre es, en el destino humano, fecundo”, y, en ocasiones, como la relatada por Freud en “Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico”, al escuchar lo imprevisto de su maestro Charcot, también produce asombro.

Lombardi (2015, p. 8) señala que el resto —tal como es pensado en Psicoanálisis— podría ser presentado como un movimiento que hace que una repetición no logre producir lo idéntico. En la repetición analítica, la posibilidad de lo nuevo apunta a *eso* que escapa a la circularidad que causó el invento del objeto *a*. Es necesario detenernos en *eso* que escapa a la repetición para, por un lado, entender qué resiste y a qué y por el otro, qué se entiende por objeto en Psicoanálisis y cómo abordarlo.

Lacan afirma (1988/1960, p. 780) que el discurso en la sesión analítica vale porque da traspies o incluso se interrumpe, en tanto la sesión misma se instituye en ruptura de un falso discurso de lo cotidiano. En la “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo” leemos:

Este corte en la cadena significante es el único que verifica la estructura del sujeto como discontinuidad en lo real. Si la lingüística nos promueve el significante al ver en él el determinante del significado, el análisis revela la verdad de esta relación al hacer de los huecos del sentido los determinantes del discurso. (Lacan, 1988/1960, p. 781).

Es una frase compleja ya que incluye varias afirmaciones. Tomemos la última, por demás importante, ya que sitúa la *verdad* en Psicoanálisis en relación con el significante y los *determinantes* del discurso en los huecos del sentido y no en un objeto *determinado* fuera del discurso, al modo de un referente objetivo, predeterminado, autónomo y externo del lenguaje mismo. Esto implica que el objeto en Psicoanálisis es radicalmente diferente al de otras disciplinas y ubicamos aquí su novedad. Lacan afirma en “La ciencia y la verdad”:

El objeto del psicoanálisis, no es otro sino lo que he adelantado ya de la función que desempeña en él el objeto *a*. ¿El saber sobre el objeto *a* sería entonces la ciencia del psicoanálisis? Es muy precisamente la fórmula que se trata de evitar, puesto que ese objeto *a* debe insertarse, ya lo sabemos, en la división del sujeto por donde se estructura muy específicamente, el campo freudiano. (1988/1966, p. 842)

Para situar el objeto del Psicoanálisis y la consiguiente constitución de su campo, Masotta apela en *Psicosis* a dos términos para ordenarlo: *saber* y *disolución*. “El sexo en Freud, es lo que disuelve cierta posición de Saber y no un saber sobre el sexo, tomado como objeto” (Masotta, 1976a, p. 34). Advierte por otro lado, que una de las dificultades que presenta el Psicoanálisis

consiste en ser asimilado a otras disciplinas “autorizadas por el uso” para así domesticar su descubrimiento. El Psicoanálisis no es un saber sobre un objeto, ya que no hay metalenguaje como señala Lacan:

Partamos de la concepción de Otro como lugar del significante. Todo enunciado de autoridad no tiene allí más garantía que su enunciación misma, pues es inútil que lo busque en otro significante, el cual de ninguna manera podría aparecer fuera de ese lugar. Lo que formulamos al decir que no hay metalenguaje que pueda ser hablado, o más aforísticamente: que no hay un Otro del Otro. (1988/1960, p. 793).

El objeto del psicoanálisis está determinado por el lenguaje e inserto en la división del sujeto, es *determinante* del discurso. Por ello es que consideramos imposible sostener un sujeto indiviso, in-dividuo y exterior al lenguaje mismo. De este modo el Psicoanálisis inaugura la movilidad de las fronteras científicas entre saber y verdad. Es importante en este punto distinguir *saber* de *conocimiento*, tal como lo plantea Lacan en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”:

Pero de lo que se trata en Freud es de otra cosa, que es precisamente un saber, pero un saber que no comporta el menor conocimiento, en cuanto que está inscripto en un discurso del cual, a la manera de un esclavo-mensajero del uso antiguo, el sujeto que lleva bajo su cabellera su codicilo que le condena a muerte no sabe ni el sentido ni su texto, ni en qué lengua está escrito, ni siquiera que lo han tatuado en su cuero cabelludo rasurado mientras dormía. (1988/1960, p. 783)

¿En qué lengua está escrito aquello que el sujeto ignora tanto en su texto como en su sentido y sin embargo lo sostiene? En la *otra escena donde se duerme*, reconocemos al inconsciente, que a partir de Freud, “es una cadena de significantes que en algún otro sitio —otro escenario, escribe

él— se repite e insiste para interferir en los cortes que le ofrece el discurso efectivo y la cogitación que él informa” (Lacan, 1988/1960, p. 779).

El saber freudiano está inscripto en el discurso y soportado por el sujeto en su propio cuerpo, pero, de eso nada sabe en tanto es un saber escrito en el lugar y con las características del Otro, del significante que lo divide. Al introducir la causa en la división misma del sujeto, esta encuentra su lugar en la enunciación y no en los enunciados. Ese saber tatuado, inscripto, requiere que algo se pierda del “yo pensador autónomo” para advenir. El saber hace su aparición con la regla fundamental de la asociación libre que implica olvidar el sentido de los enunciados, *perder el hilo de una conversación* como condición para que esas marcas inscriptas puedan ser leídas. Algo de la pérdida es necesaria para tener acceso a la escritura que funciona como memoria independiente del pensar consciente.

Al abrir Freud la coyuntura entre verdad y saber, sitúa el estatuto del sujeto en Psicoanálisis a partir de la estructura que da cuenta del estado de *Spaltung*, es decir, de escisión con la que lo detecta el analista en su clínica. El saber y la verdad están en una relación de división irreductible. “Tenemos que admitir que en el psicoanálisis, a cada verdad no le corresponde un saber” (Lacan, 1988/1966, p. 847). No hay medida común entre la verdad del sujeto y el saber que elabora, hay entre ambos un abismo: ¿en qué consiste, cuál es la división entre saber y verdad?

En el primer discurso de Roma, Lacan (1988/1953, p. 301) califica al psicoanalista como “dueño de la verdad”, aclarando que no hay que equivocarse con el término *dueño* y pensar que el analista tendría algún título de propiedad sobre la verdad. Por el contrario, está sometido y expuesto a la verdad en su clínica y de su posición allí depende que se produzca o se oculte. En “Radiofonía” aclara un poco más “la relación” del analista con la verdad:

Es que con la verdad no hay relación de amor posible, ni matrimonial ni unión libre. Sólo hay, si ustedes quieren, una relación de amor segura que encaje muy bien con ella: la castración, la de ustedes, por supuesto, y con ella, nada de piedad. (Lacan, 1993/1970, p. 442).

Del analista, entonces, puede esperarse como aporte a la cultura, más que un nuevo concepto de verdad, un nuevo modo de entenderla, al situar el lugar de dónde viene y de dónde saca las consecuencias. Se trata de una verdad sometida “sin piedad” a la castración y no al saber. En distintos momentos de su enseñanza, Lacan mostró que el saber y la verdad están en una relación de división irreductible y por lo tanto no hay medida común entre ambas. De este modo, la posición del analista se aleja de aquella que detentan los “dueños de la verdad” tales como los adivinos, hechiceros o religiosos.

Situamos a la verdad opuesta al olvido (como su reverso) y no a la falsedad. Lo falso o el error la *contradicen* si ubicamos lo verdadero como una referencia externa al lenguaje mismo. Por ejemplo, si el enunciado dice “ afuera llueve”, y salgo afuera y es un día soleado, el enunciado es falso, erróneo, en tanto no es conforme con la realidad “de los hechos”, en una auténtica posición positivista de “ver para creer”. Pero la clínica nos enseña que la verdad está ubicada en el nudo mismo del sujeto, regido por el principio de no contradicción (Freud, 1979/1915).

Freud se encontró también con la problemática acerca de la verdad o falsedad de los recuerdos infantiles, que resuelve con la oposición de la realidad material a la realidad psíquica. Esta última toma el lugar de la realidad material que está profundamente perdida como acontecimiento y a partir de la cual la fantasía es determinante, en tanto cubre esa pérdida: “las experiencias infantiles que se construyen o se rememoran en el análisis son una vez

irrefutablemente falsas, pero otras veces, son con certeza verdaderas, y, en la mayoría de los casos, son una mezcla de verdad y falsedad” (1979/1917c, p. 335).

Y más adelante en el mismo texto:

Durante largo tiempo, no comprenderá nuestro designio de equiparar fantasía y realidad y de no preocuparnos al comienzo por saber si esas vivencias infantiles que han de explicarse son lo uno o lo otro. No obstante, es evidentemente la única actitud correcta frente a estas producciones del alma. También ellas poseen una suerte de realidad: queda en pie el hecho de que el enfermo se ha ocupado de esas fantasías, y difícilmente ese hecho tenga menor importancia para su neurosis que si hubiera vivenciado en la realidad el contenido de sus fantasías. Ellas poseen realidad *psíquica*, por oposición a una realidad *material*, y poco a poco aprendemos a comprender que *en el mundo de las neurosis la realidad psíquica es la decisiva*. (1979/1917c, p. 336)

Retomado por Lacan el estatuto de la fantasía, orienta la invención freudiana de la realidad como producción psíquica por el lado de una ficción y la anuda a la castración, dado que el punto de la división del sujeto entre saber y verdad es un nudo que recubre un abismo:

El sujeto se divide aquí, nos dice Freud, para con la realidad, viendo a la vez abrirse en ella el abismo (...) y por otra parte recubriéndolo con esa superficie donde erigirá el fetiche, es decir la existencia del pene como mantenida, aunque desplazada (...). Revelando del falo mismo que no es nada más que ese punto de falta que indica en el sujeto. (Lacan, 1988/1966, p. 856)

Cuando Lacan en “La cosa freudiana”, le hace decir a la verdad “yo, la verdad, hablo” (1988/1956 p. 391), refiere que lo que se pone en juego en esa enunciación no está en el enunciado,

sino en otra parte. Está en el lugar que transforma la verdad hablada en verdad hablante y por lo tanto no solo se puede hablar de la verdad sino que también, se puede tratar de escucharla. Pero, ¿dónde la hallamos? La verdad habla en lo que se considera menos verdadero o importante:

Yo vagabundo en lo que vosotros consideraréis lo menos verdadero por esencia: en el sueño, en el sentido del desafío a la agudeza más gongorina y el *nonsense* del juego de palabras más grotesco, en el azar, y no en su ley, sino en su contingencia, y no procedo nunca con más seguridad a cambiar la faz del mundo que cuando doy el perfil de la nariz de Cleopatra. (Lacan, 1988/1955, p. 393)

A la verdad la encontramos en un lugar marginal, vagabundeando en el *punto de falta del sujeto* y bastante alejada entonces, de los lugares en los cuales el Yo se hace representar. En la división del sujeto se ubican las cosas que dicen la verdad:

El comercio de largo alcance de la verdad no pasa ya por el pensamiento, cosa extraña, parece que en lo sucesivo pase por las cosas: *rébus*, es por ti por quien me comunico, como Freud lo formula al final del sexto capítulo, consagrado al trabajo del sueño, de su trabajo sobre lo que el sueño quiere decir. (Lacan, 1988/1955, p. 393)

Dado que la verdad *pasa*, se desliza por los significantes que son los que conforman un *rébus*, está destinada a decirse a medias en todo aquello que produce división subjetiva, incluido el olvido o el sueño como formaciones del inconsciente, como veíamos al comienzo. Por lo general, el *rébus* tiene la apariencia de “contener algo oculto”, “secreto”, y lóbrego como el aire goetheano, pero eso es solo una ilusión. Lo que le da esa apariencia es la insistencia, un retorno de lo reprimido, que se despliega en una temporalidad donde vagabunde la verdad “olvidada”, y, desde allí habla. Lo inconsciente no se oculta, solo habla en otra lengua.

El olvido del inconsciente freudiano

Sara Glasman refiere que:

es evidente que Freud deseaba que se diga toda la verdad pero también por eso mismo puede encontrar límites y reconocer a su pesar que solo puede decirse a medias (...) Y en efecto, Freud explicita como síntoma al fenómeno que afecta a gran parte de los cerebros lúcidos de su época pues la inteligencia no es autónoma, depende de la vida sentimental y los pueblos obedecen a sus pasiones o, más bien, anteponen sus intereses pero en tanto les sirven para dar razones para la satisfacción de sus pasiones. (2000, p. 234)

En distintos momentos de su obra, Freud escribe sobre las dificultades o resistencias que el psicoanálisis genera en la cultura, y, con más detenimiento se ocupó de aquellos que, perteneciendo al movimiento psicoanalítico, se olvidan del inconsciente. De esto podemos deducir que sabía que el futuro de su descubrimiento no estaba garantizado.

Favorecía la apertura de Sociedades para propagar su teoría y formar nuevos analistas con una lógica poco religiosa, ya que, si bien como toda institución una Sociedad supone una parte conservadora para poder funcionar, también es cierto que consideraba que su obra estaba abierta a correcciones, avances y adecuaciones a nuevas circunstancias.

Como decíamos más arriba, Freud estaba advertido y con severidad se dirigió a sus discípulos tentados a fusionar el Psicoanálisis con otras teorías. Consideraba esa aleación o amalgama no una prueba de “broadmindedness”, sino de “lack of judgement” (1979/1914b)¹⁰. Nos interesa puntuar aquí que el peligro que advierte Freud no es un peligro superado en la actualidad.

¹⁰ Se han conservado las expresiones presentes en el texto original en inglés, para la referencia; tales conceptos pueden traducirse como “amplitud de ideas” y “debilidad de juicio”, respectivamente.

Tomemos por ejemplo a López cuando advierte sobre el “olvido” actual del inconsciente en el movimiento psicoanalítico:

La clínica de lo real tiende a desentenderse de las astucias significantes del inconsciente. Se promueve en la formación de analistas una idealización correctiva del goce en detrimento del trabajo que tanto Freud como Lacan siempre pusieron por encima de cualquier otra intervención: el desciframiento del jeroglífico inconsciente. (2009, p. 21)

Estamos hoy, transcurridos más de cien años desde el descubrimiento del inconsciente, frente a la misma preocupación freudiana: las dificultades propias del Psicoanálisis bajo la forma, esta vez, de “idealización correctiva del goce”. En este marco, proponemos en nuestra tesis la lectura de una situación *actual* como parte de un tiempo necesario de interrogar las dificultades propias del Psicoanálisis al modo en que lo hizo Freud (1901) en la *Psicopatología de la vida cotidiana* y Lacan (1957) en *La Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. Son estos, textos en los que podemos leer que, lejos de saltar los obstáculos, se detienen en ellos y los interrogan ya que suponen un saber actual en juego.¹¹ Lacan articula los obstáculos con la resistencia y la repetición:

En fin, en esos primeros momentos de la experiencia en que la rememoración, poco a poco se sustituye a sí misma y se aproxima cada vez más a una especie de foco, de centro, en el que todo acontecimiento pareciera estar a punto de ser revelado, precisamente en ese momento vemos manifestarse lo que llamaré [...] la resistencia del sujeto, que se convierte en ese momento repetición en acto. (citado por López, 2009, p. 150).

¹¹ Cabe aclarar que el destacado de “actual” obedece a aquello que está presente pero no es novedad.

Sostenemos, con Octave Mannoni, que “es necesario *no olvidar* que las resistencias están activas, dispuestas a aceptar al psicoanálisis a condición de enmascarar y neutralizar su originalidad.” (1987, p. 145).

La resistencia es uno de los descubrimientos más importante del Psicoanálisis y su utilización la diferencia de otras psicoterapias desde el momento en que Freud se interesa más en la *causa* del síntoma que en suprimirlo. Es una causa que insiste y, en cada insistencia es pasible de ser olvidada. El Psicoanálisis no tiene salvaguardado su futuro como campo disciplinar, ya que el inconsciente olvidado está expuesto a ser recuperado por sistemas tradicionales de pensamiento. Leemos en la historia del movimiento psicoanalítico distintos modos de recuperación del descubrimiento freudiano, muchos de los cuales, en nombre del progreso, extravían el camino. El inconsciente aparece muy fácilmente como un concepto del que se habla, cuando en realidad, habla a su manera y está como dijo Lacan, estructurado como un lenguaje y por lo tanto, es el estudio del lenguaje la brújula cuando propone el retorno a Freud. Y al unísono se pregunta ¿la causa del inconsciente qué frasco abre? ya que genera tanto rechazo. Más adelante en el mismo texto (Lacan, 1988/1966, p. 853), afirma que la causa original del Psicoanálisis es material y supone la incidencia del significante. Nos dejaremos guiar por la misma brújula para orientar las razones, despejando fundamentos y lograr de este modo situar el olvido del descubrimiento freudiano en el movimiento psicoanalítico.

Capítulo dos

El movimiento psicoanalítico

*Buscar y saber reconocer quién y qué,
en medio del infierno, no es infierno,
y hacer que dure, y dejarle espacio.*

Calvino (2013, p.101)

Historia y discurso en el Psicoanálisis

De un modo original Héctor López aborda el tema del movimiento psicoanalítico en su libro *Psicoanálisis, un discurso en movimiento*. Propone, “una lectura psicoanalítica del psicoanálisis” (López, 1994, p. 17) con un método específico inaugurado por Lacan, que consiste en *repensar* la teoría, volver sobre sus huellas a diferencia de *retomarla*. Parte desde allí para oponer “el devenir histórico” al “movimiento”. Al primero lo define como “una sucesión de acontecimientos, de autores, o incluso de desarrollo y de producciones teóricas, en una ilusoria continuidad” (López, 1994, p. 23) y al movimiento lo ordena como un discurso.

El cómo abordar al movimiento psicoanalítico es preocupación también de O. Mannoni. En su libro *El descubrimiento del inconsciente*, manifiesta que el camino más frecuentado a la hora de dirimir qué sucedió con el concepto de inconsciente desde su descubrimiento hasta la actualidad, fue recurrir a una concepción de historia basada en acontecimientos sucesivos en una continuidad lineal fechada: los diferentes sucesos que marcaron el desarrollo y la expansión del Psicoanálisis, cómo en algunos países fue detenida su expansión, qué resistencias tuvo que vencer en otros, qué

etapas tuvo que recorrer para hacerse admitir en diferentes sectores de opinión o conocimiento, las influencias de Freud, etc. (Mannoni, 1987, p. 145). Empero, plantea que existe otro camino, más arduo por poco transitado, que consistiría en abordar la problemática con un método acorde al Psicoanálisis mismo, que en el texto Mannoni no desarrolla. Este es el camino que toman López y Martínez, en el cual ordenan el movimiento psicoanalítico con la lógica significante, aunque en un punto del recorrido, las propuestas de los autores se tornan dispares. Nos ocuparemos más adelante.

López (1994) entonces, vincula la *historia* del Psicoanálisis con la sucesión de acontecimientos en un registro imaginario, a diferencia del *movimiento*, como categoría conceptual, centrado en el registro simbólico y ordenado en un discurso (p. 15). Llegados a este punto es necesario precisar qué es un discurso y qué tipo de discurso es el psicoanalítico, para entender en qué consisten estas diferencias. Tomaremos referencias de la Filosofía y la Lingüística para ubicar también una conceptualización de historia, acorde al Psicoanálisis como discurso.

Desde la Filosofía, Agamben (2018, p. 72) refiere que “la diferencia entre lengua y habla, le abre a la historia su lugar”, ya que la brecha o la discontinuidad entre la lengua, que ubica siguiendo a de Saussure, como anterior al advenimiento del viviente y el habla, que implica la apropiación por parte del sujeto de aquello que lo convierte en hablante, es lo que da lugar a la Historia. Es decir, que sin división o discontinuidad, no hay historia del ser hablante. Por otro lado Foucault (1968, p. 34) define al discurso como “el conjunto siempre finito y actualmente limitado de las (...) secuencias lingüísticas que han sido formuladas” y Chartier (1996, p. 57) lo entiende a través de su accionar, en tanto “instaura divisiones y dominaciones, es el instrumento de la violencia simbólica y, por su fuerza, hace ser a lo que designa”. Definiciones a las que proponemos poner en torsión para pensar un discurso discontinuo, ordenado por un conjunto finito de secuencias lingüísticas que *hace ser, a lo que designa*. Y la historia se ubica desde esta perspectiva, lejos de

la idea de reconducir al pasado y cercana a la idea de historización, es decir, a los modos en que el sujeto se apropia de aquello que lo convierte en hablante.

Tzvetan Todorov, desde la Lingüística, distingue entre *historia* y *discurso* cuando hace hincapié en que la diferencia radica en el lugar en que se ubica el narrador. Entiende por historia “los hechos que se han de narrar” guiados por un interés previo a la narración, pudiendo ser un interés de prestigio, político, económico, académico, etc. En cambio, en el discurso “lo que se ha de narrar” no son hechos, ya que nada en el lenguaje viene “hecho en sí-mismo o pre-fabricado” y por lo tanto, solo obtienen su lugar por negatividad y en relación a otros. Lo que “verdaderamente cuenta no son los sucesos como tales, sino el modo, la *lógica, con la cual se los rescata y comunica.*” (Todorov, 1972, p. 234, subrayado nuestro). Como todo texto, el discursivo, supone una posición que es parte del texto, tanto en su construcción (rescate) como en su relectura (comunicación). Esto nos acerca un poco más al segundo de los interrogantes planteados: cuáles son las características de un discurso psicoanalítico.

Foucault refiere que el discurso psicoanalítico tiene una característica fundamental ya que es freudiano, es decir, que lleva la marca de su fundador. A diferencia de otros discursos que pueden ordenarse y lograr cierta estabilidad en la medida en que se sostienen como enunciados sin emisor, el discurso psicoanalítico si es, es freudiano. A esta marca “freudiano” la denomina *función autor*, dado que no se pierde con el tiempo y delimita su campo.

Pensar al movimiento psicoanalítico como un discurso, sitúa en una lógica particular el tema de esta tesis: el inconsciente y las condiciones de estructura de su olvido. Por lo tanto, es impropio hacer una lectura de la historia del movimiento psicoanalítico como una sucesión lineal de acontecimientos, ya que la historia en psicoanálisis, como el inconsciente mismo, sigue las leyes de composición del significante, favoreciendo la historización más que la reconducción

al pasado. Tomemos del “Discurso de Roma”, la definición de historia que Lacan da: señala que la *historia del sujeto es su inconsciente*. En sus palabras:

Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia, es decir, que le ayudamos a perfeccionar la historización actual de los hechos que determinaron ya en su existencia cierto número de “vuelcos” históricos. Pero si han tenido ese papel ha sido ya en cuanto hechos de historia, es decir en cuanto reconocidos en cierto sentido o censurados en cierto orden. (1988/1953, p. 251)

La lógica significante del movimiento psicoanalítico

López, en *Psicoanálisis, un discurso en movimiento* (1994, p. 26), ordena el movimiento psicoanalítico en extensión. Hace uso metafórico de los tres momentos del tiempo lógico: instante de ver, tiempo de comprender y momento de concluir. Ubica las funciones cumplidas por Freud en el instante de ver, por las corrientes post-freudianas en el tiempo de comprender y por Lacan, en el momento de concluir.

Lo aborda como un discurso en movimiento que va desde el S1 (Freud) al S2 (Lacan), que produce significación de acuerdo con las leyes del significante y cuyo objeto a significar es el descubrimiento freudiano (López, 1994, p. 25).

En el **instante de ver** sitúa el descubrimiento freudiano. En tanto fundador de discursividad, Freud funciona como S1, significante de apertura a lo real del inconsciente, aquello que no está agujereado por lo simbólico y por lo tanto está, pero fuera de sentido. Es un momento de encuentro traumático que se convierte en una experiencia analítica en tanto se anuda a un deseo inaugural que es el deseo del analista, al que Freud se somete. Más arriba veíamos cómo el material que surge en un análisis es indisociable del lugar del analista. Allí donde existían acontecimientos discursivos

se anuda el deseo de Freud y se transcriben no sin dificultades, a términos simbólicos: se cifran en el *corpus* teórico que logra el pasaje de acontecimiento azaroso, equívoco o divino a experiencia analítica. Este momento que López define como *pathos* (1994, p. 27), Freud lo padece pero activamente. Afectado por lo real se comporta como frente a la Esfinge de Tebas: responde con la *pregunta freudiana* y le hace frente con un método específico. Recorta así un real y con ello funda un nuevo campo discursivo. El campo es freudiano, lleva la marca del autor, a condición del “borramiento de la huella”, la desaparición del nombre propio. Se trata de la muerte del padre, como condición necesaria del advenimiento de su función simbólica (López, 1994, p. 34).

El **tiempo para comprender** es la latencia del descubrimiento. Entre el S1 y S2, ubica también significantes, pero en un desplazamiento metonímico formado por teorías o recortes erráticos de la misma, que proponen retomar el Psicoanálisis para hacerlo progresar, pero, sin poder abrochar un concepto que responda a la lógica del descubrimiento freudiano. A estos recortes erráticos de teoría, López los llama “literatura psicoanalítica” que, “al no tener determinación metafórica quedan reducidos a un conjunto disperso, heteróclito, de significantes imaginarios, a los cuales llamamos autores de las corrientes psicoanalíticas” (1994, p. 25). Distingue de este modo, el momento fundante, que deja marca en el movimiento psicoanalítico, de aquellos otros que entran en la literatura psicoanalítica hablando en nombre del Psicoanálisis y que Lacan denomina en distintas oportunidades posfreudianos, anti-freudianos o afeudianos.

Decir que Freud es un significante implica que su obra no se identifica con su autor. Así lo plantea Foucault en *¿Qué es un autor?* (1984/1968, p. 58), y López (1994, p. 34), al distinguir al *Freud autor* del *Freud texto*. *Freud texto* implica el borramiento del nombre propio para que como significante arme discurso, constituya un campo de legalidad, y a partir de allí su obra pueda ser leída desde su propia estructura y no como *doxa*, referente de verdad o cita de autoridad. Es así que

Foucault plantea la pregunta. “¿qué importa quién habla?” diferenciando así el nombre del autor de la “función autor”:

(...) el nombre del autor no va como el nombre propio, desde el interior de un discurso al individuo real y exterior que lo ha producido, sino que corre, de alguna manera, en el límite de los textos, los recorta, sigue sus aristas, manifiesta su modo de ser o, al menos, los caracteriza. (Foucault, 1984/1968, p. 94)

Para que Freud funcione como significante es necesario ubicarlo en aquello que Foucault denomina “fundador de discursividad” ya que abrió el espacio para otra cosa que sí mismo y sin embargo, pertenece a lo que fundó. Esa otra cosa es el inconsciente, objeto del Psicoanálisis recortado desde el punto de vista de un campo formalizable.

Por estructura, lo que fundó el discurso tiene por destino ser olvidado o desviado, hasta que sea posible un S2 que favorezca “el retorno a...” y produzca el tiempo de concluir. Allí ubica López el método de Lacan que consiste en *el retorno a Freud*,¹² como un acto de lectura. Retoma el término de Foucault de “retorno a...”, propio de las instauraciones de discursividad cuya lógica implica que: a un descubrimiento le sigue un tiempo de olvido o represión, que concluye con un retorno:

El retorno, por lo tanto, consiste en decir, por una parte: eso estaba allí, bastaba con leer, (...) y a la inversa: no, no es en esta palabra ni en la otra ni en ninguna leíble, se trata más bien de lo que se dice a través de las palabras en su espaciamiento, en la distancia que las separa. (López, 1994, p. 43)

Se retorna a los espacios entre las palabras para repensar la teoría y desde allí leer lo que está en el texto y no solo en los enunciados de un Freud mítico. Verdadero movimiento de progreso,

¹² Por fuera de la idealización del *retorno* a los orígenes, entendido como tiempo pasado que por pasado sería mejor. En la clase del 1 de junio de 1966, en el Seminario “El objeto del psicoanálisis”, propone sustituir “el retorno a Freud” por “repensar a Freud” entre otras cosas para recortar equívocos.

propio del tiempo retroactivo del Psicoanálisis que permite metaforizar las primeras marcas que, hasta ese momento estaban reprimidas por su origen traumático. Vemos cómo los espacios entre las palabras, sus intersticios, son muy fecundos, ya que sostienen y encausan el movimiento del discurso, a partir de que el retorno no produce lo idéntico, sino que, por el contrario, favorece el surgimiento de lo novedad. Este sería el lugar de Lacan como S2.

El olvido como tiempo medio y sostén del discurso

El *tiempo medio* es un tiempo lógico en el cual el inconsciente se encuentra en latencia, olvidado. Es un tiempo en el que predomina el mecanismo de la represión, que recae sobre lo traumático de su inscripción. López (1994, p. 39) plantea que esta represión en el movimiento psicoanalítico no es accidental, sino que por el contrario, es esencial y constitutiva ya que sin represión no hay retorno de lo reprimido que pueda ser leído. Ubica allí dos tipos de olvidos: el *logrado* en corrientes como la Escuela Americana y el *fallido* que provoca retornos y lo encuentra en la escuela inglesa. Distingue y pone en valor la inscripción del inconsciente y los retornos de lo reprimido olvidado que, como veíamos en el Capítulo 1, es siempre fallido ya que deja huellas, marcas. Siguiendo esas marcas podemos leer que la verdad de la estructura no deja de insistir y de decirse a medias: con el método del “retorno a Freud”, Lacan produce el levantamiento de la represión.

Tomamos en esta investigación, solo dos de los modos posibles del olvido del descubrimiento freudiano en el movimiento psicoanalítico: 1) el que propone un progreso en la teoría, que desplaza el complejo de Edipo y de castración como nudos de la estructura y los sustituye por ejemplo, por el complejo de Telémaco (Heinz Kohut y la Psicología del *Self*), y, 2) un olvido del inconsciente que funciona como el sueño, que sigue las leyes del significante y, por

lo tanto, al despertar, causa avances a partir de localizar la pregunta freudiana en aquello que presenta dificultad (M. Little y R: reacción total del analista a la contratransferencia).

Para poder abordar estas modalidades de olvido, necesitamos situar algunos interrogantes al modo en que López sitúa el movimiento psicoanalítico como un discurso en movimiento con una lógica que parece concluida, abriendo así, la inquietud sobre el porvenir del Psicoanálisis más allá de Lacan. Veamos. Si Freud es el nombre del S1 y Lacan del S2, ordenando todo el movimiento psicoanalítico por retroacción: ¿con Lacan se termina el Psicoanálisis? Y, por otro lado, ¿cómo explicar situaciones en las que un mismo analista, como el caso de Little, en un momento se olvida y luego “recuerda” la posición del inconsciente y los formaliza produciendo así sus contribuciones al movimiento psicoanalítico?

López (1994) y Harari (1985), entre otros, se detienen en la lógica significativa del movimiento en extensión, pero, según nuestra lectura, dejan poco margen al porvenir y la reinención del psicoanálisis. Martínez (2006), retoma esta lógica, pero para conjeturar que en cada época y en cada analista se supone un ciclo de fundación, olvido y retorno, moviendo así, a nuestro entender, las fronteras de lo que se conoce por “posfreudiano”. Martínez sostiene que, a lo largo de su recorrido, un analista atravesará momentos de descubrimiento, momentos de olvido y represión y momentos de concluir (2006, p. 4). Incluso cada corriente o escuela psicoanalítica encuentra su relación con el movimiento psicoanalítico en la misma lógica. Esa relación está determinada por los modos en que cada analista sostiene los vínculos con el Freud padre-instaurador:

(...) todo analista para ser reconocido como tal, está “condenado”, a ubicarse como hijo-lector que necesariamente lee el cuerpo textual del padre y, en ese gesto, lo asesina una y otra vez, (...) en una ceremonia antropofágica por la cual, deviene hijo

de aquel padre, quien le dará un nombre-insignia (“freudiano”) del cual se declina su filiación. (Martínez, 2007 p. 221)

Aclara que esto no implica que cada analista quede “condenado” a la ortodoxia de repetir los enunciados del padre, sino que, por el contrario, podrá ir contra la propia teoría o abrir nuevos horizontes clínicos pero “no sin el padre”:

Cada analista emprenderá su viaje de manera singular, aunque las instituciones y las tradiciones establezcan ciertas vías como señaladas, preferenciales. Pero, en algún momento ese viajero deberá emprender el camino de regreso, y para ello contará (...) con sus marcas singulares que “digan el regreso”. (Martínez, 2007, p. 221)

El regreso a Freud tendrá entonces, el estilo singular que cada analista encuentre en las marcas por las que retorna y se proponga. Es de suponer que esto no se logra de una vez y para siempre, sino que en un mismo analista, encontraremos momentos de olvido y de retornos. Pensar el lugar que cada analista ocupa, cada vez, en el Movimiento, nos abre las fronteras del porvenir del discurso psicoanalítico bien lejos de la inercia propia de una bitácora dogmática y auspiciando la novedad que aporta el descubrimiento freudiano.

Freud, en tanto instaurador de discurso, seguirá siendo el S1 y Lacan el S2, pero también es posible que otro analista en su regreso al padre-fundador produzca en su acto de lectura nuevos aportes a ser leídos a la luz del real que delimitan. Entendemos al momento de concluir, no como el cierre del movimiento, sino como acto de corte, cuyo efecto será abrir nuevos caminos.

Dado lo anterior, proponemos distinguir en el **tiempo medio** dos acepciones. La primera como **tiempo de comprender** estructural y estructurante del discurso psicoanalítico, que hallamos en el movimiento en extensión (López, 1994). En una segunda acepción como **tiempo medio o**

primer meridiano¹³ retomamos los aportes de Horacio Martínez de situar la relación de cada analista con Freud, en tanto padre-fundador. Proponemos tomar este tiempo medio, en el cual se conserva el descubrimiento freudiano, como variable a partir de la cual se leen las distancias entre el inconsciente y el lugar que cada analista ocupa allí. Si se nos permite esta figura del “meridiano de Greenwich”, podemos utilizar como eje vertical el olvido del inconsciente freudiano y desde allí atravesar las producciones teóricas de distintos analistas. En este tiempo de comprender, el efecto se producirá siguiendo las huellas heterogéneas, más que erráticas, presentes en distintos sistemas de pensamiento de la teoría psicoanalítica.

¿Qué entendemos por post-freudianos?

Se entiende que los post-freudianos son aquellos que vienen “detrás de” o “después de” Freud, y en general, es un término que tiene una connotación negativa. Pero, a poco de andar, encontramos que no es un conjunto homogéneo: ¿es Lacan un post-freudiano, por el hecho de venir luego de Freud?, ¿el olvido del inconsciente es patrimonio solo de ellos?

Son numerosos los autores que, retomando los trabajos de Foucault sobre los instauradores de discursividad y la importancia del tiempo “retorno a”, ponen en tensión el significante Freud y el significante Lacan en los extremos del movimiento psicoanalítico (entendido como un discurso) y en el medio ubican una proliferación de analistas. Solo recordemos, (junto a López, 1994) a dos de ellos: Althusser *Freud y Lacan* (1970) y Allouch, *Freud y después Lacan* (1993), que plantean un ordenamiento en tres tiempos, pero, desde el título, el tiempo medio se presenta elidido. ¿Cuál es el lugar de los analistas que no son Freud ni Lacan? ¿Qué atributos los reúne bajo el nombre

¹³ El tiempo medio de Greenwich (*Greenwich Mean Time*) es un estándar de tiempo a partir del cual se organizan los husos horarios, siendo su centro, el meridiano 0.

“post-freudianos”? Estamos de acuerdo en que es un término que reúne una numerosa cantidad de producciones analíticas que se caracterizan por la propiedad de “venir luego de Freud”, pero, a diferencia de lo propuesto por López (1994, p. 25), consideramos que estas producciones no son erráticas ni dispersas, sino, heterogéneas y coexisten de forma múltiple. Proponemos pensar “post-freudiano”, en términos de memoria, en la cual cada contribución al movimiento psicoanalítico es parte de un sistema de marcas, registradas en distintos lugares y que de tiempo en tiempo, y bajo ciertas condiciones, son transcriptas.¹⁴ Tomemos como aproximación la tesis de Horacio Martínez (2007), en la cual interroga el lugar de Winnicott en el movimiento psicoanalítico. Al hablar de Donald Winnicott, quien escribe a través de la obra de Klein, produce un reordenamiento, nuevas marcas y numerosas resistencias aparecen en el propio kleinismo en tanto no repite la ortodoxia oficial. Consideramos que, en ese movimiento hallado por Martínez, el lugar y aportes de Winnicott siguen la lógica del sistema freudiano de la memoria y facilita el movimiento del discurso a partir de las transcripciones de las huellas.

Lacan señala distinciones en lo que se denomina *post-freudiano*. Utilizando como patrón de medida la experiencia freudiana, distingue en los post-freudianos a los “desviados de la experiencia” de aquellos que “siguen en el surco de la experiencia”. A los primeros los llama afreudianos o anti-freudianos¹⁵ (1988/1958a, p. 565) y deja el nombre de post-freudianos para los segundos. En una entrevista concedida a Carusso (1969) se refiere así:

Mi oposición es categórica, agresiva, y se acentúa ante una teoría y una práctica totalmente centradas en las doctrinas del “Ego autónomo”, que dan a la función del

¹⁴ Nos detendremos más adelante en su importancia en esta tesis. Por el momento, señalamos que es un término que significa “escribir a través de” y es utilizado por Freud cuando habla del funcionamiento de la memoria.

¹⁵ *A* es un prefijo de origen griego que indica negación o carencia de. *Anti* es un prefijo de origen latino que entra en la formación de adjetivos y nombres con el significado de “opuesto o contrario” o “que protege, o lucha”, al modo de un antigripal o anticongelante. Al igual que el prefijo *a*, añadido a *freudiano*. Nos encontramos que son post-freudianos que niegan o carecen del inconsciente freudiano o se protegen contra él en nombre del progreso del Psicoanálisis.

Ego el carácter de una “esfera sin conflictos” como se llama. Ese Ego, viene de la psicología general y en consecuencia nada puede discutirse o resolverse si él es freudiano. Simplemente, es una manera subrepticia y autoritaria, no de incluir el psicoanálisis en la psicología general como pretenden, sino de llevar la psicología general al terreno del psicoanálisis, y en definitiva de hacer perder a éste toda especificidad. (1969, p. 95)

Se refiere a la Escuela Americana, cuyos referentes son Hartmann, Loewenstein y Kris, y a los desarrollos posteriores de esta escuela. Recordemos que también Freud hace referencia a cómo los ideales de la vida americana tenían los anticuerpos “para la peste del psicoanálisis”. En la misma entrevista, Lacan se refiere a la Escuela inglesa, y en particular a Melanie Klein:

Refiriéndonos a Klein no podemos hablar de ningún modo de psicoanálisis posfreudiano, a no ser que demos al prefijo “post” un sentido meramente cronológico. (...) Se mantiene en el surco de la experiencia freudiana, y casi más freudiana que la otra.¹⁶ (...) Es indudable que ha hecho verdaderos descubrimientos, que pueden llamarse post-freudianos en el sentido de que se *han añadido a las experiencias de Freud*. (1969, p. 79) (subrayado es nuestro)

Acá encontramos un sentido no peyorativo del término. *Post-freudiano* puede ser un analista posterior a Freud, en tanto su experiencia y teorías se suman a las del padre-fundador, sin desviarse de las huellas que delimitan el campo. En este sentido, Lacan también es un post-freudiano, pero no uno más, ya que como veíamos retorna sistemáticamente a la obra de Freud y a la de los post-freudianos, dándole a la experiencia freudiana una nueva lectura y no solo un añadido. Tal es el caso de la concepción de la metáfora paterna en la cual ordena, a partir de la teoría del

¹⁶ Se refiere a la hija de Freud, Anna Freud.

lenguaje, aportes de Freud y de Klein o en su invento del objeto *a*, a partir de la lectura de los aportes de Winnicott.

Murillo (2014, p. 5) parafrasea el nombre de la conferencia de Foucault “¿Qué es un autor?” y la transforma en ¿Qué es un post-freudiano?, para acentuar las dificultades en trazar los límites de una obra. Dónde empieza, dónde termina, cuáles son sus las influencias, etc. Retomemos la frase de Beckett, citada por Foucault: ¿qué importa quién hable?: lo importante¹⁷ es cómo se lee la clínica, con qué parámetros y no tanto el nombre del analista abrochado al concepto o a la suma de nuevos objetos de estudios. Freud, lo refiere en “Psicopatología de la vida cotidiana” del siguiente modo: “Lo que constituye lo esencial del carácter científico no es la diferente naturaleza de los objetos de estudio, sino el mayor rigor del método utilizado en el establecimiento de los hechos, así como la ambición de encontrar una coherencia extendida.” (Freud, 1979/1901, p. 267).

Porge (2005), preocupado por la construcción y progreso en el campo freudiano, señala que el mismo es:

(...) el resultante de los múltiples añadidos en el transcurso de las reediciones sucesivas de la obra freudiana: no me refiero a una simple acumulación de ejemplos y teorías sino a la traducción en una composición colectiva. (...) Esta composición refleja la estructura fragmentaria y escandida del inconsciente en el colectivo. Una composición así no arroja al inconsciente del campo al que da sus fundamentos. (pp. 232-233).

Proponemos cuatro distinciones del término “post-freudiano”, cuya propiedad en común es *venir luego de Freud*: a) los *antifreudianos* como referencia a aquellos que se oponen al inconsciente freudiano de diversos modos; b) los *burócratas* en sentido imaginario y descriptivo

¹⁷ Lo importante, para el discurso psicoanalítico. Otro tema sería abordar el asunto desde el narcisismo de cada analista

como aquellos analistas que vienen luego de Freud, ritualizan enunciados y están atentos a someter “los hechos” y sus viñetas al lecho de Procusto oficial. Utilizan un lenguaje inequívoco, en código y por lo tanto poco escandido. Se caracterizan por predicar sobre el inconsciente y su clínica responde a una bitácora dogmática; c) los *freudianos* que se caracterizan por estar encauzados por la experiencia del inconsciente, aunque por momentos son presa del olvido y d) los *lectores*, aquellos que desde su lugar en el movimiento psicoanalítico toman el repensar el campo freudiano como método, imprimiendo sus marcas de estilo en el recorrido que terminan transformando. Consideramos que esta posición favorece el porvenir del Psicoanálisis mismo.

En términos de Harari (1985), en su texto *Discurrir el psicoanálisis*:

(...) para avanzar, hay que conservar. No hay futuro sin pasado: si hay pasado, entonces uno tiene ganas de hacer algo distinto (...) Avanzar es crear repitiendo, o repetir creando, las *obras señeras de Freud y de Lacan, conformadoras del perímetro conceptual*. (p. 189) el subrayado es nuestro).

El subrayado es para señalar la cercanía con la propuesta de López y la lejanía de nuestra hipótesis que retoma la lectura de Martínez. Estamos de acuerdo con la afirmación, a condición de desplazar lo señero de la obra a la textura misma del discurso psicoanalítico, abriendo así el “área perimetral”.

Evitaremos poner nombres propios de representantes de cada uno de los subgrupos, para acentuar que son posiciones que incluso un mismo analista puede sostener a lo largo de su camino, ya que el olvido del inconsciente es una dificultad propia del psicoanálisis. El acento aquí está puesto en estar advertidos de las distintas posibilidades para lograr “volver al surco”, a los fundamentos de la clínica o directa y honestamente, dejar de reconocerse como deudor de Freud. Para finalizar este apartado, nos preguntamos la conveniencia de seguir llamando post-freudianos

a aquellos que en nombre del Psicoanálisis retoman teorías ya *desviadas* de la causa freudiana. Por ejemplo, el caso de Kohut, discípulo del “anti-freudiano” Hartmann.

El movimiento psicoanalítico como memoria

En el tiempo medio, el descubrimiento freudiano, está velado; conservado en el olvido, deja rastros, marcas, que podemos leer como memoria del movimiento psicoanalítico. Como explicamos más arriba, no son marcas en una historia lineal, sino que responden a la lógica del lenguaje y por lo tanto, están registradas de modos heterogéneos y localizadas en distintos lugares.

Freud afirma que la memoria no preexiste de forma simple, sino múltiple y está registrada en diversas variedades de huellas. En distintos momentos de su obra, leemos que memoria y conciencia se excluyen y que, además, la memoria no se reduce al inconsciente olvidado a descifrar, es necesario situar también aquello que viene del Ello. Utiliza distintos esquemas para explicar *el movimiento* desde la Percepción a la Conciencia, de aquellas marcas o huellas que han quedado de un acontecimiento que como “hecho en sí mismo”, está presente en su pérdida.

Tomemos la inflexión que realiza Karothy (1992)¹⁸ de la “Carta 52” con la lógica del significante, para leer al *movimiento como memoria* o a la *memoria del movimiento* que se escande en cinco lugares (**P**ercepción, **S**ignos de **P**ercepción, **I**nciente, **P**reconciente, **C**onciencia) y tres transcripciones (en las fronteras entre **P / SP / I / P- C**).

P: este es el lugar de un momento fundante donde el sujeto protopático (Freud médico), recibe la impresión de lo real y se generan las primeras percepciones. Recordemos el impacto y la extrañeza con la que vive las presentaciones de enfermos de Charcot. El inconsciente tiene estatuto

¹⁸ Todas las referencias que siguen, corresponden al mismo texto de Rolando Karothy.

de acontecimiento, al modo de un grito en el desierto. **Es un sistema de recepción de impacto:** se recibe el impacto de lo real pero no se conserva marca de él.

SP: lugar de la primera transcripción de las percepciones que aparecen articuladas por **simultaneidad**, por lo cual es el **primer cifrado del impacto**, que marcan a un sujeto que está por constituirse. “Un lenguaje pura marca, pura escritura e imperio del goce. Es el lugar de las marcas en el cuerpo, anteriores a la palabra. (...) Imperio del sin sentido, ya que carecen de temporalidad” (Károthy, 1992, p. 45). Lugar del Ello como real; es un modo de escritura, pero **imposible de ser leída** ya que está “todo al mismo tiempo”, en una lógica sincrónica. Freud, en tanto fundador de discursividad, se deja impactar por lo real traumático, a lo que hace frente con un deseo inaugural que le permite recortar un nuevo campo y ceñir allí el objeto de su descubrimiento. En este momento lógico está *todo al mismo tiempo*: sus aportes, la de sus contemporáneos, las importaciones de términos de otras disciplinas, etcétera. Para poder leer los efectos del primer cifrado del impacto es necesario que se produzca una pérdida y que Freud comience a funcionar como padre simbólico y S1, significante de anticipación. Esta pérdida, en tanto efecto metafórico, produce algo nuevo: inaugura el tiempo medio de comprender, a partir de la transcripción al **I**.

I: lugar donde las marcas están ordenadas por **contigüidad metonímica**. Todo el sistema está estructurado como un lenguaje, pero, a partir de esta posición, se ordena en un discurso que hace lazo social, ya que supone a un Otro. Para ello fue necesario que se produjera una temporalidad que es la que permite, en la contigüidad, el pasaje del cifrado al des-cifrado del inconsciente. ¿Qué operación es necesaria para el pasaje del cifrado sincrónico al descifrado, o dicho en otros términos, el pasaje de la cifra del impacto a la palabra? Károthy articula este pasaje con la metáfora paterna:

(...) la metáfora paterna permite hacer entrar algo de las marcas del goce en la vía de la palabra. La palabra opera como diafragma del goce, pero siempre va a faltar para que la verdad se pueda decir toda (...), solo se puede decir a medias (1992, p. 47)

Por efecto de la metáfora paterna, lo traumático deviene verdad del sujeto en tanto, por un lado, inscribe una falta, y por otro, motoriza una contigüidad metonímica en la que el deseo pueda ser articulado. Es la significación fálica la que opera en esta transcripción del goce cifrado al goce fálico. Sin falta, sin discontinuidad, no hay inconsciente *lenguajero*, por donde la verdad del inconsciente pueda hablar.

P: es el lugar donde reside el *yo oficial*. Las marcas acceden por re transcripción de las representaciones-cosas a representaciones-palabras. Es el lugar donde se producen los enunciados y el sentido comprensible y oficial. El inconsciente en tanto lugar del trabajo de transformación retórica insiste y la represión recae con distintas maniobras sobre todo de aquello que produce afrenta narcisista. La represión y su contracara, el retorno de lo reprimido, hace presente aquello que conserva: la verdad del descubrimiento que no deja de insistir y de decirse a medias ya que el inconsciente se las arregla para decir, de otras maneras.

Como vimos, también está la posibilidad de que la verdad encuentre sus anticuerpos y la experiencia freudiana más que conservada en el olvido, desaparezca, reducida a otros discursos. Este tiempo lógico concluye por efecto de la retroacción que permite volver a resignificar el S1 de anticipación, sus razones y avatares. Como método de retorno queda clara la distinción entre retomar donde otros dejaron, de repensar las huellas y sus intersticios, en una lógica que ordena el movimiento psicoanalítico como instancias de memoria. Entendemos el repensar como el método que posibilita leer en lo que está escrito y cuyo efecto de lectura produce novedad.

C: lugar donde se reaniman las huellas y el *yo oficial* vive la lobreguez, cuando no llegan a esta instancia las representaciones-palabra. Es por la lógica temporal que aquello que aparece en la C como presente y novedoso, es una transcripción, y por lo tanto posterior, en el orden del tiempo del sistema de la memoria que sigue las leyes del lenguaje.

Pensamos al movimiento psicoanalítico como “memoria” que no preexiste de modo simple, sino múltiple y está registrado en diversas variedades de marcas heterogéneas, pasibles de ser transcriptas y resignificadas. El movimiento está orientado hacia la producción de discursividad, allí donde en el origen solo estaba el acontecimiento como sinsentido de lo real. En el tiempo medio, ubicamos todas las producciones teóricas que han dejado su huella permitiendo la construcción y reconstrucción conceptual, a partir de un significante de anticipación (S1) y otros que funcionen como S2 de retroacción y producen la novedad propia de la metáfora.

Fue necesario que alguien con un deseo muy particular, nuevo e inaugural, instaurase la primera transcripción o lectura de aquello que hasta ese momento *solo existía como acontecimiento* (Agamben, 1978, p. 32) y lo transcribiera como experiencia. “El inconsciente antes de Freud, no es, pura y simplemente”. (Lacan, 1964, p. 366). Llegados a este punto, nos preguntamos ¿cómo pensar las transcripciones de las marcas heterogéneas? ¿Cuáles son las condiciones para que se retranscriban o se escriba a través de ellas?

Capítulo tres

El olvido: fenómeno patológico normal

Todo lenguaje es de índole sucesiva, no es hábil para razonar lo eterno, lo intemporal

Borges (1989, p. 56)

¿Qué es un recuerdo, algo que tenemos o algo que hemos perdido?

Allen (1988, La otra mujer)

La memoria empieza en el terror

Cortázar (1959, p. 34)

La memoria es discontinua

Hasta Freud, el olvido fue una excusa válida y hasta una manifestación de inocencia sobre aquello que quedaba por fuera del Yo, en tanto este registra como ajeno todo aquello que surge fuera de su dominio o voluntad. Ahora bien, después de Freud, un olvido requiere explicaciones ya que desde los albores mismos de la teoría freudiana, aquello que se presenta “olvidado” es parte de una memoria caracterizada por su discontinuidad, y que, como el sujeto mismo, está dividida. En esa división es posible una “memoria involuntaria”, o al decir de Freud, “una otra memoria” de la cual el sujeto solo constata sus efectos, o para ser más precisos, una memoria que soporta un sujeto y sus efectos.

Situamos al olvido o amnesia como la huella de un conflicto que la memoria “encubre”. Braunstein lo resume así: “la memoria, con fingida sinceridad, dice que *guarda*, lo que realmente ha inventado” (2008, p. 13) y propone el neologismo “memolvido” para referir que la memoria es el conjunto de tendencias que resisten al olvido en tanto este es “parte integrante, marco y núcleo del recuerdo, razón de la memoria” (Braunstein, 2008, p. 14). ¿Cómo entender que el olvido es razón de la memoria, que el olvido del inconsciente es núcleo y razón de su existencia? En términos de esta tesis, estos interrogantes nos orientan en el camino de sostener que el psicoanálisis no pertenece al museo de grandes novedades olvidadas, sino que el olvido del inconsciente es parte de *la otra memoria* de su descubrimiento y por lo tanto tiene lugar en la actualidad.

La memoria presenta un funcionamiento paradójico si la reducimos a la función psicológica de conservar la conciencia de algo que fue y ya no es, una experiencia transformada en recuerdo, entendido como un saber sobre algo vivido, visto y oído en el pasado y recuperado a voluntad. Las paradojas se presentan cuando un episodio irrumpe en la conciencia como actual, a sabiendas que ocurrió en un tiempo pasado; en otras ocasiones se conservan sucesos dolorosos a pesar de los intentos de olvidarlo y más paradójico aun, recordar episodios “conservados” que nunca ocurrieron. Este funcionamiento muestra que la memoria está ligada al *tiempo* y a la *pérdida*; al tiempo, en tanto que con su paso no altera lo que pertenece al inconsciente: el inconsciente es “inmune” al paso del tiempo (aunque no así los procesos que le son propios); también está ligado a la pérdida desde el comienzo, en la forma de lo in-articulable del lenguaje que en términos de Freud lo leemos como “las impresiones se conservan (...) de la misma manera como fueron recibidas” (1979/1901, p. 266). Nos detendremos en esto.

Memoria, olvido y tiempo

En el Agregado de la “La Psicopatología de la vida cotidiana”, Freud refiere:

Muy probablemente respecto del olvido no se puede hablar de una función directa del tiempo (...). En el caso de las huellas mnémicas reprimidas, se puede comprobar que no han experimentado alteraciones durante los más largos lapsos. *Lo inconsciente es totalmente atemporal*. El carácter más importante, y también el más asombroso, de la fijación psíquica es que *todas las impresiones se conservan, por un lado, de la misma manera como fueron recibidas*, pero, además de ello, en todas las formas que han cobrado a raíz de ulteriores desarrollos, relación ésta que no se puede ilustrar con ninguna comparación tomada de otra esfera. (...) Cada estado anterior del contenido de la memoria se podrá reestablecer para el recuerdo aunque todos sus elementos hayan trocado de antiguo sus vínculos originarios por otros nuevos. (1979/1901 p. 266) (la itálica es nuestra)

El inconsciente es atemporal, lo que allí está inscripto es impermeable a la usura del tiempo y el olvido. En “Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis”, podemos leer con más claridad la distinción de *lo* inconsciente que es intemporal a diferencia de los *procesos* o vínculos inconscientes que sí son permeables al tiempo y la pérdida:

Dentro del Ello no se encuentra nada que corresponda a la representación del tiempo, ningún reconocimiento de un decurso temporal y lo que es más asombroso en grado sumo y aguarda ser apreciado por el pensamiento filosófico ninguna alteración del proceso psíquico por el transcurso del tiempo. (Freud, 1979/1932, p. 69)

El Ello, regido por la pulsión, está siempre en una suerte de instante que no pasa, es continuidad. Sin pérdida que marque un antes o un después se parece bastante a lo eterno e

interminable y supone así un ciframiento, una escritura extraterritorial al discurso. Mientras el discurso es fónico y ordenado en forma sucesiva, en diacronía, ya que los significantes se suceden en el tiempo, el Ello es simultáneo y caótico, bajo la insistencia de lo mismo que irrumpe como exceso perturbador en el discurso o en la inquietud del soñar.

Nos preguntamos: ¿qué se presenta en esa insistencia? Se presenta lo que no cesa de no suceder, y es que el sujeto no se reduce a la demanda del Otro, o, con mayor precisión, que el sujeto mismo es su falta. Dicho de otro modo, el sujeto se constituye sustrayéndose de la demanda y “(...) descompletándola esencialmente por deber a la vez contarse en ella y no llenar en ella otra función que la de falta” (Lacan, 1988/1960, p. 786). El Otro como sede previa del sujeto del significante imprime la servidumbre inaugural del sujeto a la demanda. Sumisión que deja “una marca invisible que el sujeto recibe del significante, enajena a ese sujeto en la identificación primera que forma el ideal del yo” (Lacan, 1988/1960, p. 787). ¿Qué operación es necesaria para la subversión del sujeto de esa servidumbre, a sabiendas de que es irreductible a la demanda? ¿Dónde se sitúa el deseo en relación con un sujeto definido a través de su articulación por el significante? Lacan lo explica con detenimiento en la presentación que realiza en el Congreso *La dialéctica* (1960), cuando sitúa al complejo de castración como el resorte de la subversión del sujeto, en tanto posibilita la dialéctica del deseo:

(...) lo que no es un mito (..) es el complejo de castración. Encontramos en este complejo el resorte mayor de la subversión misma que intentamos articular aquí con su dialéctica. Pues, propiamente desconocido hasta Freud, que lo introdujo en la formación del deseo, el complejo de castración no puede ser ya ignorado por ningún pensamiento sobre el sujeto. (1988/1960, p. 800)

Es el deseo, tiempo fundador de la falta como “potencia de la pura pérdida” (Lacan, 1988/1958b, p. 671), el que requiere cortes, pérdidas y un tiempo de espera de la satisfacción en el que la pérdida deviene potencia. El falo, como significante de la pérdida, positiviza el valor negativo de la falta ya que a partir de la represión deja de contarse como ausencia de algo real y se transforma en la falla de todo lenguaje. Esta falla debe ser entendida en su sentido etimológico, como fractura que no es déficit sino una falta creada por la metáfora paterna: falta de nada creada por el significante. El deseo, irreductible a la demanda, hace de la falta el motor que causa al sujeto y desde ese momento, el lenguaje ya no lo cifra o designa, sino que lo representa. “El significante representa a un sujeto para otro significante” (1988/1960, p. 800), refiere Lacan en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, lo que implica que, entre un significante y otro, se requiere una exclusión del campo del Otro para poder ubicar al sujeto en relación con la cadena de su discurso. A esta relación, J. A. Miller, la denomina *sutura* “en tanto el sujeto falta a la cadena significativa pero no está ausente, es una relación de sutura, ya que se cuenta como elemento que falta” (2008, p. 55). Esto es fundamental para pensar la “arqueología del olvido” en tanto funda el tiempo mítico del movimiento de retroacción a partir del desconocimiento de esta pérdida. El campo del discurso psicoanalítico se constituye a partir de la represión, que desconoce en forma radical todo aquello que queda por fuera, pero aquello que queda excluido y desconocido, sigue operando.

Un resto, un desecho es el efecto de la operación significativa, un rastro borrado de la satisfacción mítica que deja marca de lo imposible de reencontrar en tanto lo simbólico carece de una relación adecuada y armónica con la verdad del sujeto. Se funda de este modo una frontera entre saber y verdad que interpela al sujeto como un enigma. El olvido es, de esta manera, aquello que deja huella inmemorial en tanto está borrada de lo simbólico, pero se presenta cada vez, en la

repetición de lo que no ha sido aprehendido por la red significante. Daniel Gerber (2008) en *Memoria del olvido* refiere que:

Ese rastro que no se marca, esa traza que no se inscribe, lo no simbolizado que no funda ningún saber, es el gran olvido que el pensamiento pretende olvidar. “El olvido —dice Jabés— es en todo, recuerdo que nace muerto y aflige a la memoria”. Hay un olvido fundante cuya causa es el carácter impropio del orden simbólico para la escritura de la relación sexual. (p. 204)

Con todo el peso de la represión primordial, Freud localiza un tiempo mítico que no tiene lugar en una sucesión cronológica, sino que es un momento lógico de un tiempo mítico que marca la falta para un reencuentro con lo perdido. Falta de un significante en el campo del Otro que inscribe en lo simbólico al sujeto, pero, en el mismo movimiento lo somete a una deuda. Marta Gerez Ambertín afirma que “la vida está hipotecada por el parricidio: la vida es posible a partir de la prohibición del goce” (2004, p. 42). El valor fecundo de la castración abre el campo de la deuda y la culpa, pero es la única orientación para que en algún momento sea posible levantar esa hipoteca. ¿Cómo se pasa de un sistema al otro, a partir de la significación del falo, que es su nudo? La transferencia o el desplazamiento desde un sistema de escritura cifrada, sincrónica y constante, al sistema fónico, diacrónico e histórico se realiza por *desciframiento*, que podemos leer, si se nos permite, como el golpe del *deseo* sobre la cifra. Golpe con el que Lacan, abre el signo saussuriano.

Re- presentación del pasado y la memoria

En el Ello, el inconsciente es intemporal pero la manifestación o emergencia de los procesos anímicos inconscientes responden a un ritmo, a una discontinuidad, tal como lo plantea Freud en “La Pizarra mágica”: “(...) en el modo de trabajo discontinuo del sistema P-Cc se basa la

representación del tiempo” (1979/1925b, p. 247). En este texto, propone pensar que la intermitencia con que las investiduras se abren paso al sistema P-Cc determina la posibilidad discontinua con que los mecanismos inconscientes emergen.

La represión fundamental inscribe la dimensión del tiempo a partir de una pérdida. La metáfora paterna ordena un antes y un después, siendo “el antes” el lugar del pasado “inmemorial”. Un pasado sin tiempo e inmortal pero siempre presente hasta que pueda ser sometido a la escucha analítica. Veamos cómo, en la 31 Conferencia “La descomposición de la personalidad psíquica”, Freud sitúa al pasado como el acontecimiento nuevo inmortal:

(...) mociones que nunca han salido del Ello, pero también impresiones que fueron hundidas en el Ello por vía de represión, son virtualmente inmortales, se comportan durante décadas como si fueran acontecimientos nuevos. Sólo es posible discernirlas como pasado, desvalorizarlas y quitarles su investidura energética cuando han devenido conscientes por medio del trabajo analítico, y en ello estriba, no en escasa medida, el efecto terapéutico. (1979/1932, p. 69)

El pasado así entendido es aquello que aparece como exceso en el discurso y es necesario el trabajo analítico para relanzar una falta que le permita modificar algo de la repetición que fija al sujeto a un pasado atemporal. Ese *algo* refiere al goce coagulado de la cifra, excesivo y displacentero por el cual se demanda alivio al poner en movimiento la palabra. En este punto, proponemos pensar que aquello que Freud ubica en los comienzos de sus teorizaciones como “llenar las lagunas mnémicas” del olvido, mediante el reconducir *al* pasado, es posible acentuando el re-conducir *el* pasado: darle al pasado una conducción diferente, calculada, orientada por el deseo para “golpear” la cifra coagulada de la repetición del síntoma. Re-conducir el pasado hacia un

modo de memoria histórico y temporal, sometido al principio del placer, a sabiendas de la existencia de un punto de imposibilidad.

La amnesia u olvido muestra sus razones en tanto es la huella de un conflicto, y su correlato, el recuerdo, no parece ser el rescate de algo “guardado” en el pasado, sino que, al re-conducir el pasado, como refiere Braunstein, la memoria “con fingida sinceridad, dice que *guarda* lo que en verdad *inventa* desde el presente” (2008, p. 13). Y agrega en la misma dirección:

recordar es re-presentar, es atrapar una ausencia y volver a hacerla presente al contarla. Re-presentación en sentido teatral de la palabra, (...), es necesaria la ausencia para que se vuelva a presentar, cada vez, sometida a los intereses de los destinatarios. (Braunstein, 2008, p. 18)

Por lo tanto, hay recuerdos cuando hay un destinatario interesado. Pero hay destinatarios y destinatarios: están aquellos que están interesados en leer lo que en la memoria está escrito y están también los destinatarios “ortodoxos” con poco de intérpretes que van codificando desde la comprensión lo ya, de por sí, cifrado.

En “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” Lacan utiliza una metáfora musical en la cual presenta el lugar del analista en relación con el lenguaje: “el psicoanálisis consiste en pulsar sobre los múltiples pentagramas de la partitura del paciente” (1988/1953 p. 242) y más adelante... “la palabra del paciente puede leerse como una partitura en varios registros” (Lacan, 1988/1953, p. 243). Podemos entender estos registros como *varios registros* de memoria y el lugar del analista en el pasaje de la partitura a la música.

La memoria no guarda y restituye lo perdido, sino que lo proyecta hacia adelante. Paul Valéry, citado por Braunstein, refiere que “la memoria es el porvenir del pasado” (2008, p. 24); en tanto la memoria es discontinua, es movimiento y efecto del Otro, podemos afirmar que el sujeto

no tiene memoria sino que *es* memoria, discontinua. Dado lo anterior, es posible pensar al recuerdo como un trabajo, así como pensamos el relato del sueño como manifiesto y encubridor del pensamiento reprimido. ¿O acaso el relato de un sueño no es un recuerdo?

Memoria e invención

Onetti en *Cuando entonces* se pregunta por el origen del recuerdo: “¿*Cuándo* empieza exactamente el recuerdo, siempre caprichoso y enemigo de cualquier obediencia (...) si los recuerdos se sumergen en la misma atmósfera de los sueños?” (1988, p. 75, subrayado nuestro). Proponemos sustituir “*Cuándo*” por “*Cómo*”, en tanto recurso metodológico, que nos acerca a la pregunta freudiana por los orígenes ya que, si el pasado es pérdida, cómo pensar la fidelidad de los recuerdos “caprichosos y desobedientes”.

Freud refiere que, sin excepción, los “recuerdos de infancia” son formaciones del inconsciente que expresan el deseo disimulado por la fantasía. Sostiene que los recuerdos infantiles “llegan con total universalidad a adquirir el significado de unos ‘recuerdos encubridores’ y de ese modo cobran notable analogía con los recuerdos de infancia de los pueblos, consignados en sagas y mitos” (Freud, 1979/1901, p. 52). En términos de nuestra tesis, podemos extenderlo a las sagas y mitos del movimiento psicoanalítico, los recuerdos de su origen. Veamos cómo lo aborda Freud en términos de orígenes en su texto “Un recuerdo de infancia en Poesía y verdad”:

En toda elaboración psicoanalítica de una biografía se consigue esclarecer la significatividad de los recuerdos de la primera infancia. Y aun, por regla general, resulta que justamente el recuerdo del analizado antepone, el primero que él refiere, aquel con el cual introduce su biografía, demuestra ser el más importante, el que

oculta dentro de sí la llave de los armarios secretos de su vida anímica. (Freud, 1979/1917c, p. 147)

La importancia y función del primer recuerdo es ocultar la llave de la vida guardada, y si retomamos lo anterior podemos aproximarnos a la idea de que la función del recuerdo es ocultar la operación significativa que, como una llave, abre el campo del deseo y la vida del sujeto dividido por la castración. Pero en el mismo movimiento queda acechado por lo inmortal localizado por fuera, que “guardado” e interior, golpea e insiste.

Es de interés remarcar que el primer recuerdo al que se refiere Freud es aquel que emerge de la amnesia infantil, es decir, de un olvido fundante a partir del cual el sujeto “se cuenta” entre los significantes y también se “hace el cuento” de quién es. Néstor Braunstein se pregunta ¿qué es primero, el recuerdo o el Yo que lo cuenta?:

uno no “es quien es” porque “le pasó eso” sino porque ha registrado y ha entendido lo que le pasó de una determinada forma, seleccionando, remendando y emparchando huellas de experiencias personales con relatos ajenos. (...) Ciertas impresiones quedan, dejan huellas más o menos nítidas en un alma infantil. (...) El yo incipiente aporta coherencia al conjunto de su saber, reúne fragmentos dispersos. (2008, p. 10)

El Yo, aporta coherencia a partir de un tope, un límite. Construye teorías y saberes acerca de su origen y su vida de las cuales predica: “Yo soy...”. Este límite tiene una función de tapón o causa, cuya estofa está hecha de elementos heterogéneos y fragmentados de lo visto y oído con lo cual se constituye, inventando su historia y encubriendo las razones. Nos detendremos en el próximo capítulo en esta frontera ligada a la represión y a los orígenes del sujeto del inconsciente. Para ello, será necesario introducir el lugar de la angustia.

La cita de Julio Cortázar “La memoria empieza en el terror”, es retomada por Braunstein para realizar una investigación sobre los recuerdos de infancia que, desde el presente, son evocados para reconstruir razones sobre cuestiones que se le escapan al Yo. El libro se llama *Memoria y espanto o recuerdos de infancia* (2008). Proponemos tomar el “o” del título como una disyunción y realizar una correlación entre “memoria” y “recuerdo” o “espanto” de “infancia”.

Muro del olvido y fronteras del recuerdo

Dado que la realidad psíquica se constituye a partir de una frontera, es necesario detenernos a precisar de qué se trata el espanto o el susto de la infancia que queda como una señal de último recurso frente al más allá del muro. Un Otro lado del muro del cual nada quiere saber el sujeto y es más, parapeta la resistencia.

El saber al que nos referimos está inscripto en un discurso del cual el sujeto no sabe ni el sentido ni el texto y está motorizado por una falta que bordea la frontera, el empalme entre verdad y saber, “Freud vuelve a abrir, a la movilidad de donde salen las revoluciones, la juntura entre verdad y saber. (...) el deseo se anuda en ella al deseo del Otro, pero en ese lazo se aloja el deseo de saber” (Lacan, 1988/1960, p. 782)

Tomemos el olvido freudiano de “Signorelli”, donde lo olvidado es ese significante, pero no su “significado”, el cual pulula y se desliza en todas las formaciones de sustitución: las imágenes de los cuadros, el mismo retrato de Signorelli, etc., huellas aisladas, libres, que se ligan para tener acceso al recuerdo. Lo que falta o hace falta está presente en el discurso de un sujeto que, como hemos visto, está definido a través de su articulación por el significante. Es la represión lo que permite aislar al significante en este caso “Signor”. “Signor” es un significante no disponible para el Yo, a diferencia de “Signorelli” que aparece de distintos modos en la conciencia, a disposición de la asociación libre.

Si seguimos el texto freudiano, leemos que lo que no vuelve: “Signor” queda bajo la barra de la represión. Es a esto que el sujeto queda sujetado, a este significante reprimido y olvidado.

Lacan lo plantea en la clase del 16 de enero de 1963 del *Libro X Seminario La Angustia*: “(...) dejar huellas falsamente falsas es un comportamiento, no diré esencialmente humano, sino esencialmente significante. Ahí es donde está el límite. Ahí se presentifica un sujeto (...) ahí sabemos que hay un sujeto como causa” (2009/1962-3, p. 75). El sujeto del significante tiene como destino insertarse en el lugar del Otro y el significante revela al sujeto pero borrando su huella. El sujeto surge con el significante “pero como tachado, como no-sabido (...) y toda la orientación ulterior del sujeto se basa en la necesidad de una conquista respecto a este no-sabido original” (Lacan, 2009/1962-3, p. 76). Esta falta de saber original, objeto y motor, es el objeto *a* que se preserva como lugar del deseo articulado entre los significantes. Si bien es un motor causal, en ocasiones se empasta, se detiene como se detiene el senku si todos los casilleros están ocupados con fichas, sin una ficha en menos que permita el desplazamiento y la combinatoria del resto. Si el lugar de *a* está colmado, si falta esa falta, la clínica nos enseña que, en lugar de olvido, lo que emerge es la angustia como afecto que no engaña. Cuando ese lugar queda colmado por la presencia ominosa del Otro, se produce una afanisis del sujeto y el pánico a desaparecer.

A diferencia de la mitología griega que plantea el olvido (Lethes) y la memoria (Mnemosyne) como ríos separados del inframundo, en Psicoanálisis, encontramos una coyuntura, una articulación, producida por la represión y esto tiene sus implicancias en cómo conceptualizamos al sujeto en juego. Daremos un rodeo por la construcción de la teoría de la angustia freudiana situando los modos en los que se van articulando el inconsciente y la angustia o la memoria y el espanto. Esto facilitará presentar desde otra perspectiva el tema de esta tesis: si el olvido del inconsciente es una marca de lo inefable, ¿es un recurso o “remedio” eficaz frente a lo

traumático? ¿Es un conjuro frente a la angustia? ¿Hay lugar para el olvido en un discurso que sólo vale por sus traspiés, sus interrupciones y que se realiza al vaciarse de los signos de la lengua?

Proponemos un pequeño desplazamiento y sustituir la disyunción “o” por el “y” mencionado más arriba, produciendo un paso de sentido que cimienta un origen y una frontera: (inconsciente o angustia) y (memoria o espanto).

Capítulo cuatro

Clínica del olvido

*La historia tiene la realidad atroz de una pesadilla;
la grandeza del hombre consiste en hacer obras
hermosas y durables con la sustancia real de la
pesadilla. O dicho de otro modo: transfigurar la
pesadilla en visión, liberarnos, así sea por un instante,
de la realidad disforme por medio de la creación.*

Paz (1950, p. 113)

Angustia: de patología a condición del sujeto

Freud sostiene, a lo largo de su enseñanza, la pregunta sobre la causa de la neurosis y con ella la del “origen” de la angustia. Las distintas respuestas y aproximaciones jalonan su aporte y sitúan las posibilidades y los límites mismos del dispositivo analítico.

Es de destacar cómo se articulan clínica, método e investigación. Solo recordemos la definición que propone Freud en “Dos artículos de enciclopedia”:

Psicoanálisis es el nombre 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías, 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica. (1979/1922, p. 231)

En este movimiento, es la clínica misma la que lo lleva a cambiar el acento: la pregunta por el *origen* se desplaza a la pregunta por la *función* de la angustia cuando descubre que la angustia se anticipa a la represión. Freud, al ubicar al padre en tanto causa, reubica el estatuto de la angustia: de fenómeno patológico a condición del sujeto.

En los inicios, conceptualiza la neurosis como un resultado patológico de la defensa. La escisión primaria de la conciencia admitida por parte de la psiquiatría (luego de los trabajos de Charcot) es retomada y reformulada como efecto de una operación, es decir, como secundaria respecto de un trabajo del paciente. En 1894 la neurosis es el resultado de la conjunción de: a) un conflicto entre el Yo y ciertas representaciones que se presentan como inconciliables, b) una renuncia a realizar el esfuerzo psíquico que la tramitación del conflicto exige. Renuncia que se traduce en un rechazo de las representaciones inconciliables por parte del yo y c) una predisposición patológica que, “sin ser idéntica a una degeneración personal o hereditaria da cuenta de la aptitud del enfermo para provocar mediante un acto voluntario, el estado patológico de la escisión de la conciencia” (Freud, 1979/1894, pp.49-50).

La *predisposición* ocupa el lugar de la respuesta por la *causa* en tanto que la etiología sexual no se presenta aún como condición necesaria sino como una verificación empírica en los tratamientos que dirigía. Mecanismo psíquico y etiología sexual ordenan y estructuran la primera nosología freudiana. Por un lado, las neuropsicosis de defensa (histeria y obsesión) y por el otro, las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia). Estas últimas, caracterizadas por la descarga directa, sin mediación de mecanismo psíquico y etiología sexual actual.

En el “Manuscrito M”, Freud anuncia a Fliess que finalmente las histéricas le han confesado el “gran secreto clínico” sobre la causa de las neurosis. “La histeria es la consecuencia de un susto

sexual, mientras que la neurosis obsesiva es la consecuencia de un placer sexual que luego se muda en autorreproche” (Freud, 1979/1897 p. 293)

Señala que el *susto sexual* es resultado de una *vivencia primaria real* localizada en la infancia. Esta vivencia se presenta como una escena última si partimos desde el síntoma, un tope a la rememoración del paciente. En el texto “La etiología de la histeria” que publica un año después escribe: “estimo que esta es una revelación importante, el descubrimiento de un *caput Nili* (origen del Nilo) de la neuropatología” (Freud, 1979/1896, p. 202)

Esa vivencia tiene estatuto traumático entendido en términos económicos, dado que se trata de una situación de indefensión donde son derribadas todas las barreras protectoras y el yo se muestra impotente. La vivencia es traumática e implica un elemento inasimilable y provoca un avasallamiento del yo a partir de una “elevación de tensión a raíz de la vivencia displacentera primaria”, señala Freud, también en el “Manuscrito M” (1979/1897, p. 293).

Otra característica de esa vivencia es que tiene la lógica de una escena de seducción en la que las histéricas denuncian haber sido víctimas de un adulto y más precisamente del padre, de cuya perversión, resultará la enfermedad de la hija. “La histeria se me insinúa cada vez más como consecuencia de una perversión del seductor y la herencia cada vez más, como seducción del padre” (Freud, 1979/1896, p. 279) escribe en la “Carta 52” fechada el 6 de diciembre. Queda así planteada la primera articulación entre trauma sexual, padre y síntoma.

El síntoma es el efecto de un mecanismo de defensa ante un *quantum* enorme de afecto displacentero (y por lo tanto traumático) e inasimilable por el yo. Leemos en la misma Carta 52 “la condición de la defensa patológica es la naturaleza sexual del suceso y su ocurrencia en una fase anterior a la actual cuando el yo se presentaba débil” (Freud, 1979/1896, p. 278). Plantea la conformación del síntoma en dos tiempos y es la reanimación de la escena primaria mediante una

conexión con un vivenciar actual lo que permite la reproducción actualizada de la situación traumática y el consiguiente desprendimiento de afecto. Tenemos entonces lo que Freud llama más adelante “sobre-determinación del síntoma” en la sustitución entre las representaciones de las dos escenas y un desprendimiento de afecto intolerable, inasimilable para el neurótico. Podemos agregar, una sexualidad fuera de sentido: solo es un exceso de placer en la neurosis obsesiva, o un exceso de displacer en la histeria. Lo insoportable del síntoma remite a un afecto imposible de tolerar por el yo.

En la “Carta 59” también de la correspondencia con Fliess, aparece por primera vez una mención a la fantasía (1979/1897a, p. 285). Y ya en la “Carta 61” escribe con todas las letras “en el camino del recuerdo nos encontramos con unos parapetos psíquicos edificados para bloquear el acceso a los recuerdos”, señalando así su función, y más adelante, en la misma refiere de qué están hechas:

estas fantasías se organizan por medio de cosas que fueron oídas y que se valorizan con posterioridad y así combinan lo vivido y lo oído, lo pasado (de la historia de los padres y antepasados) con lo visto por uno mismo (Freud, 1979/1897a, p. 288)

En la “Carta 63”, conocida como “Manuscrito M”, agrega “así, un fragmento de la escena vista es reunido en la fantasía, con otro de la escena oída, mientras que el fragmento liberado entra en otra conexión” (Freud 1979/1897d, p. 293). Deducimos entonces, que el recuerdo mismo se hace inaccesible o dicho de otro modo, solo tenemos acceso a una elaboración con lógica ficcional que aparece como tope a la rememoración.

De allí la sorpresa de Freud cuando descubre que las histéricas le mienten: en la causa de sus síntomas localiza una fantasía de seducción y no el hecho fáctico de haber sido seducidas por su

padre o un adulto que sea su subrogado. Claramente es un hecho, pero de estatuto ficcional, que el padre esté en la causa de los síntomas como agente que introduce lo traumático en el aparato psíquico.

En la “Carta 69” encontramos las fundadas razones por las que abandona la teoría de la seducción, y esto le permite avanzar situando al inconsciente en el registro de la ficción y todas las consecuencias clínicas que implica sostener que la verdad en psicoanálisis remite a un orden textual y no referencial. Queda planteado de este modo que la teoría psicoanalítica no es una ficción al modo de una obra literaria ya que apunta a un real y aquello que sí tiene estructura de ficción es la verdad en juego en el discurso.

En 1925 en “Presentación autobiográfica”, señala la importancia de este momento: “estaba a punto, pues, de renunciar a la teoría de la seducción y así a abandonar dos cosas: la completa resolución de una neurosis y el saber seguro sobre su etiología infantil”. Más adelante sostiene que el hecho de atravesar esa dificultad lo lleva a tropezar con el Complejo de Edipo. De este modo la referencia causal tomará los caminos de la sexualidad infantil.

Sexualidad infantil y olvido

Es necesario, ahora, detenernos en articular sexualidad infantil, fantasía y Edipo. Esto presenta en la teoría freudiana sus avances y retrocesos hasta que da un giro radical en “Inhibición, síntoma y Angustia”. En la década del veinte abandona la conceptualización de que la libido reprimida se muda en angustia y comienza a situar la angustia en una anterioridad lógica a la represión. Es así en tanto el Complejo de Castración torna peligroso lo que es traumático y la angustia aparece como defensa última ante el desvalimiento que produce todo el apronte pulsional de la sexualidad infantil.

Es una época de viraje en la teoría psicoanalítica cuando Freud escribe “Pegan a un niño” (1919). Allí hace una fuerte crítica a sus discípulos que se satisfacen con reducir la psicoterapia al éxito terapéutico y la interpretación de los síntomas a partir de las formaciones del inconsciente: “(...) actualmente el conocimiento teórico es mucho más importante para nosotros que el éxito terapéutico y aquellos que descuidan el análisis de la época infantil caerán en graves errores” (Freud, 1979/1919, p. 179). Así, la fantasía adquiere una importancia teórica por su presencia en la dirección del tratamiento. Dicho de otro modo: más allá del efecto terapéutico y la resolución de los síntomas, un análisis se vincula con la construcción de una fantasía. Fantasía que tiene una composición sintáctica, pero al mismo tiempo es resistente al desciframiento: el paciente no puede asociar, es un *tope inercial*. De los tres tiempos que articula esta fantasía el segundo es diferente a los otros dos, ya que no se recuerda, sino que se construye en análisis. A partir de la frase “Pegan a un niño”, logra reconstruir el segundo tiempo con la introducción del padre.

La fantasía tal como aparece construida tiene función de “cicatriz del Edipo” y logra fijar una significación sexual. La *fantasía*, que obtiene un estatuto fundamental a partir del registro ficcional del inconsciente, logra, en este momento de la obra freudiana, ser *un tope más allá del cual no hay representaciones, sino lo traumático*.

Cuando Freud, en “Inhibición, síntoma y angustia”, articula la etiología del síntoma con la causa del sujeto, parte del desamparo inicial en que se constituye desde el lugar del Otro: no hay representación en el Otro para la sexualidad, y por lo tanto, la sexualidad es una construcción a partir de un real. Así pasa *la fantasía de tope en la rememoración a límite de la estructura*.

Fantasía y mito tienen en Freud la misma función, y se ubican en la misma línea de la realidad psíquica como invención freudiana. Por lo anterior, el olvido puede considerarse patológico solo si pensamos a la memoria como autónoma y voluntaria, es decir, en las antípodas

de la tesis freudiana. La memoria y su correlato, el olvido, son efecto de la represión primordial, condición y medida de la norma.

Olvido del espanto

Deducimos de lo anterior que la angustia es condición del sujeto en la estructura y agregamos ahora, que es el estudio de la fobia lo que les permiten a Freud y a Lacan pensar el anudamiento del Complejo de Edipo y el Complejo de Castración.

Lacan, en su retorno a Freud, lee la dramática edípica atravesada por los registros simbólico, real e imaginario y es así que la concepción del niño se transforma. En Freud el niño ama a su madre y rivaliza con su padre en una dramática triangular, pero en Lacan, el niño es pensado desde la perspectiva de la constitución subjetiva: comienza su recorrido como amado, es decir identificado al objeto que vela la falta materna, y toda la dramática consiste en separarse de esa primera identificación para advenir como sujeto dividido.

Lacan, en el *Seminario 5* dedicado a las formaciones del inconsciente, ordena el Complejo de Edipo y el Complejo de Castración siguiendo las leyes del lenguaje e invitando a restar toda la imagería y sentidos “ambientales” de los términos, para ordenarlos como nudos de la estructura. De este modo plantea en un eje diacrónico la existencia de tres tiempos en los cuales articula la metáfora paterna. El niño adviene en el campo imaginario por obra del significante Deseo de la Madre, a condición de que en la dimensión de la madre también esté funcionando el significante **NP** (nombre del padre) como significante perteneciente al campo del Otro. En este **primer tiempo** del Edipo el niño ingresa como objeto que completa a la madre (identificado al falo imaginario). En el **segundo tiempo** interviene privando a la madre de tener al niño como falo y en el niño opera la castración: deja de ser todo él, el falo de la madre, para recién, en el **tercer tiempo**, asumir una

posición sexuada: tener o no tener el falo. La castración en Lacan es entendida como condición necesaria para que el niño comience a circular como sujeto sexuado y deseante, es decir, con la inscripción de una falta, una carencia en el campo del Otro. Se trata de una dramática y una dramática conlleva ineludiblemente angustia. Angustia que funciona como señal cuando esa inscripción de la falta tambalea y el sujeto se encuentra todo él cercano y cercado por el Otro sin falta y el juego del *senku* se detiene.

En “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (1979/1909) Freud muestra cómo la fobia es el paradigma de la neurosis en la infancia, ya que permite, por un lado, nombrar la angustia como miedo y, por el otro, metaforizar, extendiendo una red de significantes que asume la estructura de mito. Así, la neurosis infantil se constituye en una operación sobre la falta del Otro: implica un pasaje del niño identificado al falo de la madre a la asunción de la castración. Freud lo refiere en estos términos: “las histerias de angustia son las más frecuentes entre las psiconeurosis, pero sobre todo son las que aparecen más temprano en la vida, son directamente, las neurosis de la época infantil” (Freud, 1979/1909, p. 25)

La operación del Nombre del Padre metaforiza el deseo de la madre e inscribe la castración en el campo del Otro, dándole una significación imaginaria. Por su inscripción en la función fálica, el sujeto se representa en la cadena signifiante como significación y asume simbólicamente su sexualidad. La neurosis infantil es apoyatura y muleta del Padre, suplementando su función, siempre fallida.

Para concluir podemos afirmar que lo infantil entendido como “pasado” es un momento lógico en la constitución de la estructura neurótica, y el signifiante del Nombre del Padre es su operador. El complejo de castración articulado en la metáfora paterna, hará funcionar *apres-coup* a la neurosis infantil como represión primaria que sucumbe al olvido infantil. La fobia es, entonces,

la entrada a la neurosis misma y la clínica enseña cómo la presencia de la angustia funciona como brújula hacia la causa del sujeto. También podemos pensar la neurosis infantil en términos de Virgilio Expósito:

(...) primero hay que saber sufrir/ después amar, después partir/ y al fin andar sin pensamiento/ perfume de naranjo en flor/ promesas vanas de un amor/ que se escaparon en el viento/después qué importa del después/ toda mi vida es el ayer/ que me detiene en el pasado/ *eterna y vieja juventud*/ que me ha dejado acobardado/ como un pájaro sin luz. (Expósito, 1944)

Sin luz o en la oscuridad en la que se zambulle Freud, atento a la psicopatología de la vida cotidiana que permite el olvido y así “andar sin pensamientos...” que espantan.

La represión abre el campo del pasado como tiempo mítico y también del olvido, sobre el cual el sujeto construye su verdad, en términos míticos. Es importante señalar aquí que, si bien la causa se sitúa en el pasado, no es el pasado necesariamente un destino ya que la historia misma del sujeto es un mito, una intersección entre el deseo y su posibilidad de saber, con el que elabora su novela familiar. Y como toda historia mítica y ficcional puede reescribirse. Fundamento de una clínica que no se orienta en la reconducción al pasado sino en la reescritura del presente.

En el “Mito individual del neurótico”, Lacan define al mito como aquello que da forma discursiva a algo que no puede ser transmitido en la definición de la verdad, ya que:

la definición de la verdad sólo puede apoyarse sobre ella misma y la palabra, en tanto que progresa, la constituye. La palabra no puede captarse a sí misma ni captar el movimiento de acceso a la verdad como una verdad objetiva. Sólo puede expresarla de modo mítico (...) aquello en lo cual la teoría analítica concretiza la

relación intersubjetiva, que es el complejo de Edipo, tiene un valor de mito. (Lacan, 2010/1966, p. 39)

Por lo tanto, como veíamos en el Capítulo 2, la verdad del sujeto, solo medio dicha en el discurso, requiere de la palabra para hacerse oír y de esta manera nos abre nuevos interrogantes: ¿qué es lo que le permite a la palabra, en su discurrir, constituir una verdad? ¿Cómo pensar el saber y el “progreso” con estas coordenadas que sitúan la reescritura a partir de un enigma que, por definición, es verdad sin saber?

Capítulo cinco

Cómo progresa el psicoanálisis

*El peor laberinto no es esa forma intrincada
que puede atraparnos para siempre,
sino una línea única y precisa.*

Borges (1989, p. 128)

*¿Qué resorte lleva pues al
psicoanalista a echar su ancla en otro sitio?*

Lacan (1988/1953)

Y así el porvenir un día aparece

Te mira de frente y te dice:

“Ven, hay algo que tú no sabías ver”

Venegas (2015, Álbum *Algo sucede*)

Olvido y rememoración

Si bien la comparación no es argumento, esta cita de Borges, nos permite ilustrar cómo lo peor no es un laberinto intrincado que atrapa, sino una línea única y precisa. La linealidad no deja de recordarnos una de las propiedades de la lengua descrita por Ferdinand de Saussure y aquello único y preciso, al modo en que se articulan significante y significado en el signo dando lugar al peor de los laberintos: la verdad situada en un referente externo y un Yo que propone la ilusión de conocerla utilizando la lengua como instrumento. En las antípodas, Lacan con su concepción de

sujeto, insiste en que “el descubrimiento de Freud pone en tela de juicio la verdad, y no hay nadie a quien la verdad no le incumba personalmente” (1988/1955, p. 388). Con ello abre la pregunta sobre las incumbencias de todo ser hablante en lo que sostiene como verdad, ya que el sujeto del que nos ocupamos no es un ser de metalenguaje, un objeto del que predicen el analista y el Yo del paciente, en aras del ideal del bien o de la verdad.

En nombre del progreso del psicoanálisis, algunos psicoanalistas se adentraron en el peor de los laberintos al intentar reducir el discurso a una teoría única y predominante, libre de equívocos y diferencias.¹⁹ Desde allí hablan del psicoanálisis con función de Ideal de verdad o verosimilitud, enmascarando lo paradójico que implica que un Ideal explique lo propio del descubrimiento freudiano. Como distinguimos desde un comienzo en esta tesis, entendemos al psicoanálisis como un discurso preciso, riguroso, pero cuyos componentes nada tienen de lineales, únicos y hegemónicos, sino que, por el contrario, se definen por su negatividad y por estar en tramas heterónomas. Casi al final del Seminario 1, en la clase XXI *La verdad surge de la equivocación*, Lacan sostiene que el lenguaje solo puede ser concebido “como una trama, una red que se extiende sobre el conjunto de las cosas, sobre la totalidad de lo real” (1991/1953, p. 381) y desde allí localiza a la verdad como efecto de esa trama. Es más, hace mucho hincapié en demostrar, retomando a san Agustín, que la búsqueda de la verdad en las cosas y no en la trama del lenguaje, solo conduce a “un callejón sin salida” (1991/1953, p. 381). Es el lenguaje mismo el que introduce la dimensión de la verdad y por lo tanto es allí donde se encuentra. ¿Se encuentra o se produce? ¿Un recuerdo trae la verdad o la produce en el habla en tanto acto?

¹⁹ Llama la atención que los detractores del psicoanálisis utilizan el mismo argumento para sostener la caducidad del discurso analítico: en nombre de, por ejemplo, la ‘verdad de los hechos’ discuten con El o Un psicoanálisis afirmaciones freudianas con razones que no resistirían la práctica de la semántica lingüística llamada análisis del discurso. En este apartado se desarrolla qué entiende Lacan por esta práctica, retomado para el psicoanálisis como disciplina del comentario, localizando el lugar del lector en la producción de nuevos sentidos.

Para poder avanzar en nuestra tesis es necesario distinguir el recuerdo del acto de recordar ya que no es lo mismo *sufrir de reminiscencia* que *recordar en transferencia*. Veamos. El sujeto padece lagunas mnémicas básicamente por dos condiciones: a) porque el olvidar es un mecanismo propio de la represión, y b) porque hay en el lenguaje una dimensión de lo real, innombrable, y el olvido es la huella de aquello que no se soporta del acontecimiento traumático del origen del sujeto. De este modo, el origen está en el fundamento mismo del discurso del cual no es posible prescindir o liberarse sin cambiar de discurso. Solo es posible olvidarlo por momentos.

En un trabajo analítico, el mito individual, se hace presente al momento de dar las razones del sufrimiento desde un comienzo historizado que se rememora. En Freud leemos cómo los recuerdos posibilitan cubrir las lagunas mnémicas de la historia que están en la causa del síntoma. Esto, retomado por Lacan, lleva a diferenciar en la memoria una función específica: la rememoración. A diferencia de la concepción del recuerdo como reminiscencia u omnisciencia, que supone un proceso automático y sin mediación, la rememoración, es un acto en presencia de un Otro en condiciones de leer allí una memoria viva y no un mito cerrado, estático e inerte. Leer la producción inconsciente implica la presencia de un Otro más allá del otro, al que el analista deja lugar desde su posición, ya que “el inconsciente es ese discurso del Otro en el que el sujeto recibe (...) su propio mensaje olvidado” (Lacan, 1988/1957b, p. 421).

En este punto es importante distinguir en los antecedentes del psicoanálisis la rememoración sin mediación, casi con ribetes catárticos, de la dialéctica socrática, trabajada *in extenso* por Lacan (1960-1961) en su libro del Seminario 8 “La transferencia”. El método de la dialéctica de Sócrates, la mayéutica, supone la mediación con un interlocutor cuyas intervenciones estimulan el pensamiento crítico, prejuicios, presuposiciones, elaboración y descarte de hipótesis, favoreciendo que salgan a la luz ideas y recuerdos que, de otro modo, no se formarían. A partir de

cómo se entiendan los fundamentos de la dialéctica es que se construyen los cimientos de los efectos que produce.

Veamos algunas de las enseñanzas que Lacan recupera de la mayéutica socrática para formalizar el lugar del deseo del analista en la dialéctica de la transferencia y la rememoración en “La Dirección de la Cura y los principios de su poder” (1988/1958, p. 614), “Intervención sobre la transferencia” (1988/1966, p.204), *Seminario 8* (2012/1960-1), por mencionar solo algunos de los sitios en los que ordena el tema. Hallamos una orientación que hace hincapié en que la mediación dialéctica en psicoanálisis descarta toda intersubjetividad, ya que solo conduce al peor de los laberintos: un callejón sin salida. Por lo tanto, “con sólo que se asome, la eludimos, seguros de que es preciso evitarla. La experiencia freudiana se paraliza en cuanto aparece. Solo florece en su ausencia” (Lacan, 2012/1960-1, p. 20). Nos preguntamos entonces ¿qué es lo que relanza la experiencia freudiana en la dialéctica del método analítico? ¿Cuáles son los requisitos para su detención? Y finalmente, ¿de qué se trata esa ausencia que es tan fecunda?

La rememoración y el amor de transferencia

En su seminario sobre la transferencia, Lacan, distingue a Breuer de Freud en relación al lugar que cada uno le da al amor. Dado que, “al comienzo de la experiencia analítica, recordémoslo, fue el amor” (Lacan, 2012/1960-1, p. 12) es de importancia ética situar el uso que se realiza del amor para enmarcar una experiencia subjetiva dentro o fuera del campo freudiano.

Lejos de Breuer, frente a las confesiones y recuerdos de sus pacientes, la actitud de Freud no es de rechazo sino que opta por servirse del amor para orientar intervenciones que localicen el resorte último del síntoma. Hace uso de un amor genuino que se produce en sus pacientes por el solo hecho de ser invitados a hablar de su sufrimiento. Es así que “por la causa que fuese, la actitud

que adopta Freud lo convierte en el amo del temible pequeño dios. Opta, como Sócrates, por servirle para servirse de él” (Lacan, 2012/1960-1, p. 18). El temible pequeño dios es Eros.

¿Qué ordenamiento se realizaría en el movimiento psicoanalítico si se distinguiera entre aquellos analistas que se someten a la intersubjetividad, sirviendo a Eros, de aquellos, más socráticos, que se sirven de él y del deseo que los anima!

Es propio del temible dios invitar y tentar a un posible encuentro intersubjetivo, pero, en lo atinente a la experiencia freudiana, es necesario servirse de su presencia sin portar la ceguera que implica poner en el centro de la dialéctica algún ideal tentador: belleza, bienestar, dignidad, felicidad, salud, etc. El amor a algún ideal epocal y bien intencionado (y en el fondo narcisista) no solo detiene el trabajo analítico, sino que lo hace fracasar. El psicoanálisis no es sin el amor, pero se detiene si se somete a él.

Es así que Lacan localiza que aquello que une la iniciativa socrática con la iniciativa freudiana es dejar afuera “el fondo pululante de la infección social” (2012/1960-1, p. 18), e ir a contracorriente de lo que se les demanda. Dado que no se produce sin altos costos fuera y dentro del mismo movimiento psicoanalítico: ¿cuál es el fundamento de esta iniciativa?

Comparándose con Sócrates, Lacan, afirma que si algo sabe es que no sabe nada... excepto en lo que se refiere a amar. Amar como acto, a diferencia del amor, implica una lógica específica que lee en el *Banquete*. Es así que para plantear su seminario sobre la transferencia dice “pretendo partir del extremo de lo que supone el hecho de aislarse con el otro para enseñarle, ¿qué? lo que le falta. Situación más que temible, si pensamos que por la naturaleza de la transferencia eso que le falta lo aprenderá como amante” (2012/1960-1, p. 24).

De este modo, Lacan, toma la dialéctica socrática como ejemplo y antecedente del método analítico ya que permite distinguir el recordar. A diferencia de la reminiscencia es un acto subjetivo

efecto de una posición singular del oyente que hace uso del amor instalando la falta en relación con la demanda (motor del dispositivo).

Así, y desde otra perspectiva, se avanza en la pregunta planteada más arriba sobre cuáles son las condiciones para que se produzca una traducción o reinscripción de las huellas mnémicas que posibilitan la novedad y el progreso en psicoanálisis.

Ya que la verdad en el psicoanálisis se sostiene en la falta de sentido y en el enigma como interrogante bien localizado, la situamos más cerca del acto de recordar y alejada de los enunciados de recuerdos o del sufrimiento por reminiscencias.

Saber, verdad e ignorancia

Incumbe a los fundamentos del movimiento psicoanalítico y sus olvidos, qué se entiende por *renovar el sentido* pues, en nombre de la renovación, el cambio y el progreso, se produjeron los mayores extravíos.

Lacan, en la clase del 8 de marzo de 1972 del Seminario...*O Peor*, nos acerca una orientación: "...lo propio de un nuevo discurso es renovar lo que se pierde en el torbellino de los discursos antiguos, justamente el sentido" (2015/1972, p. 115). Esto nos permite sostener (a contrapelo de una concepción de progreso que desarrolla sentidos mejorando y sumando los anteriores) que sin algo que *se pierde*, sin pérdida de los antiguos sentidos, no hay renovación. Ubicamos al acto de recordar como uno de los modos en los que el sentido se renueva favoreciendo la historización más que la "reconducción al pasado".

Tomemos un solo ejemplo: el uso del término contratransferencia. En algunas corrientes posfreudianas lo usan con sorprendente libertad para explicar acontecimientos de lo más disímiles, amparados en el sentido que hallan en Freud o más aún, para avanzar en la literatura analítica con la

intención de superarlo. Es así que “la falsa consistencia de la noción, su boga, y las fanfarronerías que abriga se explican por servir de coartada al analista que escapa gracias a ellas de considerar la acción que le corresponde en la producción de la verdad” (Lacan, 1988/1953, p. 319). El término contratransferencia, se enaltece y desarrolla en nombre de la renovación de la teoría, pero en cambio cumple la función de enmascarar la resistencia del analista al descubrimiento freudiano mismo. Una especie de recuerdo encubridor en la memoria del psicoanálisis. Retomaremos este punto.

Lacan propone, para poner en valor el sentido del psicoanálisis, un método que denomina “retorno a Freud”. Es un método de lectura que renueva sentidos y produce otros nuevos en un campo delimitado que insiste en llamar freudiano en tanto considera la acción que le corresponde al analista en la producción de la verdad.

El “retorno a Freud” despoja de monumentos obsecuentes a la teoría psicoanalítica hegemónica epocal, produciendo algo de verdad a partir de la lectura de indicios. Es propio del método analítico rescatar y puntuar rastros que posibilitan el movimiento del discurso. Movimiento sostenido por lo que Nicolás de Cusa llama docta ignorancia y que con Lacan ordenamos como una de las posiciones del analista y su pasión por la (docta) ignorancia.

La palabra es un acto y es más verdadera cuanto menos fundada está su verdad en “la adecuación a la cosa”. Cuando funciona como significante puede ser leída en la semántica psicoanalítica: sueños, olvidos, lapsus, síntomas, etcétera, y es “por el desciframiento de este material cómo el sujeto recobra, con la disposición del conflicto que determina sus síntomas, la rememoración de su historia” escribe Lacan en “Variantes de la cura-tipo”. (1988/1955, p. 320).

El retorno que renueva el sentido del psicoanálisis es un retorno a las formaciones y mecanismos del lenguaje, por lo tanto, está en las antípodas de la acción del analista haciendo uso de la teoría como referente a completar con “ejemplos clínicos” o “nuevos desarrollos”. Esto lo

llevaría por el peor de los laberintos de la comprensión. Si el psicoanálisis es un discurso subordinado a lo más singular del sujeto, el saber teórico debe volver a ponerse en tela de juicio en cada nuevo caso para que no opere como resistencia del analista. En *Variantes de la cura-tipo* Lacan desarrolla con detenimiento cuál es la función del saber y de la pasión por la ignorancia en la posición del analista. “La ignorancia no debe entenderse como una ausencia de saber, sino que al igual que el amor y el odio, como una pasión del ser; pues puede ser, como ellos, una vía donde el ser se forma” (Lacan, 1988/1955, p. 344).

El ser del analista, definido por su pasión por la ignorancia, crea las condiciones para que el saber no-sabido del inconsciente emerja y pueda ser leído. Es el analista quien debe aspirar “a un dominio tal de su palabra que sea idéntica a su ser” (Lacan, 1988/1955, p. 346) para no obstaculizar su acto en nombre del saber teórico o de una demanda epocal. Hallamos así que el progreso en psicoanálisis orienta hacia lo incurable del hablante-ser y la pulsión que lo habita, siendo la verdad semi-dicha un pasaje necesario para la renovación de sentido.

El descubrimiento freudiano implica que el inconsciente produce formaciones que siempre sorprenden porque introducen un sinsentido en la continuidad de decires orientados por representaciones-metas propias del Yo. Formaciones del inconsciente que irrumpen en la superficie de los enunciados, pero “la idea que la superficie es el nivel de lo superficial es peligrosa (...). Otra topología es necesaria para no equivocarse en cuanto al lugar del deseo” (Lacan, 1988/1958a, p. 581) lugar fuera del sentido, insignificante, pero que está en la superficie, “pues es en la superficie donde se ve como un herpes en los días de fiesta floreciendo el rostro” (Lacan, 1988/1958a, p. 582).

Debido a que las resistencias a la falta de sentido, son una de las dificultades del análisis, es de interés para nuestra tesis situar la importancia del lugar y posición del analista como facilitador y lector del sinsentido orientado por la causa.

Retorno para no retroceder

Lo que distingue el método del “retorno a Freud” de toda inversión o retroceso es que no borra el descubrimiento freudiano, sino que, por el contrario, le otorga estatuto inaugural y causal. Sin someter la función de la teoría a la demanda, dichos o decires hegemónicos, evita los extravíos del campo freudiano y lo hace progresar dentro de sus límites éticos. Es un método, entonces, que permite avanzar por retroacción, sostenido y sosteniendo al inconsciente y sus formaciones en el deseo como causa.

No es posible un camino fecundo en el movimiento psicoanalítico si se desconoce o menoscaba la experiencia freudiana. Pocas veces tan bien dicho, con el humor de Roberto Fontanarrosa: “por donde pasé dejé huellas, después pavimentaron” (1999, p. 21). El porvenir no es sin lo subversivo del sujeto del inconsciente y sus huellas. No hay progreso pavimentando con ideales de la época.

En 1955 Lacan ofrece una conferencia en Viena, que luego se publicó como *La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en Psicoanálisis* (1988/1955-56, p. 384), en la cual ubica la práctica del comentario como la herramienta técnica que utiliza en el método del retorno al sentido de la obra freudiana, ya que permite:

servirse del concepto no sólo para volver a situar una palabra en el contexto de su tiempo, sino para medir si la respuesta que aporta a las preguntas que plantea ha sido o no rebasada por la respuesta que se encuentra en ella a las preguntas de lo actual. (Lacan, 1988/1955-56, p. 387)

Esta herramienta otorga dos posibilidades: a) situar un término en el contexto de la obra, probablemente en respuesta a algunos posfreudianos que hacen progresar la teoría descontextualizando conceptos o solo retoman los que les conviene a sus argumentos, al modo en

que el semiólogo Richard Rorty define a los lectores pragmáticos: “sencillamente golpean el texto hasta darle una forma que servirá para sus propósitos” (1982, p. 151) y b) poner en tensión las respuestas que otorgan los conceptos a preguntas de la clínica actual, manteniendo de ese modo viva la letra freudiana.

Este método implica un trabajo de lectura textual, indicial y conjetural independiente de las intenciones del autor y del lector ya que “el sentido de un retorno a Freud es un retorno al sentido de Freud” (Lacan, 1988/1955-56, p. 388). El sentido de Freud está orientado por la estofa misma del significante que recubre la falta que engendra, al tiempo que posibilita una lectura abierta a nuevos pero finitos sentidos ya que siempre está ceñido a la experiencia clínica.

La práctica del comentario es una modalidad de lectura muy antigua utilizada sobre todo en filosofía y en las llamadas disciplinas del discurso. A los fines de nuestro trabajo proponemos dar una vuelta por sus características para poner en valor su uso en el retorno al sentido en la obra freudiana.

Dado que el analista subordina su posición a lo más singular de la verdad textual y no a los enunciados proferidos, surgen algunos interrogantes: ¿cómo pensar la interacción entre el texto, el autor y el lector en una práctica del comentario que convenga al psicoanálisis? ¿Agota el sentido los diversos retornos?

Práctica del comentario. Lo que resta motoriza la novedad

Umberto Eco es uno de los teóricos que, en las décadas del sesenta y del setenta, hizo importantes contribuciones para reconocer el papel del lector en la producción de sentido, siendo su libro *Obra abierta* (1962) donde mejor argumenta su posición. Su planteo tuvo varias desviaciones denunciadas por el propio Eco. La principal fue que sus seguidores confundían abierta con infinita e

indeterminada y si bien es fundamental el lugar del lector en la producción de sentido de un texto, ello no implica que esté abierto a cualquier interpretación. En 1990 es invitado a dar una serie de Conferencias Tales en la Universidad de Cambridge y, atento a no quedar “enrolado dentro de las prácticas de la deriva infinita”²⁰ ni “en el ejército de la lectura sospechosa”²¹, propone una distinción que puede servir a nuestro propósito de esclarecer el retorno al sentido en psicoanálisis.

Eco, retomando un debate clásico²², se pregunta qué es leer. En el recorrido de respuesta interroga dónde está el sentido de un texto: a) en lo que el autor intentaba decir (*intentio auctoris*), b) en el intérprete (*intentio lectoris*) o c) el sentido está en el texto mismo, autónomo de las intenciones de su autor (*intentio operis*).

Llega a la conclusión de que aquello que se lee en el texto es lo que el *texto dice* en virtud de: a) su coherencia textual interna, b) un sistema de significación subyacente original y c) lo que el lector descubre en función de su propio sistema de expectativas dado que, si bien algo busca en el texto, también hay algo que allí se muestra. Y lo que se muestra es lo que el lector encuentra más allá de lo que espera: un saber supuesto en lo que no se comprende, en las oscuridades del texto, en las dificultades y en los obstáculos a lo sabido *a priori*. El texto dice en esos intersticios. Sin ellos, no dice nada o quizá, más de lo mismo.

Recordemos en este punto que el hallazgo en psicoanálisis es efecto de un método particular llamado indicial que permite descubrir lo que se muestra en el texto pero no está en los dichos o enunciados. Situaremos al hallazgo para acercar intereses dentro de las disciplinas del discurso, al tiempo que su estatuto, deslinda campos entre la semiótica, la lingüística y el psicoanálisis.

²⁰ Con *prácticas de la deriva infinita* se refiere a las lecturas basadas en una deriva metonímica de palabras donde todo sentido es posible e ilimitado (Eco, 1995, p. 34).

²¹ Con *lectura sospechosa* se refiere a la lectura caracterizada por el exceso de interpretación en el intento de encontrar sentidos ocultos o profundos en el texto, como es el caso de los libros religiosos. (Eco, 1995, p. 6).

²² Todas las referencias corresponden a la publicación de las nombradas conferencias. Véase Eco (1995).

Como alternativa a la *lectura sospechosa* hegemónica y a la *lectura en una deriva infinita*, Eco plantea que hay una *dialéctica* entre la intención del autor y la del intérprete, de la que la intención del texto participa mostrando un sentido textual a quien, como en “La carta robada”, esté decidido a verlo. También Lacan habla de dialéctica cuando explica que “el análisis, por progresar esencialmente en el no-saber, se liga (...) a la dialéctica” (1988/1955, p. 347).

Esto nos lleva a que solo sea posible hablar de la intención del texto como resultado de una conjetura por parte del lector, del mismo modo que el propio Lacan sostiene que “el asiento de una ciencia de la acción humana (...) se funda en la conjetura” (1988/1955, p. 347).

La intención del texto tiene que ver con una coherencia textual interna, pero esta se construirá desde afuera, y requiere de un lector que hará una conjetura sobre la intención del texto al modo de una hipótesis interpretativa. El texto termina siendo lo que la interpretación del lector hace de él, orientando así otra inquietud que es la de situar en dónde está la regulación de ese acto, puesto que partimos de sostener que no es posible decir cualquier cosa, ya sea por sobre interpretación o por deriva metonímica. Por lo anterior distinguimos:

- La intención del texto;
- la interpretación del lector que la construye;
- el hecho de que tal interpretación está sujeta a ciertas “reglas”, o, digamos mejor, requiere de un método.

De este modo el texto no es el referente al que acudimos para verificar interpretaciones sobre un tema, sino que es el producto mismo de una interpretación. Podríamos decir: el texto es su interpretación, evocando el aforismo lacaniano “el deseo es su interpretación”, lo que implica que ese deseo no pueda ser cualquiera según decisión arbitraria del analista, sino que indica el modo en que se articula en el Otro:

se trata de captar el deseo, y puesto que sólo puede captárselo a la letra, puesto que son las redes de la letra las que determinan, sobre determinan su lugar de pájaro celeste, ¿cómo no exigir al pajarero que sea en primer lugar un letrado? (Lacan, 1988/1958a, p. 621)

En el apartado 6 tomaremos un texto clínico (Heinz Kohut, 1957) en el cual el analista presenta la clínica como el lugar donde validar la teoría que sostiene, interesado en lo que el paciente dice respecto de aquello que le permite aplicar su saber previo. Hallaremos el testimonio de un analista poco letrado, pero con muy buenas intenciones para lograr progresos en el movimiento psicoanalítico proponiendo una teoría propia y superadora de la freudiana.

Veremos que, a diferencia de una lectura conjetural, una lectura “de confirmación”, ubica el referente fuera del texto y deja al inconsciente fuera de juego. Sin duda, en el discurso del Sr. Z hay un lugar para el analista que favorece el despliegue en transferencia, pero la posición que el analista ocupa allí, lo aleja de la experiencia freudiana en el momento en que el propio Kohut se empeña en aplicar su teoría al texto del paciente (*intentio lectoris*) sin leer los efectos de usar la teoría como metalenguaje de la clínica y los recuerdos como formaciones de la intersubjetividad en juego.

Retomamos, con Eco, una pregunta: ¿cómo demostrar la validez de una conjetura acerca de la *intentio operis* (intención del texto)? Dirá que está en función de la coherencia interna del texto: si la confrontación de distintos fragmentos del mismo acepta la lectura en cuestión, la confirma, la potencia. En cambio, quedará invalidada si no se sostiene en la confrontación, si se ve refutada por algo que aparece en el mismo texto, en tanto “la coherencia textual interna controla los de otro modo incontrolables impulsos del lector” (Eco, 1995, p. 57) Parafraseando a Lacan, un buen

pajarero sabe dónde y cómo hallar a sus pájaros más allá de los anhelos o impulsos personales de cómo encontrarlos.

Uso del texto en la disciplina del comentario

La coherencia textual interna planteada por Eco, encuentra su resonancia psicoanalítica en la “lógica” de un historial o de la formalización de un relato. Pero no son equivalentes. El texto analítico tiene una lógica sostenida en un criterio clínico en el cual es posible ubicar los elementos del discurso y su funcionamiento singular, permitiendo la construcción de un caso a partir del cual pensar la dirección de la cura²³ más allá o más acá, de la confirmación o refutación de hipótesis teóricas previas (*intentio lectoris*)

Una lógica de lectura así ceñida no significa que esté potencialmente limitada. Todo texto es factible de múltiples e innumerables lecturas, al entender que la práctica del comentario propone configurar algunas respuestas sin que sean únicas ni definitivas. Solo a modo de ejemplo recordemos que después de leer un escrito de Lacan o cualquier texto de Freud, lo descubrimos como si fuera la primera vez: en cada oportunidad los volvemos a leer en función de una problemática nueva o desde otra *intentio lectoris*.

Sin embargo, cabe aclarar, que ni aun leyéndolos mil veces podremos encontrar en *La Interpretación de los sueños* algún término para pensar el cambio climático. El ejemplo es un poco extravagante, pero da una muestra de adónde conducen las lecturas sospechosas de las que habla Eco cuando se santifican textos y terminan siendo fuentes infinitas de sentidos: al suponer que dicen todo en definitiva no dicen nada.

²³ En el apartado 6 realizaremos una lectura del *Caso Frida* en el cual M. Little se pregunta si su posición clínica está obstaculizando el tratamiento que dirige, revisando la lógica de sus intervenciones y la coherencia con los efectos que produce.

Lacan (1964) se preocupa en aclarar que la interpretación no está abierta a todos los sentidos. Es absurdo plantear que todas las interpretaciones son posibles ya que la interpretación es una significación que no es cualquiera. Lo que busca como efecto, —y aquí nos adentramos en lo que es privativo de la interpretación en la clínica psicoanalítica y que hace a la lógica que la sustenta— es aislar en el texto un hueso de no-sentido, un significante irreductible. De este modo la clínica no es en sí misma, sino desde el lugar de cada analista, desde el modo en que se inscribe su deseo de analizar en el marco de la particularidad de cada caso.

Ahora bien, ¿hablamos de los límites del acto interpretativo y al mismo tiempo afirmamos que todo texto es susceptible de innumerables lecturas ya que las interpretaciones son potencialmente ilimitadas por la estructura misma del significante? Esto no es paradójal dado que no es posible decirlo todo: por más que lo intentemos, por más que hablemos durante años, siempre nos quedará algo por decir. La estructura del significante alberga en su seno una falta que lo define y que exige su articulación con otros significantes para que algo pueda decirse. Al mismo tiempo condena a ese decir a ser un medio-decir y, por lo tanto, se accede a ello por aproximaciones parciales: partes, trozos de verdad pueden ser extraídos de múltiples lecturas.

Deducimos de allí que no hay LA interpretación, una y solo una interpretación verdadera de un texto. Graciela Reyes (1989) en su libro *Polifonía Textual*, plantea que, aunque un discurso permanezca literalmente idéntico, cada cosa que se diga sobre ese texto, cada cita, será diferente porque se produce en otro momento del tiempo, en otro contexto. No hay pureza interpretativa ya que, al leer, como al escribir, citamos permanentemente a otros autores, a otros textos, y ello porque todo discurso incluye otras voces, otros decires, es “polifónico”. Como desarrollamos en los primeros apartados de esta tesis, el lenguaje es multívoco por estructura, y la variedad de voces de su composición no atenta contra lo nuevo y distinto.

La coherencia textual interna de la obra freudiana es puesta a prueba por la disciplina del comentario. Lacan, como S2 del S1 Freud, aporta la posibilidad de volver a situar una palabra en el contexto de su tiempo y también la de poner a prueba esa palabra en lo que hace a su posibilidad de responder a las problemáticas del psicoanálisis actual.

Comentar es como hacer un análisis. Lugar del hallazgo

La práctica del comentario permite intervenir en algunos puntos que aparecen oscuros en el texto y abstenerse de comprender es la premisa necesaria para poder pensar, escuchar, leer, para facilitar la dialéctica que pivotea entre lo que no se dice, pero se muestra a quien está decidido al encuentro. En la Clase VII del *Seminario I Los escritos técnicos de Freud*, Lacan refiere que:

...lo que cuenta, cuando uno intenta elaborar una experiencia, no es tanto lo que se comprende como lo que no se comprende (...). Es en ello en lo que el método de los comentarios se revela fecundo. Comentar un texto es como hacer un análisis.
(Lacan, 1993/1955-56, p. 119)

La práctica del comentario y el análisis mismo sostienen la lectura en un resto estructural que está en la causa misma del entramado significante, posibilitando la creación de nuevos sentidos. Una lectura en psicoanálisis es fecunda si introduce al menos una novedad: el hallazgo de una nueva secuencia o articulación lógica en el camino que para Freud llevaba a la verdad y para Lacan, a lo real.

La estructura del significante permite fundamentar las posibilidades potencialmente ilimitadas de interpretar un texto y el contexto, la estofa misma del texto y la posición del analista proporcionan los límites éticos a ser respetados. En ocasiones se producen de este modo hallazgos que, una vez provistos de existencia lógica, reordenan la clínica y la enseñanza del psicoanálisis de

manera tal que ya no podría ser de otro modo al resignificar todo lo anterior. Es el caso del invento del objeto *a*.

Lo que entendemos por analista lector se deja guiar por el dictado del inconsciente según el famoso principio de Itzig, el Caballero del Domingo, que Freud cita en la *Interpretación de los sueños*: “—Itzig, ¿hacia dónde cabalgas? —¿Qué sé yo? Pregúntale al corcel” (1979/1900, p. 243). El sentido en una interpretación es sobre todo una dirección, una orientación, como si se tratara del sentido de una calle.

El progreso se encuentra localizando el sentido que se torna enigmático en el orden de un decir y no en enunciados o saberes oraculares. La función del enigma como enunciación está favorecida por una lectura conjetural que avanza en sus retornos al sentido de Freud sosteniendo la especificidad de su campo. El descubrimiento freudiano implica una apuesta ética, ya que “el pensamiento es una fuga en sí mismo. Proyecta bajo el nombre de memoria el desconocimiento de su moira” (Lacan, 2015/1972, p. 345). Podemos afirmar que es del orden del destino (*Moirai* en griego) del psicoanálisis tanto el olvido del inconsciente como su redescubrimiento, cada vez que un lector esté en una posición que sostenga lo enigmático de la enunciación como causa. El destino es una limitación ética, sostenido en una lógica de lo que no puede traspasarse y no un camino ya trazado de lo que vendrá.

En el apartado anterior señalamos lo paradójico de la “eterna y vieja juventud” al situar lo reprimido y sus avatares. Si hay algo que perturba la idea cronológica y madurativa, es que lo reprimido no es algo superado, sino que persiste encarnando lo real de lo que vendrá. Persistencia que tiene una localización en las puertas del infierno. Sus demonios son convocados por el dispositivo analítico mismo para que el sujeto no perezca “acobardado como un pájaro sin luz”.

Lacan, al final de la clase XI “El resorte del amor”, del *Seminario 8*, distingue el amor de transferencia del amor eterno y refiere “Que no les pese demasiado pensar en él al recordar que este término, el amor eterno, lo pone Dante expresamente en las puertas del Infierno” (2012/1960-61, p. 192). Dejarse tomar por el hallazgo despabila del cómodo amor eterno de lo alguna vez cifrado y permite, a posteriori, metaforizarlo para reinventarlo.

Capítulo seis

El campo de las Moiras: obstáculos, desvíos, retornos y nuevos rumbos

*Tú que me lees,
¿estás seguro de entender mi idioma?*

Borges (1989, p. 78)

*No sabe cómo entró en la selva,
cómo extravió su ruta porque se durmió
en el punto en que abandonó la senda*

Alighieri (1991, p. 5)

El objeto es el desvío

Lacan insiste en que es necesario volver a Freud siguiendo su teorización en las desviaciones que se le imponen por el estatuto mismo del inconsciente. Es más, “se ve entonces que ese objeto es idéntico a esas desviaciones” (Lacan, 1988/1958a, p. 600).

El leer en psicoanálisis posee un método que facilita la construcción de secuencias lógicas, no lineales, de los movimientos subjetivos producidos por el propio dispositivo. Localizar al sujeto a partir del inconsciente es asunto de lógica significante: basta con abrir cualquiera de los Historiales freudianos para comprobarlo. La lectura, como camino de construcción de esta lógica, articula los movimientos subjetivos con la posición del analista, leída en el decir del analizante y que se comprueba en el relato de la clínica.

Este método implica el *intentio lectoris* que va construyendo el sentido del texto desde afuera. Es de destacar para nuestro propósito, que en psicoanálisis podemos distinguir (a diferencia

de un texto lingüístico o semiológico), que la construcción del texto clínico está orientada por cada analista lo que favorece que se muestre el modo particular de ejercer su función.

Para el objetivo de esta tesis realizaremos la lectura dos casos clínicos. De Margaret Little, el caso Frida (1957) y de Heinz Kohut, el caso del Sr. Z (1971). Los elegimos ya que encontramos en su formalización una lógica clínica de las intervenciones del analista y sus consecuencias. Son textos publicados y utilizados con diversos fines en el movimiento psicoanalítico que aportan la ventaja de fácil acceso para el interesado en leerlos “completos” desde las fuentes. Consideramos que la elección queda exenta de la objeción “son tan leídos que se ha dicho todo sobre ellos”, por las razones que venimos desarrollando.

Retornamos a ellos sin intención de develar sentidos ocultos, apostando a producir una operación de lectura que acerque alguna respuesta a una de las dificultades actuales del psicoanálisis: el olvido del descubrimiento freudiano. Proponemos leer a Little y a Kohut no para superarlos o salvarlos, sino para encontrar algunas de las razones a los desvíos o extravíos que hacen del psicoanálisis un discurso en movimiento.

Los dos casos exponen las coordenadas y la lógica de las intervenciones del analista mostrando cómo resuelve cada uno las dificultades que surgen, qué lugar le otorgan a la novedad, a las oscuridades y a la teoría misma. Son casos escogidos por considerarlos paradigmáticos de cómo la posición del analista es indisoluble de la apertura o cierre del inconsciente y de la distancia que guardan con la experiencia freudiana. Por lo anterior, se deduce que no lo retomamos por ser ejemplares de tal o cual término y mucho menos desde un punto de vista moral de lo que debería o no debería ser un psicoanálisis²⁴.

²⁴ Tal vez sí son ejemplos, junto a textos como *La Dirección de la cura y los principios de su poder* (Lacan, 1958), de la crisis por la que pasaba la I.P.A en las décadas del cincuenta y sesenta que llevó a retornos y dispersiones en el movimiento psicoanalítico. Hallamos en este período numerosas controversias que hacen foco en la necesidad de cambios en la técnica ortodoxa y hegemónica que dieron lugar a desvíos pero también a trabajos fecundos que

La lectura de esta lógica produce un efecto de transmisión ya que pone en valor la teoría psicoanalítica al objetarla y no por ser buenos ejemplos de la misma ni parte de una muestra. Lacan en *Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos*, plantea que utiliza pocos casos pero los pocos que utiliza los eleva a paradigma: “no prodigo los ejemplos, pero cuando me meto con ellos, los elevo a paradigma” (2008/1973, p. 584). Entendemos que se refiere al término “paradigma” en el sentido lingüístico en tanto los ejemplos conforman un conjunto de unidades que pueden sustituir a otras unidades en un mismo contexto ya que cumplen la misma función.

La teoría como envoltura formal del obstáculo: el caso Z

Heinz Kohut (1913-1971) fue un analista americano de origen vienés. Fundador y líder de la Escuela Americana de Chicago y vicepresidente de la IPA (Asociación Internacional de Psicoanálisis, por sus siglas en inglés). En la década de 1960 propuso una superación de la teoría freudiana por una psicología centrada en el *Self* que consiste en reemplazar el complejo de Edipo (y su conflictiva pulsional e intergeneracional) por el complejo de Telémaco (basado en un *Self* integrado, y de colaboración intergeneracional progresiva) como razón de la esencia humana, tal como la plantea en *Instrospección, empatía y el semicírculo de la salud mental* (Kohut, 1968). Esto trajo, entre otras consecuencias, una nueva versión de la transferencia entendida como “la búsqueda renovada, por parte del sí-mismo lesionado, de respuestas promotoras de desarrollo, provenientes de un objeto sí-mismo adecuadamente empático” (Kohut, 1984, p. 278), siendo el lugar del analista el del objeto sí-mismo adecuadamente empático.

reconocemos como antecedentes de términos como “deseo del analista” a partir de trabajos sobre el término “contratransferencia”. Este tema está desarrollado in extenso en Martínez, H. G. (2020). *Encuentro con Psicoanalistas notables*. Mar del Plata: EUDEM.

Hace a la lógica del caso que el analista reconozca que se equivocó y por eso el Sr. Z demanda otro tramo de análisis. Kohut localiza la equivocación en sus referencias teóricas freudianas ortodoxas²⁵ que lo llevan a realizar un tratamiento que solo logra un desplazamiento transferencial de la misma posición fantasmática del paciente. Cuando el Sr. Z vuelve, luego de cuatro años, con síntomas similares a los de la primera consulta, lo que sí había cambiado era el marco teórico del analista, lo que le permite realizar otras intervenciones y llegar, esta vez sí, a una cura exitosa.

La psicoterapia del Sr. Z facilita a Kohut mostrar los dos marcos de referencias con los que ha trabajado en el psicoanálisis, y cuenta que lo elige porque “la estructura de la personalidad del Sr. Z ejemplifica con gran claridad el poder explicativo de la Psicología del *Self*” (1979, p. 110), ya que su teoría “le permite percibir significados del paciente que anteriormente no había percibido conscientemente” (1979, p. 111).

El primer tramo de análisis se desarrolla entre 1957 y 1961. Hay un intervalo de cuatro años y medio con respecto al segundo tramo, que transcurre entre 1966 y 1971. Kohut da estas coordenadas: “Comienza este segundo tramo cuando yo estoy escribiendo *Forms and Transformations of Narcissism* (1966) y culmina cuando estoy escribiendo *The Analysis of the Self* (1971)” (1979, p. 113).

Cuando el Sr. Z. vino a verme tenía alrededor de 25 años...vivía con su madre, viuda, en condiciones materiales muy cómodas pues su padre, muerto hacía ya algunos años, había sido un hombre de negocios notable y además había heredado

²⁵ En *Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental* (1968) Kohut se detiene en lo que entiende como teoría freudiana ortodoxa promulgada por la Escuela Americana refiriendo encontrar un poder y un uso mítico-idealizado del complejo de Edipo en los tratamientos. En respuesta a esto, propone una “dosis de anti-magia mítica” (1994/1968, p. 32) fundamentada en que la esencia del ser humano es la integración empática. Así introduce en el psicoanálisis americano “el mito de Ulises como ilustración de la Salud Mental y el mito de Edipo ejemplo de hombre culpable y paradigma de enfermedad” (1994/1968, p. 46).

una fortuna considerable. El Sr. Z había sido hijo único (...). Se quejaba de síntomas somáticos: extrasístoles, las manos se humedecían, sensaciones de pesadez estomacal, periodos alternados de constipación y diarrea. Se sentía socialmente aislado e incapaz de tener relación alguna con mujeres. En su trabajo universitario era bien considerado y trataba de arreglar su soledad saliendo continuamente a conciertos con su madre y con un amigo (Kohut, 1979, p. 112)

Los síntomas aparecen cuando se rompe el equilibrio que le permitía ese modo de vivir: el amigo se pone de novio y deja de llamarlo para salir con él y con su madre.

Hasta el año y medio había sido un bebé muy bien cuidado por su madre, con un sostén narcisístico importante. A los 3 años y medio el padre contrae una enfermedad por la cual se interna. Una vez curado abandona a su esposa e hijo por una enfermera que conoce en el hospital. A los 5 años del Sr. Z, el padre retorna a la casa pero las cosas no eran como antes. El niño fue testigo de muchas desavenencias entre los padres. Otro dato que menciona es que, a los 11 años, en una colonia de vacaciones, entabla amistad con un profesor que comienza a ser admirado por el niño.

Cuenta Z, no sin dificultad, que desde hace tiempo se masturba frecuentemente con la fantasía de ser sometido por una mujer:

...en estos fantasmas, él se consagraba a tareas domésticas bajo las órdenes de una mujer dominante. No alcanzaba el orgasmo sino después de haber elaborado una historia donde una mujer que él imaginaba fuerte, exigente, insaciable, lo forzaba a hacerle el amor. En el momento de la eyaculación, tenía el sentimiento de un esfuerzo desesperado por acomodarse a las órdenes de la dama, como si fuera un caballo, decía él, que debía tirar de un paquete muy pesado, agotado bajo el látigo y con sus últimas fuerzas e incluso sintiéndose como un esclavo, un esclavo en una galera romana azotado por su guardián durante una batalla naval. (1979, p. 111)

Kohut piensa, en el primer análisis, la transferencia en términos freudianos: la fantasía masoquista presentifica lo que ya Freud había teorizado: madre fálica-narcisismo. El paciente ocupa el lugar de *falus* de su madre. El analista le comunica al paciente esa interpretación despertando una enorme rabia que Kohut atribuye a que “esta fantasía muestra la resistencia a soportar el corte con su madre, porque quería seguir en el lugar de hijo único que consuela a su madre por el abandono del padre” (1979, p. 112). Fantasías incestuosas, Edipo clásico y lo que entiende por interpretación clásica tienen sus efectos: poco a poco la rabia va disminuyendo, comienza a conectarse con gente, a vivir solo, y seis meses antes de concluir el primer tratamiento trae un sueño:

Estaba en casa, en una pieza cuya puerta estaba entreabierta. En el exterior, cargado de regalos envueltos en paquetes, se encontraba su padre que quería entrar. Bajo el impacto de un terror intenso, el paciente ensayaba cerrar la puerta para que su padre permaneciera afuera. (1979, p. 133)

Para Kohut era un sueño claro: que papá quede afuera y no venga a romper la dicha de estar solo con mamá. Esto lo comunica y “el paciente disminuye su rabia, tiene cierto agradecimiento hacia mí, el analista; de su fantasía masoquista y su masturbación cada vez habla menos, sale con mujeres, vive solo, tiene mayor contacto con otros en el trabajo. Podemos dar por finalizado el trabajo” (1979, p. 120).

Solo dos cosas quedan sin explicación para Kohut: 1) el tono con el que habla el paciente carece de afecto, de pasión, a excepción de cuando trabajan la separación, y 2) un agradecimiento que el paciente refiere por una frase que Kohut enuncia al pasar y que él apenas recuerda: “Ciertamente, uno se puede sentir mal cuando no recibe lo que estima que debe recibir” (1979, p. 121). Se despiden.

Cuatro años y medio más tarde, Z. reitera el pedido de tratamiento. “Fui *sorprendido* cuando cuatro años y medio después de terminar su análisis, el Sr. Z me hizo saber que tenía de nuevo las mismas dificultades” (1979, p. 123). Nuestra itálica acentúa la posición de sorpresa del analista frente a lo inesperado. El analista se sorprende porque se despide de su paciente curado y sin embargo, retornan los mismos síntomas. ¿Qué hace con ese imprevisto?

En la entrevista, el señor Z se queja de que hubo pocos cambios, que su vida era rutinaria, que no había habido novedades, que las relaciones que tenía eran superficiales, que su trabajo era un fardo y los encuentros con mujeres eran poco satisfactorios.

El analista entiende que el paciente no cambió su posición ante la vida si no que pasó del sometimiento a su madre a un sometimiento transferencial con él: “hizo lo que suponía que a mí me habría gustado: irse de la casa donde vivía con la mamá, salir con mujeres, no contarme sus masturbaciones con fantasías masoquistas y decirme que concluíamos de común acuerdo y muy bien el análisis” (1979, p. 122).

En el segundo análisis no aplica la técnica tradicional y le formula algunas preguntas; “respetando lo que el Sr. Z me decía (...) suspendí todo anhelo por lograr algo especial” (Kohut, 1979, p. 123), y es así cómo el Sr. Z cuenta que continúa con sus fantasías masturbatorias y que su madre sufre un brote delirante paranoico que lo angustia. El analista llega a la conclusión de que el paciente no había cambiado, sino que el cambio de perspectiva teórica le permitía a él escuchar al paciente de otro modo, suspendiendo pretensiones de logros edípicos. Este cambio de posición genera nuevas asociaciones del paciente, a las que Kohut responde desde otro modelo teórico desde el cual repara el *Self* de Z. Su teoría del Self es un nuevo faro que lo lleva a mejor puerto.

Para los fines de esta tesis, subrayamos los efectos en el tratamiento de suspender todo anhelo (edípico) y de preguntar sobre su padecer al paciente: surgen nuevos recuerdos y también preguntas al analista como efecto transferencial.

Esta nueva posición del analista, que se caracteriza por: a) abstenerse del saber teórico tradicional en sus intervenciones y b) suspender el anhelo de la rivalidad edípica, facilita la emergencia de nuevos significantes, pero, a diferencia de Freud que se sometía a las asociaciones del paciente sosteniendo el conflicto, Kohut vela las dificultades con otra teoría: la Psicología del *Self*. Allí donde encuentra conflicto psíquico los resuelve desde el sí-mismo empático y reparador. De hecho, el primer tramo del análisis que denomina “freudiano” lo da por terminado luego de localizar la rivalidad edípica (en el sueño deja al padre afuera y el Sr. Z queda lleno de regalos). En el nuevo tramo de análisis, el analista rescata las virtudes del padre reparando así parte del abandono sufrido.

El progreso es una teoría empática y reparadora

Kohut retoma el sueño con el que concluye el primer análisis y:

para mi gran sorpresa, con el cambio de teoría el paciente hacía ahora asociaciones que echaron luz totalmente diferente sobre el sentido del sueño. La nueva significación, tal como la elucidaba el paciente a través de sus asociaciones (para emplear mi vocabulario en el lugar del suyo), no era la representación de la impulsión de un niño agresivo contra un adulto masculino con angustia de castración, sino la representación del estado mental de un niño que había sido privado durante demasiado tiempo de su padre. (...) El retorno de su padre lo había expuesto de golpe a la satisfacción posible de una necesidad psicológica esencial. Lo había expuesto así a una situación traumática recibiendo, con una instantaneidad invasora, todos los regalos psicológicos que él había secretamente deseado tener de su padre. (Kohut, 1979, pp. 139-142)

Z comienza con asociaciones nuevas que le permiten a Kohut sostener que fue la teoría freudiana lo que impidió escuchar la desesperación del *Self* por salir de la reclusión y que “los regalos afectivos de la madre lo encerraban al paciente, ejerciendo una dominación total sobre él” (Kohut, 1979, p. 140). Es así que el sueño y la fantasía masoquista obtienen un nuevo sentido que permiten una revalorización del padre como propiciador del corte de los cuidados dominantes de la madre, cuyos síntomas son el precio que el Sr. Z paga. El padre pasa de ser el objeto de reproches a ser objeto de reconocimiento idealizado (así lo muestra el sueño), por permitir la separación.

En el segundo tiempo del segundo tratamiento la transferencia muestra el interés del Sr. Z por conocer cuestiones personales de su analista: si era débil con su hijo, si era avasallado por su esposa en el acto sexual, su masculinidad y fortaleza en el mundo laboral. Kohut responde sin interpretar al modo tradicional dado que encuentra que el paciente no muestra con estas preguntas su curiosidad infantil, sino que por el contrario es la demanda a un padre fuerte, idealizado y él, haciendo uso de la transferencia, decide vigorizar ese vínculo empático para fortalecer el *Self* de Z devolviendo una imagen de padre fuerte e ideal (Kohut, 1979, p. 146).

Esta intervención, que no traduce al *corpus* teórico el decir del paciente, produce un efecto de tranquilidad y cede su desesperanza hacia el mundo real.

El Sr. Z recuerda el sueño con el cual se había dado por concluido su primer tratamiento y que ahora adquiere un nuevo significado:

(...) el nuevo significado del sueño, según fue analizado por el paciente por medio de sus asociaciones, no fue el retrato de un impulso agresivo de un niño contra el hombre adulto, contra el temor a la castración, sino el estado mental de un niño que ha estado demasiado tiempo sin padre, de un muchacho privado de la sustancia psicológica de la cual por medio de innumerables observaciones de los defectos y

bondades de su padre, constituiría poco a poco, la esencia de un *Self* masculino independiente. (1979, p. 148)

La posición empática y reparadora del analista facilita la aparición de recuerdos vinculados al padre en una nueva versión: con reconocimiento laboral, compartiendo vacaciones con él, formando una nueva pareja, etc. Asociaciones que en el primer tratamiento no se vislumbraron y que permiten al Sr. Z, en su segundo tratamiento, apartarse de su madre y acercarse a su padre como objeto idealizado, fuente de orgullo e independencia.

Esto fue posible, al decir de Kohut, en la medida en que el analista se erige en la figura que le permite al paciente encontrar un apoyo emocional e idealizable en la construcción de un *Self* autónomo (1979, p. 151). Donde se halla un conflicto, el tratamiento lo recubre con un *Self* por identificación. En este sentido, la transferencia es reparadora.

Kohut, en *¿Cómo cura el análisis?*, distingue varios tipos de transferencias que tienen en común “la reactivación de las necesidades evolutivas frustradas del sí-mismo” (1984, p. 297), ya que “la transferencia constituye un renovado y prolongado intento de reactivar las respuestas, promotoras del desarrollo, pero insuficientes o poco confiables, del objeto sí-mismo primario” (1984, p. 298).

Ahora bien, volviendo a la lectura del caso del señor Z, ubicamos su justificación respecto del cambio de teoría, pero también de actitud en lo que hace a su “ambición terapéutica dirigida hacia una meta o, dicho en otras palabras, (...) a abandonar la modalidad de la salud y la maduración que antes lo había motivado”. (Kohut, 1979, p. 98). Consideramos que este cambio de actitud del analista fue lo que permitió la emergencia de nuevas asociaciones, las que luego quedan obturadas por la teoría reparadora del *Self* con el consiguiente cierre del inconsciente por identificación.

El primer análisis tiene el ritmo del *insight* y las interpretaciones reveladoras. El segundo, ya despojado de sus prejuicios teóricos, enfrenta al paciente a la desilusión y reparación de su *Self* dañado. El cambio de teoría le permite a Z “vislumbrar esa faz dramática de lo que implica para

una persona no poder romper las profundas ataduras que lo unen a la historia con una madre” (Kohut, 1979, p. 151). La faz dramática está acentuada por la diferencia con la faz culpable que llevan las interpretaciones edípicas.

Allí donde en el discurso del paciente aparece el conflicto y el sufrimiento propios de la *Ichspaltung* freudiana, Kohut lo vela con el *Self*. Con una nueva teoría y una posición empática de la transferencia ofrece una superación del psicoanálisis freudiano que entiende como culposos y enfermizo. De este modo, su propuesta consiste en anclar al psicoanálisis en la Psicología del *Self* como paradigma de la salud mental.

Es inevitable recordar, llegados a este punto, las enérgicas críticas de Freud a Jung y Adler, cuando en nombre del psicoanálisis fundan la “psicología analítica” y la “psicología individual” respectivamente. Freud es vehemente en sus argumentos: sin conflicto y sin resistencia no hay psicoanálisis, hay extravíos y osada usurpación del nombre. Refiriéndose específicamente a Adler, escribe que su teoría es “un nuevo evangelio salvador que inicia una nueva era para el psicoanálisis y hasta una nueva cosmovisión para todo el mundo” (Freud, 1979/1914a, p. 58) y por lo tanto, desconoce esta teoría como continuación legítima y desarrollo ulterior del psicoanálisis creado por él. Dedicó muchas páginas en “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (1914) a este tema, que situamos como huella mnémica en el movimiento psicoanalítico entendido como memoria ya que tiene la misma lógica discursiva. Frente al conflicto se erige una nueva teoría psicológica o cosmovisión, al modo de la psicología del *Self* de Heinz Kohut que propone explicar “la esencia humana”.

El ancla en otro puerto

Resulta muy interesante la puesta en relación de dos textos fundamentales de Kohut para entender cómo resuelve sus diferencias con la IPA. Con intenciones superadoras de los obstáculos

crea una nueva corriente dentro del psicoanálisis: la Psicología del *Self*. Los textos son *Introspección, Empatía y Psicoanálisis* (1959) e *Introspección, Empatía y el Semicírculo de la salud mental* (1971). Ya desde los títulos notamos la sustitución del Psicoanálisis por el Semicírculo de la salud mental al tiempo que se sostiene la introspección y la empatía como recursos técnicos terapéuticos, pero, con otros fines.

Es posible delimitar modelos disímiles de dirección de la cura a partir del estudio de los dos análisis del Sr. Z, que Kohut retoma en estos textos de referencia como los fundamentos de la Psicología del *Self*. Nos encontramos que al situar el Complejo de Telémaco con un estatuto causal se desplaza y reduce el Complejo de Edipo freudiano a una contingencia patológica posible si los progenitores no fueron lo suficiente empáticos y por lo tanto crearon rivalidad intergeneracional, incesto y agresividad. Kohut subraya que Freud no tuvo en cuenta el abandono traumático al que fue sometido Edipo y su destino se desarrolló como consecuencia de ese abandono no empático, caracterizado por la agresividad y la irrupción de aspectos pulsionales como consecuencia de la desintegración del *Self*. Desde ahí critica lo que Freud resalta: el asesinato del padre y el incesto como parte de la condición humana.

A diferencia del Complejo de Edipo, el Complejo de Telémaco es el fundamento de la esencia de lo humano y por ello, lo sitúa en el centro del semicírculo de la salud mental. En *Empatía y el Semicírculo de la salud mental* (1971), ejemplifica cómo entiende el vínculo entre las generaciones. Donde más hace hincapié es en el contraste con la dramática edípica culposa. Lo propio del ser humano es el amor mutuo y recíproco y el amparo empático paterno que resalta la cooperación intergeneracional. Al igual que el vínculo entre Ulises y su hijo Telémaco, caracterizado por el cuidado y protección de un padre a su hijo en la infancia, el hijo, ya adulto, protege y coopera con el padre tanto para proteger a su madre como para restituir al padre en su lugar de soberano de Ítaca, reparando la injusticia de que el trono sea arrebatado por otros.

Llega así a la conclusión de que un vínculo intergeneracional empático es el centro de la salud mental ya que posibilita el advenimiento de un *Self* integrado, base de la cooperación, el amor auténtico y mutuo, el sacrificio por causas justas, la creatividad y el humor, características de lo humano. Consideramos que este es el punto en el cual H. Kohut se desvía sin retorno de la causa freudiana. Recala con su Psicología del *Self* y su auténtico idealismo más cerca del campo de la salud mental que de la experiencia analítica. Hallamos ideales que podemos calificar de humanistas en tanto el objeto y la finalidad es la salud mental definida desde afuera del dispositivo mismo y base de una cosmovisión de lo humano.

En el párrafo final de “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, Lacan recuerda que con el descubrimiento freudiano “el crédito que ha obtenido el hombre del humanismo sobre sus intenciones ha sido irremediablemente protestado” (Lacan, 1988/1957a, p. 508). Sostener ideales humanistas bien intencionados, es un radical retroceso más que un progreso en el movimiento analítico. El inconsciente queda fuera de juego y el sujeto un poco revolucionado pero nunca subvertido.

Suponer un sujeto bien intencionado se da de bruces con el sujeto del inconsciente. Recordemos a Freud en “Consideraciones sobre la guerra y la muerte” donde llega a la conclusión de que no hay exterminio del mal y que “tanto los hombres como los pueblos obedecen más a sus pasiones que a sus intereses” (1979/1915b, p. 286), siendo esto, una de las tantas desilusiones que dejan las guerras por sobre todo interés humanista.

Por otro lado, Lacan, en el seminario *La ética del psicoanálisis*, reúne las desviaciones de la práctica analítica en torno a tres ideales: el primero *es el ideal del amor humano*, “sostenido en la idea de compromiso con el prójimo, tomado como una persona total, en un vínculo de amor genital y al que parece limitarse la ambición analítica” (1993/1959-60 p. 17). El “segundo ideal, que es también cabalmente llamativo en la experiencia analítica lo llamaré el *ideal de la*

autenticidad” (Lacan, 1993/1959-60, p. 18) El analista no pone en el centro de su acto la autenticidad como valor o producto a adquirir, ya que de entrada sabe de su imposibilidad. Finalmente, un tercer ideal de libertad ligado a la idea de autonomía respecto de las condiciones externas que lo determinen: “asimismo hemos forjado desde hace un tiempo un tercer ideal, que no estoy seguro de que pertenezca a la dimensión original de la experiencia analítica; el *ideal de no-dependencia*” (Lacan, 1993/1959-60, p. 19).

Para cada uno de los ideales, Lacan encuentra en los posfreudianos un uso ortopédico del dispositivo analítico. Por ejemplo, para lograr el amor auténtico: profilaxis del amor y para lograr el ideal de no-dependencia, “una suerte de profilaxis de la dependencia” (1993/1959-60, p. 19). En el caso del Sr. Z, la profilaxis llega con la posición empática del analista en la transferencia para que por medio de la identificación, el paciente repare su Self dañado.

Los puntos esenciales que diferencian el psicoanálisis de las otras psicoterapias y sus técnicas las encontramos en la diferencia entre la ética del deseo y la moral (Lacan, 1993/ 1959- 60, p. 20). Nos referimos a la sutil y fundamental distinción entre dirigir una cura y dirigir al paciente en el ejercicio del poder que otorga la transferencia. Resumiendo: del lado de la dirección de la cura ubicamos al acto analítico, escucha, ética del deseo. Del lado de la dirección del paciente: salud mental, comprensión empática, valores humanistas. Kohut realiza una modificación teórica que lo aparta de Freud y funda en ese movimiento una nueva escuela con una nueva concepción del sujeto más propio del humanismo que del psicoanálisis.

La persona del analista es la envoltura formal del obstáculo: caso Frida

Margaret I. Little (1901-1994) fue una psicoanalista británica perteneciente a la Escuela inglesa, conocida por sus aportes a la teoría de las relaciones objetales y en particular se ocupa de la presencia y uso de la contratransferencia en el proceso analítico. Al igual que H. Kohut, se

permite poner en cuestión la técnica ortodoxa de su época, pero a diferencia este, sitúa en el centro de su contribución un nuevo punto de vista que busca renovar la técnica, sosteniendo al inconsciente dentro del campo freudiano.

Al encontrar en su clínica resistencias y obstáculos a las interpretaciones ortodoxas (por lo general verbales y teóricas), se pregunta por las razones de esas dificultades y cuál es el lugar de la contratransferencia en ellas. Es más, localiza que en la eficacia o dificultades de las intervenciones del analista hay algo de su persona que tiene alguna injerencia. Esta es su gran contribución ya que no solo localiza la dificultad como acontecimiento clínico, sino que la recupera como experiencia y la formaliza en lo que conocemos como “R”. En 1957 escribió el artículo “‘R’: la respuesta total del analista a las necesidades del paciente”, en el que fundamenta la importancia de los efectos de “R” en el paciente a partir de un caso clínico que llama “Frida”.

¿Cuáles son las necesidades de los pacientes?: “en todos los casos la última necesidad es la adquisición de un discernimiento y una evaluación acrecentada de la realidad” (1957, p. 3). Para lograr trabajar con esas necesidades, el analista cuenta no solo con sus interpretaciones sino con la contratransferencia y su propia persona.

Hace hincapié en que la respuesta del analista es total en tanto incluye lo que el analista “dice” (interpretación) y lo que “hace” (comportamientos). Es más, la interpretación es una de las intervenciones tanto como un apretón de manos, una palabra, un silencio, una reacción o una ausencia de reacción (1957, p. 2). Esto es sumamente novedoso en el movimiento psicoanalítico de su época ya que se sostenía la idea de que la presencia de analista se reducía a sus interpretaciones y la contratransferencia.

El símbolo “R” incluye a la contratransferencia, no se reduce a ella. “‘R’ comprende todo lo que es consciente y todo lo que es inconsciente, todo lo inconsciente que consista en lo que fue

reprimido (normal o patológicamente) y lo que no ha sido jamás consciente. ‘R’, comprende elementos que pertenecen al Yo, al Superyó y al Ello del analista” (1957, p. 2).

Otra variable a la que le otorga valor en un análisis son las respuestas del paciente a las manifestaciones de la contratransferencia, a tal punto que fueron la recuperación de esas manifestaciones, y no la aplicación acrítica de la técnica interpretativa, lo que lograron mejorías en su paciente.

Este artículo está ordenado en VIII (ocho) apartados y es el VI el que dedica al material clínico. En él presenta un análisis de diez años de duración, en seis episodios. Si bien Frida es derivada por una asistente social ya que exhibe una cleptomanía, su motivo de consulta son las dificultades con su esposo e hijos y una fuerte urticaria en el rostro, la vulva y la cara interna de los muslos. (Little, 1957, p. 9)

Recuerda una infancia traumática, con padres que explotaban tanto a la paciente como a sus hermanos. M. Little muestra detenidamente lo que denomina “el retrato de los padres” (1957, p. 10), que avanza, a medida que se despliega el relato, de padres ordinarios y amantes a tiranos. La cleptomanía aparecerá como parte de un conjunto de comportamientos impulsivos que se producían cuando Frida estaba bajo situaciones de tensión, sobre todo al acercarse su madre.

En numerosos pasajes describe a su paciente como soñadora, desorientada, lo cual dificultaba enormemente que “la transferencia fuera real para ella” (1957, p. 10). Eso explica que las interpretaciones transferenciales, realizadas por las vías propias de la técnica analítica reconocida, carecieran de todo sentido para Frida y no produjeran modificación alguna. Veamos a qué se refiere M. Little con interpretaciones transferenciales:

Ella me contó esta historia: una niña había penetrado en una habitación prohibida y vigilada no por Barba Azul sino por la Virgen María. Los dedos de la niña se habían cubierto de oro que ella había encontrado allí y para castigarla había sido cazada.

Mis interpretaciones relativas a su curiosidad por su propio cuerpo o por mí misma, hace que yo le diga que ella tenía de mí la idea de que era virgen, castigando y prohibiendo el oro escondido, pero no tenían ningún sentido para ella. Me parecía que la llave de su propia puerta cerrada se había perdido más allá del campo de nuestros descubrimientos. (Little, 1957, p. 10)

Este tipo de interpretaciones transferenciales son las que aplica la analista y lleva a que la paciente la llame “la cincuenta y seisava lección del manual” (1957, p. 12). La paciente cuenta una historia de la que no se aclara en el artículo si es un sueño, una fantasía, una ocurrencia, pero es una historia que la analista toma por su valor como instrumento de transmisión de ideas, pensamientos, afectos, y la interpreta sumando sentido desde la teoría edípica. Una historia, entonces, que obtiene su valor por el saber referencial teórico y no por su saber textual.

Al final de la cita, la analista afirma que la llave de la puerta cerrada se ha perdido más allá del campo de los descubrimientos analíticos, dado que la interpretación transferencial (llave) pone nuevos cerrojos: la paciente suma teorías, capítulos al manual que su consciente posee, pero poco modifica de su sufrimiento. Es más, los acentúa produciendo algunos *acting out* a la salida de la sesión, como caminar desorientada entre los autos en movimiento (1957, p. 13).

M. Little insiste en que por este camino de las interpretaciones transferenciales se encuentra una y mil veces incapacitada de influir sobre el sufrimiento de Frida. No ubica la forma de lograr modificaciones usando “palabras teóricas-llaves”, sino que, por el contrario, se enfrenta a un más allá que resiste la comunicación del sentido de sus palabras.

Ese más allá que resiste a la interpretación plena de sentido para la analista y de poco interés para la paciente, hace su aparición sin calcular, causando sorpresa tanto a la analista como a Frida. En palabras de Little:

Ese día, uno después de otro, mis pacientes habían infringido mis consejos. La noche llegó, yo estaba cansada he ahí que en lugar de hacer interpretaciones, sin pensar en lo que decía expresé con humor: “Me río totalmente de lo que Ud. piensa”. Una vez más al silencio chocante le sigue el furor, después las excusas, totalmente sinceras. Poco después ella reconoció que la mayoría de los consejos que ella daba a los amigos podían ser ofensivos y que en su angustia por querer controlar el mundo era tan arrogante y provocativa como puede serlo “una mosca en un coche.” (1957, p. 12)

Más adelante encontramos el efecto causado cuando la analista, en lugar de comprender, se presenta conmovida por la muerte de Isle, una amiga de Frida, y pone en relación acontecimientos del propio discurso de la paciente:

Cuando le comuniqué mis sentimientos a raíz de la muerte de Isle, se lo asocié con dos momentos y ella me confió que por primera vez desde que había comenzado análisis, yo había llegado a ser, para ella, una verdadera persona, completamente diferente de su madre. Ella había tenido el sentimiento, cada vez que yo hacía comentarios sobre lo que ella hacía, que yo era su madre y que le decía como siempre “Eres execrable”. Ella me llamaba entonces “La cincuenta y seisava lección de manual”. Actualmente ella puede establecer una conexión entre el manual y las revistas para mujeres que leía su madre y puede con la mayoría de sus manías y quimeras. (1957, p. 12)

Cuanto más sentido teórico imprime la analista al discurso de Frida, más impotente es su posición, impotencia de la que sale cuando, por distintas razones tales como cansancio, hastío, enojo, ternura, crisis con la teoría que fundamenta su técnica, se encuentra diciendo o haciendo algo no calculado.

Little interviene desde lo que ocurre en la sesión y se sorprende con las consecuencias que logra. Expresiones como “no sé porque lo dije”, “sin pensar”, “estoy cansada de sus rollos”, “me aburre lo que cuenta” levantan la represión produciendo nuevas asociaciones, nuevos relatos, calman enojos. (Little, 1957, pp. 12-14). Cuando se abstiene de su saber, logra efectos en principio terapéuticos (por ejemplo, cuando Frida decide dejar de ver a la madre pues le provoca conductas de riesgo) y en ocasiones analíticos (comienza el trabajo de duelo por la muerte de su padre) (1957, pp. 13-15).

El progreso está en el retorno a la causa

En el apartado VII “Implicancias Técnicas”, Little teoriza sobre la contratransferencia y su función en un análisis proponiendo variaciones a la técnica analítica.

Dado que muchos pacientes no tienen la capacidad de ser influenciados por las interpretaciones transferenciales o en el mismo paciente no siempre son eficaces propone que el analista modifique su técnica. Es ahí donde “R” obtiene su valor: “La realidad que está presente, segura, en todo análisis, es el propio analista, su función, su personalidad. La cuestión es saber cómo, por qué medios técnicos, y esta es su responsabilidad, hacer accesible al paciente esta realidad.” (1957, p. 16).

El método de trabajo varía de un paciente a otro y de este modo, el analista no impone al paciente algo que no le pertenece, convirtiéndose en un faro que ilumina y guía en las oscuridades de lo inusual y particular de cada uno: (...) cuando constatamos que un análisis avanza en el punto en que hemos hecho algo no habitual, nuestra confianza en nuestros propios procesos inconscientes se fortalece. Parece que nuestras resistencias ceden más de prisa, el trabajo analítico se desarrolla

en un nivel más elevado, y la mayor espontaneidad del analista ayuda al paciente a dejar caer su rigidez y estereotipia. (1957, p. 17)

El mundo sano y cálido del analista debe ser un faro en el tratamiento por lo cual debe negociar sus propias angustias paranoides o depresión. A esto, Little, lo considera inseparable del trabajo que un analista efectúa y funda una ética basada en el Ideal de Autenticidad, solo posible si el analista reconoce y acepta los efectos de la contratransferencia. Su responsabilidad es aprovecharla como aquello que escapa de las conceptualizaciones teóricas y que permite adecuar la técnica a cada paciente. (1957, p. 20).

M. Little, al igual que otros analistas, cuestiona la ortodoxia del psicoanálisis oficial de la época al proponer, desde la experiencia clínica misma, “variaciones técnicas” (1957, p. 17) y teorizar sobre cuál es el lugar y la responsabilidad del analista en las resistencias al tratamiento. Dicho de otro modo, sostiene la importancia de formalizar variaciones en la técnica cuestionando así la existencia de una cura-tipo. Lo que queda fuera de discusión es que lo que tiene de típico una cura analítica es la experiencia del inconsciente freudiano y poder atravesarla y sostenerla depende del lugar que ocupe el analista allí.

En la lectura detenida del artículo de M. Little, encontramos la dimensión de la clínica freudiana en lo que no funciona, en aquellos obstáculos y cuestionamientos hacia el lugar del analista que lo posicionan como la causa de esos escollos y también como motor para reelaborarlos. Seguramente hoy, a partir de Lacan y su invento del objeto *a*, estemos en condiciones de realizar nuevas lecturas del caso Frida, ya que Little muestra las oscuridades, lo que no anda, el conflicto psíquico, y es pródiga con el texto de la propia paciente. Encuentra que las “interpretaciones llaves” cierran el inconsciente y descubre así que el psicoanálisis no es solo práctica del significante. Aquello que propone como *R*, la respuesta total del analista a las necesidades del paciente, permite pensar cómo responder desde lo que es imposible abrir con la teoría tomada como saber referencial.

Lo interesante también, es que Little no reduce “R” a la contratransferencia: detecta que hay algo más allá de los sentimientos que generan los pacientes y de ahí que la respuesta tenga que ser *total*. Ubica el lugar desde el cual el analista interviene más allá de lo que dice, pero no lo reduce enteramente a la contratransferencia.

El analista es, para Little, el potente faro en la oscuridad de un tratamiento. Consideramos que esta es su contribución que permite avanzar al movimiento psicoanalítico, ubicando a “R” en una dimensión (imaginaria) del tratamiento, diferente de la persona del analista.

Su aporte incluye un estilo al crear un nuevo término para ceñir una dificultad clínica: “R” (1957). Apuesta singular que implica realizar un aporte sin quebrar lanzas.

El movimiento psicoanalítico es una trama tejida cuya insistencia produce ciertos acontecimientos en el decir (acto de palabra), que pueden ser rescatados y formalizados por algún lector avezado en el idioma del inconsciente, descubriéndolo cada vez. Es por ello que distinguimos aquí la importancia del estilo de cada analista que mantiene viva y creativa la letra freudiana, del extravío de aquellos analistas que frente a las dificultades recalcan en otros puertos, apartados de la experiencia clínica.

El psicoanálisis lejos de ser un dogma es un “lenguaje vivo”. En esta línea ubicamos las contribuciones de Little y la distinguimos de los esfuerzos de Kohut, que si bien halla las marcas del inconsciente en Z., las vela con una teoría propia perdiendo nuevamente la oportunidad de dirigir el tratamiento “sin anhelo de lograr algo especial”. Ofrece un encuentro reparador entre el analista y el Sr Z, tal como lo tuvo Telémaco (y no Edipo), olvidándose una y otra vez que todo encuentro es fallido e inadecuado. Kohut insiste en el poder reparador de la intersubjetividad. A diferencia del concepto “R” de Little, el *Self* que plantea como aporte es un claro retroceso en el movimiento psicoanalítico entendido como memoria, ya que la dificultad clínica queda neutralizada al ser sustituirla por un ideal.

Cómo sostener vivo el discurso analítico sin someterse a lo instituido es la preocupación tanto de Little como de Kohut. La diferencia radica en que Little logra, con su estilo, redescubrir la experiencia freudiana mientras que Kohut la desconoce.

Ambos producen resistencias entre sus pares por lo cual es importante no confundir el 'desvío como objeto' con la 'desviación del objeto': el primero mantiene vivo el lenguaje analítico, el otro lo neutraliza.

Ya Winnicott en 1952 le plantea a M. Klein que el estilo de un analista puede ser resistencial en la pertenencia a una institución:

Lo primero que deseo decirle es que puedo advertir lo molesto que resulta, cuando algo se desarrolla en mí por mi crecimiento y mi experiencia analítica, que mi deseo sea el de expresarlo en mi propio lenguaje. Es molesto porque yo supongo que todo el mundo quiere hacer lo mismo cuando sabemos que en una sociedad científica uno de los objetivos es encontrar un lenguaje común. Sin embargo, este lenguaje debe mantenerse vivo, ya que no hay nada peor que un lenguaje muerto (Winnicott, 1990/1952)

El lenguaje común es el de la experiencia freudiana mientras que el estilo puede ser uno de los desvíos a la comprensión en los que se muestra el objeto, manteniendo vivo al psicoanálisis.

Capítulo siete

Desvíos y retornos

Los poetas, como los ciegos, pueden ver en la oscuridad

Borges (1989, p. 125)

Una envoltura actual del olvido

Antes de concluir retomando los puntos centrales que conforman esta investigación, propongo un pequeño desvío por una dificultad y su problematización que surgió en el transcurrir mismo de la escritura de esta tesis. Luego sí y orientada por el objetivo general que es investigar las razones por las cuales el olvido del inconsciente es una de las resistencias del movimiento psicoanalítico se ponderan las hipótesis iniciales.

¿Una tesis universitaria en psicoanálisis?

Como último requisito de la Maestría en Psicoanálisis es de mi interés que la tesis misma no se convierta en una muestra más del olvido del método analítico. Descartamos escribir *sobre* o *de* psicoanálisis y apostamos al *en* psicoanálisis como quien escribe en otro idioma.

En esta tesis localizamos al olvido del inconsciente como tiempo medio y sostén del discurso y dejamos planteadas las condiciones para recuperar (sin neutralizar) el descubrimiento freudiano. Esta investigación aporta una lectura sobre los rastros y huellas mnémicas que sostienen la memoria del movimiento psicoanalítico entendido como un discurso. Esperamos de este modo, contribuir al debate actual sobre la vigencia del psicoanálisis.

En tiempos de preparar el plan de tesis una noche me despierta un sueño. La imagen, enigmática por la aparente contradicción de la frase, decía “No hay metalenguaje”: ¿qué quiere decir? Al tiempo recordé que esa frase pertenece a *Lingüística y Psicoanálisis* (Arrivé, 2004), un libro importante en mi recorrido al momento de estudiar las homonimias entre términos de la lingüística, la semiótica y el psicoanálisis. Va como ejemplo, lo epónimo del significante lacaniano.

Hasta dar con el libro me resonaba el aforismo “no hay metalenguaje”, seguramente por leerlo tantas veces en Lacan, pero la inquietud emanaba de lo paradójico de la frase completa. La misma inquietud la reencontraba al pensar “tesis de maestría en psicoanálisis” por lo antitético de los términos en su enunciado, ya que provienen de discursos que se excluyen: el universitario y el psicoanalítico.

Siempre me llamó la atención del citado libro el encono de los lingüistas que se veían cuestionados en su existencia misma cuando leían en Lacan “no hay metalenguaje”. Enojo del que algunos salían agregando “¿qué quiere decir?”. El recurso consistía en reducir la frase “no hay metalenguaje” a un objeto referente e investigar desde la posibilidad que tiene el lenguaje de volver sobre sí mismo. De este modo, mostraban en acto la existencia del metalenguaje y el supuesto error de Lacan.

Si la posibilidad misma de la Lingüística se funda en la existencia del metalenguaje, el aforismo lacaniano despertaba todo tipo de reacciones, desde el silencio hasta la indignación más o menos atenuada. Pero también estaban aquellos lingüistas que vislumbraban que el cuestionamiento lacaniano estaba ligado a una conceptualización específica del significante y retornaban a Lacan para leerlo en sus propios términos. Así quedan remitidos a la problemática del significante lacaniano, que es objeto de la represión originaria, y desde allí formulan la pregunta

con la que termina el libro “¿Y cómo sería posible que hubiera metalenguaje de ese significante originariamente reprimido?” (Arrivé, 2004, p. 190).

Vemos que el último capítulo del libro comienza con una resistencia y termina aportando un interrogante a su propia disciplina. En el desarrollo, los lingüistas lectores de Lacan, proponen retomar la distinción tripartita de Benveniste: metalenguaje, metalengua y metadiscurso para poder leer a Lacan en sus propios términos (Arrivé, 2004, p. 169). De este modo, logran un pequeño avance al dar un rodeo por el psicoanálisis retornando a aquello que les interesa y es, indiscutiblemente, objeto de su disciplina. Algo del rodeo de estos lingüistas me convoca al momento de realizar una escritura académica “en” y no “sobre” psicoanálisis: tomar la paradoja inicial y recrearla para actualizar y profundizar un tema que despierta mi interés desde hace muchos años.

A las paradojas, sabemos con Winnicott, las “debemos aceptar y no hace falta resolver (...), tienen que ser admitidas durante un tiempo” (1971, p. 195) para que, superando la experiencia binaria aparente, se constituya capaz de recrear lo dado. Por otra parte, Lacan resuelve algunas paradojas al distinguir el enunciado de la enunciación, es decir, al localizar el lugar de quien habla.

Teniendo en cuenta lo anterior, considero que al localizar la posición desde la cual se investiga es posible recrear la letra viva del psicoanálisis, más allá de la institución o lugar en el que se lo practique. Propongo tomar como enigma el significante “maestría” interrogando el uso diferencial del saber en la universidad y en el psicoanálisis.

Aquello que en principio parecía paradójal (título de grado y psicoanálisis) de a poco se convirtió en una oportunidad para sostener el método analítico por fuera del ámbito tradicional del consultorio y de las instituciones analíticas. Suele ser un tema polémico y foco de resistencias entre los propios analistas localizar dónde, cómo y quién sostiene el descubrimiento freudiano. Polémica que excede los límites de esta investigación, pero no podemos negar el hecho de que desde

instituciones de salud y de la universidad misma se realizan verdaderos aportes al campo freudiano a partir de distintas actividades de extensión e investigación. Solo basta recorrer el índice de las editoriales universitarias para hallar publicaciones de temas de psicoanálisis. Por otro lado, es interesante que la Biblioteca Archivo “Prof. Willy Baranger” de la Asociación Psicoanalítica Argentina reúna en su catálogo junto a Actividades Científicas Institucionales, Revistas de Psicoanálisis, Monografías del Instituto “Ángel Garma”, publicaciones de tesis de maestría y doctorado que les resultan relevantes por ser temas de vacancia en su institución. Va como ejemplo que en el catálogo por temas encontramos juntos a: Sándor Ferenczi (1981), *Sobre la historia del movimiento psicoanalítico* Espasa Calpe, Horacio Martínez (2008), *Donald Winnicott en el Movimiento Psicoanalítico*, EUDEM y Fideas Cesio (1981) “Historia del movimiento psicoanalítico latinoamericano” En *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1981, Vol. 38, no.4.

Regresa a mí la pregunta de los lingüistas y la transformo en ¿y cómo sería posible sostener la estofa del descubrimiento freudiano en una investigación académica? Sabemos por Freud que una posición y no un lugar físico definen la práctica. Puede ser en un tren, una montaña, un hospicio, la universidad, un consultorio, por correspondencia y en una reunión con discípulos los días miércoles. O en una plataforma virtual, apostamos hoy. Hay variantes del lugar-tipo, lo que es invariante es sostener el método freudiano.

Capítulo ocho

Conclusiones

*El olvido está lleno de memoria/
que a veces no caben las remembranzas/
y hay que tirar rencores por la borda/
en el fondo el olvido es un gran simulacro/
nadie sabe ni puede/aunque quiera/olvidar*

Benedetti (1995, p. 67)

El psicoanálisis: de la dificultad, una clínica

Las resistencias *al* y *del* psicoanálisis son boyas del camino recorrido. Recordamos con O. Mannoni, que las resistencias están activas y dispuestas a aceptar al inconsciente freudiano a condición de enmascarar y neutralizar lo subversivo de su descubrimiento.

El porvenir del psicoanálisis y de su descubrimiento fue preocupación en vida de Freud. Sabía que el psicoanálisis no tiene salvaguardado su futuro como campo disciplinar, ya que el inconsciente por definición está sometido al olvido y queda expuesto a ser recuperado por sistemas tradicionales de pensamiento. Es así que en 1914 publica *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* donde recuerda los fundamentos del psicoanálisis. Con vehemencia los sostiene en el método clínico, profundamente subvertido por su descubrimiento, al punto de convertirse en un significativo epónimo: método freudiano. Desde allí explica la incompatibilidad de las propuestas superadoras de sus discípulos Jung y Adler.

Rescatando cada uno de los razonamientos disidentes los confronta con la clínica, campo soberano donde sitúa sus hallazgos. El argumento está en que “aprendí a sofrenar las inclinaciones especulativas y, atendiendo al inolvidable consejo de mi maestro Charcot, a examinar de nuevo las mismas cosas tantas veces como me fuera necesario para que ellas por sí mismas empezaran a decir algo” (Freud, 1979/1914b, p. 21). Al localizar el decir en la clínica, en “las cosas” y no en la especulación teórica va zanjando diferencias entre la teoría psicoanalítica y las teorías que se extravían de su campo.

A este recurso metodológico, Oscar Masotta lo denomina *pregunta freudiana*. Consiste en introducir un interrogante donde el sentido halla consistencia y el sujeto tropieza. Al traducir ese obstáculo como enigma apuesta a que allí hay una verdad a develar, haciendo de la dificultad, un modo en que esa verdad se expresa.

El método freudiano avanza a pura pérdida de sentido para que “las cosas hablen”; y las cosas hablan en su idioma, que es la lengua del inconsciente. De este modo se va recortando una experiencia que es propia del campo freudiano y traza sus fronteras.

En nuestra investigación precisamos que los esfuerzos de Freud están orientados a transmitir argumentos de las resistencias y subrayamos dos: a) la afrenta narcisista que supone descentrar al Yo del dominio de lo que dice y hace y b) la necesaria toma de posición del analista en el material que surge en un análisis, dado que el inconsciente y la interpretación están anudados. Allí localiza las diferencias con el filósofo que puede hablar del inconsciente como un término más y no se ve afectado ni genera las resistencias que sí logra el analista.

Luego, discriminamos una de las presentaciones de la resistencia: el olvido del inconsciente. Diferenciamos el *olvido ordenado* en la dialéctica de la represión del *olvido logrado*. Trabajamos con el primero y hallamos que el retorno de lo olvidado se recupera de diversos modos,

dependiendo del lugar que ocupa el analista en la transferencia y en el movimiento psicoanalítico mismo. Al tomar como patrón de medida la distancia del analista de la experiencia freudiana nos preguntamos qué se entiende por posfreudiano y hallamos lógicas en esa distancia que van desde “mantenerse en el surco de la experiencia” hasta los extravíos. En razón de esa distancia discernimos entre afreudianos o antifreudianos, burócratas, freudianos y lectores.

En la lectura de casos clínicos paradigmáticos localizamos dos modelos antagónicos en la recuperación de lo que se impone como obstáculo en la dirección de un tratamiento: uno freudiano (Caso Frida) y uno afreudiano (Caso de los dos análisis del Sr. Z).

La modalidad freudiana se caracteriza por la lectura conjetural de la experiencia y posterior formalización de sus hallazgos, lo que produce un diálogo fecundo con la teoría a la que se retorna para que dé sus razones. Facilita el redescubrimiento del inconsciente y favorece un movimiento en el discurso psicoanalítico. Tomamos el Caso Frida de M. Little y la conceptualización de “R”: la respuesta total del analista a las necesidades del paciente.

La modalidad afreudiana se caracteriza por la abolición y/o sustitución de la dificultad por ideales que exaltan el bienestar y el progreso como objetivo. Favorece el extravío del rumbo que recalca en un puerto controvertido: la Psicología del *Self*. Esta modalidad puede ser puesta en serie con la Psicología analítica (Jung) y la Psicología Individual (Adler) siguiendo a Freud en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* cuando denuncia que en nombre del progreso se regresa a tiempos previos al psicoanálisis al desconocer el método y sus hallazgos.

Examinamos dos casos clínicos que consideramos paradigmáticos en los términos propuestos por Lacan y hallamos que en los dos casos el olvido del inconsciente retorna en el uso de la teoría como verdad referencial. En un primer momento de los tratamientos el analista

transforma al análisis en un metalenguaje de la teoría tomada como un dogma puesto en práctica. Esto genera distintas resistencias en cada uno de los casos.

A partir de allí situamos las diferencias. La modalidad freudiana rescata el olvido como enigma a descifrar y desplaza la verdad de la teoría al texto de la paciente: toma lo que sucede en la sesión como único referente. Lo real como verdad textual es la brújula que marca el rumbo del analista dado que no hay metalenguaje en el sentido lacaniano. Esto contrasta con la *modalidad afreudiana*, en la cual el olvido que retorna se recupera como rechazo del inconsciente. Desplaza la verdad teórica a otra teoría que vuelve a tomar de referente externo y guía de intervenciones. Nos preguntamos si sería propio, en esta modalidad, hablar de desconocimiento más que de olvido ya que solo se puede olvidar lo que alguna vez estuvo inscripto.

Veamos los casos, ambos fechados en 1957. En la publicación de “Los dos análisis del Sr. Z” leemos que el primer análisis fue en ese año y el segundo cuatro años después, aunque la publicación póstuma es de 1981.

En el caso *Frida* (1957) la analista distingue la dificultad clínica, la interroga y la recupera para elaborarla en transferencia. Esto tiene efecto tanto en la dirección de la cura (la paciente retoma un trabajo de duelo) como en el movimiento psicoanalítico ya que M. Little formaliza su experiencia clínica y desde allí retorna a la teoría realizando un verdadero aporte al psicoanálisis: ‘R’, la respuesta total del analista a las necesidades del paciente. Ante el límite del fracaso de su técnica responde con los sentimientos que le genera su paciente produciendo alivio y nuevas asociaciones. Descubre por un lado que las intervenciones del analista no se restringen a comunicaciones verbales sino que su conducta y sentimientos tienen efectos en la transferencia y por el otro lado que tomar a la teoría como referente externo a las asociaciones produce un muro con el que el sujeto tropieza. Como consecuencia propone hacer uso no solo de la contratransferencia sino de toda la persona del analista

al encontrar que ésta tiene una función en el tratamiento. M. Little, al dar lugar al obstáculo en la transferencia, interroga la posición del analista en la apertura o cierre del inconsciente y “hace hablar” a la dificultad en la que radica la verdad.

Como el psicoanálisis es un discurso subordinado a lo más singular del sujeto, el saber teórico es puesto en tela de juicio para que no opere como resistencia del analista. Leemos que Little trabaja la resistencia y la eleva al estatuto de una incógnita, la interpela y apuesta a descifrarla. En un primer tiempo del tratamiento, sus intervenciones consisten en la transmisión de enunciados que tienen a la teoría como saber referencial. Se encuentra así con un muro impenetrable que aumenta el sufrimiento de la paciente y despierta el hastío e impotencia de la analista.

El fracaso de la técnica la interroga y, al formalizar sus hallazgos, se encuentra por un lado que el uso del saber teórico como alusión produce cierre del inconsciente, y por otro, que las intervenciones del analista no se reducen a lo verbal, sino que hay una “respuesta total del analista”. Es interesante leer cómo la presencia de la persona de la analista es parte del texto del tratamiento: cuando Little muestra y habla de la preocupación por el sufrimiento de la paciente, afloran nuevas asociaciones que hacen caer el muro de enojos y *acting*. La respuesta del analista a lo que le despierta un paciente encuentra antecedente en la contratransferencia inconsciente, siendo ésta solo una parte de “R” a la que define como respuesta *total* al incluir también aspectos conscientes y preconscientes de la persona del analista.

Little sugiere hacer uso de “R” subordinado a las particularidades de cada paciente y adecuado a cada tratamiento. Al encontrar que sentimientos, comentarios o un apretón de manos también son intervenciones que cumplen función, se pregunta cuál es el lugar de la persona del analista impulsor u obstáculo en la transferencia. La lectura que realiza del obstáculo clínico hace progresar al tratamiento y por añadidura al movimiento psicoanalítico. Al formalizar su

intervención traduce la dificultad en posibilidad de resignificar la teoría y logra un aporte al que retorna Lacan cuando trabaja el deseo del analista.

En el caso *Los dos análisis del Sr. Z* (1981) el analista somete al mismo paciente a dos tratamientos diferentes con cuatro años de distancia: 1957 y 1961. El primero orientado por la teoría freudiana ortodoxa de la Asociación Americana de Psicoanálisis, y el segundo por la Psicología del *Self*. En este caso Kohut distingue la dificultad clínica e interroga la teoría, ya que considera que es allí donde reside la razón de la resistencia del paciente. Recuperando la teoría freudiana, la pone en tensión con una teoría propia que propone como un avance superador: la psicología del *Self*, hallando no solo éxito terapéutico, sino que ese éxito demuestra que el psicoanálisis debe ser reformulado desde sus fundamentos. La Psicología del *Self* sustituye el conflicto y la *spaltung* freudiana por ideales humanistas: el amor y cooperación entre las personas, la autenticidad y la no dependencia. Ubicamos aquí un extravío del campo freudiano y un aporte al campo de la salud mental.

Kohut sostiene, a diferencia de Little, que el saber está en la teoría a la que toma como referente de las intervenciones y desde la cual guía a los pacientes. Cuando el Sr. Z, a quien creyó curado, le pide un nuevo tratamiento, pone en cuestión su formación freudiana. Argumenta que la teoría de la Asociación Americana de Psicoanálisis está errada dado que al utilizarla de guía en el primer tratamiento generó resistencia del paciente y fracaso del tratamiento.

En este punto nos permitimos recordar a Lacan cuando refiere que los americanos se jactan de superar lo que desconocen: el inconsciente freudiano. Kohut critica la teoría dominante en el psicoanálisis americano tomándola por freudiana. Es así que propone una teoría superadora a la teoría freudiana y la denomina *Psicología del Self*. Ante una dificultad clínica, la respuesta es barrer con la resistencia al punto de reemplazar el Complejo de Edipo por el Complejo de Telémaco, con

las consecuencias que esto implica en la concepción misma de sujeto. Hallamos una clínica subordinada a ideales humanistas y un analista interesado en la dirección del paciente hacia lo que considera, *a priori*, esencia de lo humano.

El movimiento psicoanalítico ordenado como un discurso: el lugar del olvido

Tomamos la inflexión que realiza Karothy (1992) de la “Carta 52” con la lógica del significante y propusimos pensar al *movimiento psicoanalítico como memoria* que se escande en lugares y localiza variedad de huellas mnémicas. El uso metafórico de esta inflexión facilita pensar las condiciones para que algunas huellas se retranscriban y otras se mantengan en latencia, olvidadas, pero disponibles de retornar como retoños de lo reprimido.

Por otro lado, hallamos que López (1994), retomando a Foucault (1968), señala que el movimiento psicoanalítico puede leerse desde una lógica discontinua que define momentos, cada uno con funciones diferenciales: un *momento fundacional* seguido de *un tiempo de olvido* y *un momento de retorno*, necesarios para la resignificación. López ordena el movimiento psicoanalítico como un discurso cuya temporalidad retroactiva inscribe a Freud, Lacan y el retorno en una cadena significante tensionada entre el instante de ver, un tiempo de comprender y un momento de concluir.

Instante de ver (descubrimiento del inconsciente) es fundacional del movimiento. Freud como S1 e instaurador de discurso es el que facilita la primera transcripción de aquello que ya existía en la cultura pero existía como P (percepción) o Ps (signos de percepción). Fue necesario que alguien con un deseo nuevo e inaugural, instaurase la primera transcripción o lectura de aquello que hasta ese momento solo existía como acontecimiento (en el sentido de Agamben) y lo inscribiera en el orden de la experiencia. El S1 es un significante de apertura de lo real ya que su inscripción funda un tiempo lógico de construcción y reconstrucción del descubrimiento freudiano a partir de un sin

sentido de lo real. Comienza a existir el inconsciente como SP, huella cifrada y primera transcripción. Freud la ordena ¿por simultaneidad? con las herramientas teóricas con las que dispone y con un deseo al que se subordina dejándose afectar por lo que “las cosas dicen”. El destino estructural de fundación de discursividad es el de ser reducido u olvidado como efecto de lo traumático y subversivo del descubrimiento. En el instante de ver, Freud funda un discurso al que pertenece, pero lo trasciende, al punto que su método tiene un significante epónimo: freudiano. Y también, al modo de un mito de origen, hace de límite, más allá del cual, salimos del campo freudiano.

Tiempo de Comprender (latencia del descubrimiento) es un tiempo estructural y estructurante en el cual predomina el mecanismo de la represión y hallamos distintas versiones de las resistencias al y del psicoanálisis. El S1, al estar inscripto, puede ser olvidado o rechazado pero, conservado en latencia, insiste. En este tiempo medio, el descubrimiento freudiano está velado pero deja rastros, marcas que son parte de la memoria del movimiento psicoanalítico. No son marcas en una historia lineal, sino que responden a la lógica del lenguaje, registradas de modos heterogéneos y por contigüidad en distintos lugares. Los rastros de lo olvidado por represión se las ingenian para insistir y son recuperados por modalidades posfreudianas o afreudianas. El ordenamiento por contigüidad permite la diacronía de la cadena significante, necesaria para la operación de retroacción y resignificación.

El olvido deja una huella inmemorial en tanto está borrada de lo simbólico, pero se presenta, cada vez, en la repetición de lo que no ha sido aprehendido por la red significante. Producto de la primera operación de inscripción significante, cae un resto que es la huella borrada de la satisfacción mítica. Deja marca de lo imposible de reencontrar en tanto lo simbólico carece de una relación adecuada y armónica con la verdad del sujeto. Se funda de este modo una frontera entre

saber y verdad que muestra la resistencia. Este obstáculo interpela al analista como un enigma o como molestia a ser erradicada.

La amnesia u olvido es la huella de un conflicto, y su correlato, el recuerdo, no parece ser el rescate de algo “guardado” en el pasado, sino que, como refiere Braunstein, la memoria “con fingida sinceridad, dice que *guarda* lo que en verdad *inventa*”. La memoria re-presenta, vuelve a presentar, las huellas mnémicas ordenadas desde la actualidad y permite reescribir la historia.

Momento de Concluir (retorno a Freud) es el tiempo de concluir la comprensión y de resignificar el descubrimiento. Implica un método específico de lectura llamado *retorno a Freud*. El analista que ocupe función de S2 retorna al lugar de la experiencia freudiana y la metaforiza. Lacan plantea la necesidad de “repensar a Freud” y no de retomarlo o mejorarlo ya que las reglas de construcción del discurso analítico son las leyes del inconsciente estructurado como un lenguaje. Esto posibilita el retorno a su descubrimiento para reinventarlo y no repetirlo como letra muerta.

Las huellas del olvido y su insistencia

No es simple coincidencia que en 1914, en la década del cincuenta y en la actualidad la resistencia al inconsciente insista. Al preguntamos sobre esa insistencia descartamos explicaciones propias del historicismo y recurrimos a una concepción de historia que sea propio del discurso psicoanalítico. Encontramos una orientación al ordenar al movimiento psicoanalítico como discurso y estructurado en un lenguaje particular. Tomarlo como cadena signifiante tensionada por un tiempo y espacio propios de la experiencia freudiana nos posibilita avanzar en el entendimiento de la insistencia y sus efectos. Hallamos que la insistencia tiene la lógica del destino y sus Moiras.

Cada concepción de historia supone una experiencia singular del tiempo y en nuestra investigación propusimos su puesta en torsión con el sistema mnémico de inscripciones para pensar la lógica y funciones específicas de los significantes que hacen historia. Nos acercamos de este modo a Lacan en el “Discurso de Roma” donde afirma que la historia del sujeto *es* su inconsciente.

Para ordenar la problemática recurrimos al uso metafórico de dos modelos. Siguiendo a Héctor López tomamos los tres momentos del tiempo lógico (instante de ver, tiempo de comprender y momento de concluir) y de Rolando Karothy la lectura significativa del sistema mnémico de la *Carta 52*. Localizamos allí las inscripciones de Freud, de los posfreudianos, de Lacan y otros analistas lectores que forman parte de la memoria del discurso analítico.

Como nos enseña la clínica, la memoria es discontinua. Presenta una lógica de funcionamiento que favorece pensar el tiempo, el olvido, el recuerdo y la función de Freud en el discurso analítico. Al preguntarnos por el lugar de Freud en el discurso fue necesario distinguir a Freud persona de su función de autor e instaurador de discursividad. Esto nos llevó a pensar la función del mito de origen en la estructura para lo cual dimos un rodeo por la conceptualización de la angustia y lo traumático. Situamos así al deseo como sostén y operador de la retórica del sujeto del inconsciente.

Los recuerdos son encubridores y una invención desde el presente. Una de las consecuencias que subrayamos es que en psicoanálisis se trata de historizar y no de reconducir al pasado que, como hecho fáctico, se encuentra perdido. El pasado perdido es efecto de la represión. Lo que cae bajo su efecto insiste como “eterna y vieja juventud” detenida en la consistencia de sentido que otorga el Yo a algunos de sus acontecimientos. En este punto fue necesario distinguir entre “sufrir por reminiscencia” y el acto de recordar en transferencia para que la historización sea posible.

Ahondar en esa distinción trajo por consecuencia localizar al analista haciendo uso del amor de transferencia y descartando estar a su servicio. El uso del amor facilita que el deseo, por un lado, se transforme en sostén de la historización y por el otro, promueva el advenimiento de lo nuevo. Seguimos a Lacan al reconocer a la mayéutica socrática como antecedente del método analítico.

Las huellas mnémicas cumplen funciones diferenciales que instauran, mantienen en latencia o resignifican al inconsciente. Nos preguntamos por las condiciones que posibilitan o dificultan las retranscripciones o traducciones de esas huellas que son el sostén del discurso entendido como memoria. Encontramos, entonces, que lo que posibilita el movimiento de retranscripción de las huellas del descubrimiento freudiano, tanto en la experiencia clínica como en el modo de retornar a Freud, es la posición del analista. Al dejarse tomar por la transferencia y evitar ponerse al servicio de su amor, abre el camino para que su deseo sea sostén de su posición en los términos en los que Lacan afirma que el deseo es su interpretación. Y la interpretación, en psicoanálisis, se define por los efectos que provoca.

Llegamos por otro camino al olvido, que se presenta como un fenómeno “patológico” normal. Patológico por la molestia que supone, y “normal” porque se ajusta a la lógica de la estructura que posibilita retranscribir y resignificar huellas del inconsciente a partir de su olvido. Se olvida lo que fue inscripto y que, en el devenir, puede insistir al modo en que retorna lo reprimido y queda así abierto a la lectura y a nuevas significaciones.

Explicamos al olvido con la materialidad retórica del discurso y de la resistencia a la retranscripción. Lo tomamos en forma positiva: no es un déficit sino que es un modo de insistir y de hacerse presente el objeto causa que por definición está perdido. Lo que resta a la demanda impide que cada retorno sea idéntico al anterior. El retorno siempre fallido posibilita abrir nuevos sentidos.

El olvido se presenta y actualiza lo inconsciente. No es accidental sino constitutivo y esencial, ya que sin represión no hay retorno de lo reprimido que pueda ser leído en sus marcas mnémicas. Siguiendo esas marcas, la verdad de la estructura no deja de insistir y de decirse a medias. La verdad *pasa*, se desliza por los significantes que conforman un *rebús*. Está destinada a decirse a medias en todo aquello que produce división subjetiva, incluido el olvido o el sueño como formaciones del inconsciente. Por lo general, el rebús tiene la apariencia de “contener algo oculto”, “secreto”, y lóbrego como el aire goethiano, pero eso es solo una ilusión. Lo que le da esa apariencia, es la insistencia del retorno de lo reprimido que se despliega en una temporalidad donde vagabundea la verdad “olvidada”, y, desde allí habla. El inconsciente no se oculta en las profundidades, sino que habla en otra lengua.

Levantamiento de la represión

Al ordenarlo como un discurso, el movimiento psicoanalítico va del S1 (Freud) al S2 produciendo significación de acuerdo con las leyes del significante. El objeto a significar es el descubrimiento freudiano. Hallamos coincidencias en pensar a Freud como significante inaugural e instaurador de discursividad y diferencias a la hora de situar el S2.

El tema es polémico y lo planteamos en modo de pregunta: ¿S2, el significante que permite la retroacción es idéntico a Lacan o puede ser ocupado por todo analista cuyo aporte logre cumplir esa función de resignificación de la obra freudiana? Para algunos autores el S2 es un significante que tiene nombre: Lacan. No nos oponemos a esto pero tomamos distancia al pensar que ese nombre no es definitivo. Consideramos que el S2 puede ser ocupado por todo analista que logre re-transcribir el descubrimiento freudiano y desde allí realizar un aporte. López (1994) y Harari (1985), entre otros, se detienen en la lógica significante del movimiento en extensión, pero, según nuestra lectura, dejan

poco margen al porvenir y la reinención del psicoanálisis. Por otro lado, Martínez (2004), retoma esta lógica y conjetura que en cada época y en cada analista se supone un ciclo de fundación, olvido y retorno, que mueve las fronteras de lo que se entiende por “posfreudiano”. Sostiene que, a lo largo de su recorrido, un analista atravesará momentos de descubrimiento, momentos de olvido y represión y momentos de concluir. Incluso cada corriente o escuela psicoanalítica encuentra su relación con el movimiento psicoanalítico en la misma lógica. Nos inclinamos por esta última propuesta a la luz de la lectura del Caso Frida donde la misma analista pasa por la lógica de fundación, olvido y retorno, transcribiendo la resistencia en un nuevo aporte. El levantamiento de la represión es un acto de lectura que posibilita la resignificación del descubrimiento freudiano abriendo nuevos sentidos. Nos ayudó recurrir a los aportes del campo de la semiótica para pensar el lugar del texto, del autor y del lector. Rescatamos que el lector es parte de la intención del texto, la que en cada lectura se renueva siguiendo la rigurosa disciplina del comentario.

Luego de este rodeo avanzamos en lo que Lacan llama *lectura conjetural*. Allí el ser del analista, definido por la pasión por la ignorancia, crea las condiciones para que el saber no-sabido del inconsciente emerja y pueda ser leído. Lacan también se sirve de la disciplina del comentario, pero, a diferencia del semiólogo, hace de la ignorancia la causa que avanza a partir de la pérdida de sentido.

Es el analista quien debe aspirar “a un dominio tal de su palabra que sea idéntica a su ser” (Lacan, 1988/1955c, p. 346) para no obstaculizar su acto en nombre del saber teórico o de una demanda epocal. El progreso en psicoanálisis se orienta hacia lo incurable del hablante-ser y la pulsión que lo habita. La verdad semi-dicha es un pasaje necesario para la renovación de sentido.

El analista lector

Incumbe a los fundamentos del movimiento psicoanalítico y sus olvidos, qué se entiende por *renovar el sentido* ya que, en nombre de la renovación, el cambio y el progreso, se produjeron los mayores extravíos. Lacan, en la clase del 8 de marzo de 1972 del Seminario... *O Peor*, nos acerca una orientación: "...lo propio de un nuevo discurso es renovar lo que se pierde en el torbellino de los discursos antiguos, justamente el sentido" (2015/1972, p. 115). Esto nos permite sostener (a contrapelo de una concepción de progreso que desarrolla sentidos mejorando y sumando los anteriores) que sin algo que *se pierde*, sin pérdida, no hay renovación.

Lacan propone, para poner en valor el sentido del psicoanálisis, un método que denomina "retorno a Freud", y lo eleva al estatuto de lectura que renueva sentidos e intereses y produce otros nuevos en un campo delimitado que insiste en llamar freudiano, en tanto considera la acción que le corresponde al analista en la producción de la verdad. El *retorno* es un método de lectura que despoja de monumentos obsecuentes a la teoría psicoanalítica hegemónica epocal, y produce algo de verdad a partir de ciertos indicios. Es propio del método analítico rescatar y puntuar indicios que posibilitan el movimiento del discurso sostenido por lo que Nicolás de Cusa llama "docta ignorancia" y que con Lacan ordenamos como una de las posiciones del analista y su pasión por la (docta) ignorancia.

Dado que una de las dificultades del psicoanálisis es la resistencia a la falta de significación, es de interés para nuestra tesis situar la importancia de la posición del analista como facilitador y lector del sin sentido, orientado por la causa al subordinar su posición a lo más singular de la verdad textual. Esto deja como saldo la caída de sentidos "ambientalistas" y la puesta en valor del campo y función de la palabra en psicoanálisis.

La llamada coherencia textual interna, denominada así por Eco, encuentra su equivalencia psicoanalítica en la “lógica” de un historial o de la formalización de un relato. Es una lógica sostenida en un criterio clínico en el cual es posible ubicar los elementos del discurso y su funcionamiento singular.

Una lógica de lectura así ceñida no significa que esté potencialmente limitada. Todo texto es factible de múltiples e innumerables lecturas, entendiendo que la práctica del comentario y el análisis mismo sostienen la lectura en un resto estructural que está en la causa misma del entramado significativo, posibilitando la creación de nuevos sentidos. Una lectura en psicoanálisis es fecunda si introduce al menos una novedad: el hallazgo de una nueva secuencia o articulación lógica en el camino que para Freud lleva a la verdad y para Lacan, a lo real.

Lo que entendemos por analista lector se deja guiar por el dictado del inconsciente según el famoso principio de Itzig, el Caballero del Domingo, que Freud cita en la *Interpretación de los sueños*: “—Itzig, ¿hacia dónde cabalgas? —¿Qué sé yo? Pregúntale al corcel” (1979/1900, p. 243) El sentido en una interpretación es sobre todo una dirección, una orientación, como si se tratara del sentido de una calle.

El progreso se encuentra localizando el sentido que se torna enigmático en el orden de un decir y no en enunciados o saberes oraculares. La función del enigma como enunciación está favorecida por una lectura conjetural que permite al psicoanálisis avanzar en sus retornos al sentido de Freud sosteniendo la especificidad de su campo. El descubrimiento freudiano implica una apuesta ética, ya que “el pensamiento es una fuga en sí mismo. Proyecta bajo el nombre de memoria el desconocimiento de su moira” (Lacan, 2015/1972, p. 345). Podemos afirmar que es del orden del destino del psicoanálisis tanto el olvido del inconsciente como su redescubrimiento, cada vez que un lector esté en una posición que sostenga lo enigmático de la enunciación como causa y

logre, en otro tiempo, formalizarla para su transmisión. Así, el destino del psicoanálisis es una limitación ética. Implica una lógica de lo que no puede traspasarse y no un camino ya trazado de lo que vendrá.

Concluir

Retornamos al momento inaugural de las hipótesis planteadas y, dado el desarrollo anterior, consideramos que ambas quedan confirmadas:

- 1- el descubrimiento freudiano está sostenido en una afirmación límite significativa y, por lo tanto, aquello que lo determina queda, no solo en el olvido, sino en la ignorancia de que es olvidado, produciendo retornos.
- 2- en los casos clínicos publicados se puede leer el lugar de un analista en el movimiento psicoanalítico relacionando qué posición le otorga al inconsciente. Teniendo en cuenta que entendemos al inconsciente como memoria de lo que se olvida y también una manera con la que exploramos la forma de olvidar y la producción de saber.

Para finalizar, subrayamos que:

1. En 1914, en la década del cincuenta y en la actualidad, encontramos que, ante dificultades clínicas, las respuestas son bastante similares: hallamos a los que responden con una pregunta freudiana y a aquellos que se presentan neutralizando al inconsciente con métodos ajenos al campo freudiano.
2. El porvenir de la teoría psicoanalítica está supeditada al modo de interrogar lo que no anda e incluye al propio analista.
3. El olvido reaparece y en su insistencia crea posibilidades de reinventar el descubrimiento freudiano.

4. La lógica del significante se convierte en el pivote necesario para explicar la insistencia del olvido en el movimiento psicoanalítico.
5. Freud como S1 es una marca fundante del discurso y como tal es olvidado al caer bajo la barra de la represión. Por eso mismo es posible retornar a su sentido cuando las condiciones lo facilitan. Sin duda, Lacan, como S2, levanta la represión al mantener viva la letra freudiana. Consideramos que el discurso analítico no se cierra con él sino que lo sostiene y facilita nuevos olvidos.
6. El descubrimiento freudiano está vigente en sus huellas y es responsabilidad de cada analista mantenerlo vigente en cada retorno a Freud y en cada tratamiento, dado que se sostiene en su deseo.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (1978). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Allouch, J. (1993). *Freud, y después Lacan*. París: Edelp.
- Allouch, J. (1994). *Letra por letra. Transcribir, traducir, transliterar*. París: Editorial Edelp
- Allen, W. (Guionista/Director) y Greenhut, R. (Productor) (1988). *La otra mujer (Another Woman)* [cinta cinematográfica]. Estados Unidos: Orion Pictures.
- Alighieri, D. (1991). *La divina comedia*. (pp. 3-10 Inferno) Milano: Mondadori Editore S.p.a. (Traducción propia)
- Althusser, L. (1970) [1965]. *Freud y Lacan*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Arrivé, M. (2004). *Lingüística y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benedetti, M. (1995). *El olvido está lleno de memoria*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Benveniste, E. (1974) [1966]. *Problemas de lingüística general*. T. I. México: Siglo XXI.
- Bercherie, P. (1988). *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: Paidós.
- Biblioteca digital de la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina). “Willy Baranger” <https://apa.opac.com.ar/pergamo/opac.php?a=bsqSi&p=1&o=&trSimple=movimiento>
- Borges, J. L. (1989). *Jorge Luis Borges. Obra Poética*. Colombia: Emecé Editores.
- Braunstein, N. (2008). *Memoria y espanto. O el recuerdo de infancia*. México: Siglo XXI.
- Carusso, P. (1969). *Conversaciones con Lévy-Strauss, Foucault y Lacan*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Calvino, I. (2013). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Ed. Siruela.
- Cesio, F. (1981). Historia del movimiento psicoanalítico latinoamericano. *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 38(4,67).

- Cazotte, J. (1962) [1895]. *El diablo enamorado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cortázar, J. (1959). *El perseguidor*. Barcelona: Ed Zorro Rojo.
- Chartier, R. (1996). *Escribir las prácticas*. Buenos Aires: Manantial.
- Debrock, G. (1998). “El ingenioso enigma de la abducción”. Recuperado de <http://www.unav.es/gep/AN/Debrock.html>
- De Certeau, M. (1995). *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana.
- Didi- Huberman, G. (2007). *La invención de la histeria*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Dilthey, P. (1945). *Introducción a las Ciencias del Espíritu*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Eco, U. (1984) [1962]. *Obra abierta*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Eco, U (1995). *Interpretación y sobre interpretación*. United Kingdom: Cambridge University Press.
- Expósito, V. (1944). “Naranja en flor”. *Goyeneche.Naranja en Flor*. Arreglos y dirección Atilio Stampone. Vinilo. RCA Víctor. Argentina.
- Ferenczi, S. (1981). *Sobre la historia del movimiento psicoanalítico*. Madrid: Espasa Calpe.
- Ferreya, N. (2019). *Desde Buenos Aires. Retorno a Lacan*. Recuperado de <https://desdebuenosairesretornoalacan.wordpress.com/>
- Fontanarrosa, R. (1999). *El mundo ha vivido equivocado. Y otros cuentos*. Buenos Aires: Planeta.
- Foucault, M (1984) [1968]. ¿Qué es un autor? *Conjetural. Revista Psicoanalítica*, 4, 87-111. Recuperada de <http://www.conjetural.com.ar/>
- Freud, S (1960) Epistolario I y II. Buenos Aires: Hyspamérica Ediciones. Traducción de la edición inglesa: Joaquín Merino Pérez
- Freud, S (1979) [1950 [1892-99]] Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscritos y

- Cartas. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo I.* (pp. 211-321). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1896]. Carta 52 (6 de diciembre de 1896). En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo I.* (pp. 274-280). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1897a]. Carta 59 (6 de abril de 1897). En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo I* (p. 285). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1897b]. Carta 61 (2 de mayo de 1897). Em *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo I* (p. 285). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1897c]. Carta 69 (21 de septiembre de 1897). Em *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo I* (pp. 301-302). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1897d]. Manuscrito M [Anotaciones II] 25 de mayo de 1897. Anexo Carta 63. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo I* (pp. 292-295). Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1979) [1900]. El trabajo del sueño. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo IV* (pp. 285- 318). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1901]. Psicopatología de la vida cotidiana. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo VI* (pp. 1-159). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1909]. Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo X* (pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1913]. Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En *Sigmund Freud Obras Completas. Tomo XII* (pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1914a]. Introducción al narcisismo. En *Sigmund Freud. Obras Completas Tomo XIV* (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1979) [1914b]. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En *Sigmund Freud. Obras Completas Tomo XIV* (pp. 1-64). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1915a]. Las propiedades particulares del sistema Icc. En *Sigmund Freud Obras Completas. Tomo XIV* (pp. 183-186). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1915b]. De guerra y muerte. Temas de actualidad. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XIV* (pp. 273-301). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1917a]. Una dificultad del Psicoanálisis. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo 17* (pp. 125-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1917b]. Conferencia 23. Los caminos de la formación de síntoma. En *Sigmund Freud. Obras Completas Tomo XVI* (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1917c]. Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XVII* (pp. 137-150). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1916/17a]. 18 Conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XVI* (pp. 250-261). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1916/17b]. 19 Conferencia. Resistencia y represión. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XVI* (pp. 262-276). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1919]. Pegan a un niño. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XVII* (pp. 173-200). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1922a]. Dos artículos de enciclopedia. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XVIII* (pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1922b]. Sueño y telepatía. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XIII* (pp. 185-212). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1979) [1925a]. Presentación Autobiográfica. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1925b]. Notas sobre la “pizarra mágica”. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XIX* (pp. 239-248). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1926]. Inhibición, síntoma y angustia. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XX* (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1932]. 31 Conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XXII* (pp. 53-74). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979) [1939]. Moisés y la religión monoteísta. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XXIII* (pp. 1-127). Buenos Aires: Amorrortu.
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla. Vol. I*. Colombia: Arnoldo Mondadori Editore.
- Goethe, J. (2010). *Fausto. Vol II*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.
- Glasman, S. (2000). El acto equívoco. *Conjetural. Revista psicoanalítica*, 36, 37-45. Recuperada de: <http://www.conjetural.com.ar/>
- Gerber, D. (2008). Memoria del olvido. En N. Braunstein, (Comp.), *El tiempo, el psicoanálisis y los tiempos* (pp. 197-213). México: Ed. Fundación Mexicana de Psicoanálisis..
- Gusmán, L. (2011). *La pregunta freudiana*. Buenos Aires: Paidós.
- Harari, R. (1985). *Discurrir el psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Karothy, R. (1992). Sobre el goce y la carta 52. En Ídem *No hay relación sexual* (pp. 165-173). Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Kohut, H. (1991) [1959]. *Introspección, empatía y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Kohut, H. (1994) [1968]. *Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental*. Buenos Aires: Paidós.

- Kohut, H. (1979). Los dos análisis del Sr. Z. *Revista AEAPG*, 17, 156-198.
- Kohut, H. (1984). *¿Cómo cura el análisis?* Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988) [1953]. Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 227- 310). Buenos Aires: Ed Siglo XXI.
- Lacan, J. (1991) [1953/54]. *El Seminario. Libro I “Los escritos técnicos de Freud”*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988) [1955]. Variantes de la cura tipo. En *Escritos I* (pp. 311-348). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1988) [1955-1956]. La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en Psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 384-418). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1993) [1955/1956]. Conferencia: Freud en el siglo. En *El seminario. Libro 3: Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988) [1957a]. La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos I* (pp. 473-509). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1988) [1957b]. El psicoanálisis y su enseñanza. En *Escritos I* (pp. 419-440). Buenos Aires: Siglo XXI
- Lacan, J. (1988) [1958a]. La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-626). Buenos Aires: Ed Siglo XXI.
- Lacan, J. (1988) [1958b] La significación del falo. En *Escritos 2* (pp.665-675). Buenos Aires: Ed Siglo XXI
- Lacan, J. (1999) [1957/1958]. *El Seminario. Libro 5 “Las formaciones del inconsciente”*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J (2000) [1958/1959] *El Seminario. Libro 6 “El deseo y su interpretación”*. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1988) [1960]. Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2* (pp. 773-807). Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.

Lacan, J. (1992) [1959/60]. *El Seminario. Libro 7 “La ética del psicoanálisis”*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2012) [1960/61]. *El Seminario. Libro 8 “La transferencia”*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1988) [1964]. Posición del inconsciente. En *Escritos 2* (pp. 808-829). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2009) [1962/63]. *El Seminario Libro 10 “La angustia”*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1995) [1963/64]. *El Seminario. Libro 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J (1990) [1967/68] *El Seminario. Libro 15 “El acto analítico”* Traducción de Rodríguez Ponte para la EFBA

Lacan, J. 2004[1965/66b]. *El Seminario. Libro 13 “El objeto del psicoanálisis”*. Inédito. Versión de Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Traducción.

Lacan, J. (1988) [1966]. La ciencia y la verdad. En *Escritos 2* (pp. 834-856). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (2010) [1966] El mito individual del neurótico. En *Intervenciones y textos 1* (pp. 37-59). Buenos Aires: Manantial.

Lacan, J. (1993) [1970]. *Psicoanálisis. Radiofonía y Televisión*. Barcelona: Ed Anagrama.

Lacan, J. (2015) [1971/72]. *El Seminario. Libro 19 “...o peor”*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2008) [1973]. Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos. Original *Scilicet N 5* (pp. 11-17). Traducido por Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- La Rocca, S. (2018). Seminario Investigación en Psicoanálisis. Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNMDP. Registro personal.
- Lévy Strauss, C. (1963) [1951]. Lenguaje y Sociedad. En Ídem *Antropología estructural* (pp. 229-242). Buenos Aires: Nueva Vision.
- Little, M. (1957). “R”; the Analyst’s Total Response to this Patient’s Needs. *J.Psycho.Anal*, 38, 240-254. Traducción al castellano Gasparino y otros. Mayo-junio, 1997 para el Grupo de Investigación en Técnica de la Psicoterapia Psicoanalítica.
- Lombardi, G. (2015). *El sujeto del deseo*. Buenos Aires: Letra Viva. Colección Voces del Foro.
- López, H. (1994). El “movimiento” en psicoanálisis. Controversias en torno a un concepto. En Ídem, *Psicoanálisis, un discurso en movimiento. Derivas del descubrimiento freudiano* (pp. 23-65). Buenos Aires: Ed. Biblos.
- López, H. (2009). *La “instancia” de Lacan: actualidad de la instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. Tomo I y II*. Mar del Plata: EUDEM. Colección bitácora (cuadernos del analista).
- Miller, J. (2008). *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial.
- Martínez, H. (2005). “Modelos de dirección de la cura en la práctica de los analistas. La dimensión terapéutica del psicoanálisis” (15/H162). Proyecto de Investigación 2010-2011 del Grupo de Investigación Psicopatología y Clínica, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata.

- Martínez, H. (2006). *El “lugar” de D. Winnicott en el “movimiento psicoanalítico*. En Repositorio R Psico <http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/70>.
- Martínez, H. (2007). *Donald Winnicott en el movimiento psicoanalítico*. Mar del Plata: Eudem.
- Martínez, H. (2020). *Encuentro con psicoanalistas notables*. Mar del Plata: EUEM.
- Masotta, O (1976a). Psicosis. En *Presentación del Conjunto de los Seminarios*. Textos de la Biblioteca Freudiana de Barcelona (Vol. 1).
- Masotta, O. (1976b). *Ensayos lacanianos*. Barcelona: Anagrama.
- Murillo, M. (2014). ¿Qué es un post-freudiano? En *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI, Jornadas de Investigación, Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR* (pp. 422-425). Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/manuelmurillo/14.pdf>
- Onetti, J. C. (1988). *Cuando entonces*. México: Siglo XXI.
- Paz, O. (1950). *El laberinto de la soledad*. México: Paidós.
- Porge, E. (2005). *La transmisión de la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Porge, E. (2007). *Transmitir la clínica psicoanalítica. Freud, Lacan, hoy*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rubistein, A. (2010). “¿Cómo se investiga hoy en psicoanálisis?”. En *XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur* (pp. 244-246). Facultad de Psicología – Universidad de Buenos Aires. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-073/562.pdf>
- Reyes, G. (1989). *Polifonía textual*. Madrid: Ed Arco Libros.
- Rorty, R. (1982). *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Tecnos.

- Todorov, T. (1972). *Diccionario Enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Trad. Enrique Pezzoni. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Venegas, J. (2015). "Porvenir". *Algo sucede* [disco compacto]. México: Sony Music.
- Winnicott, D. (1965). "El precio de desentenderse de la investigación psicoanalítica". Biblioteca D. Winnicott. Recuperado de <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/precides.htm>
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.
- Winnicott, D. (1990). Carta a M. Klein, el día 17 de noviembre de 1952. En *El gesto espontáneo* (p. 36). Buenos Aires: Paidós.